

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



IDAD Y PREDICAD A TODAS LAS NACIONES

El Sínodo de
Obispos sobre
la Nueva
Evangelización

San Juan de
Ávila y santa
Hildegarda,
nuevos doctores
de la Iglesia

Fe y
contemplación

La evangeliza-
ción benedictina

Sobrenaturalizar
la fe



San Pablo en el Ágora de Atenas

La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser «el sacramento universal de la salvación», obedeciendo el mandato de su Fundador (cf. Mc 16,15), por exigencias íntimas de su misma catolicidad, se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres. Porque los apóstoles mismos, en quienes está fundada la Iglesia, siguiendo las huellas de Cristo, «predicaron la palabra de la verdad y engendraron las Iglesias». Obligación de sus sucesores es dar perpetuidad a esta obra para que «la palabra de Dios sea difundida y glorificada» (2 Tes 3,1), y se anuncie y establezca el Reino de Dios en toda la tierra.

Sumario

Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la inauguración del Sínodo de obispos	3
Tres intervenciones en el Sínodo	5
Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la clausura del Sínodo de obispos	7
De la adoración al Santísimo Sacramento a la Nueva Evangelización <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	9
Santa Hildegarda de Bingen, una mujer polifacética en el Medievo <i>Gerardo Manresa Presas</i>	11
Profecías de santa Hildegarda sobre el Reino de Cristo	13
El Maestro Ávila, Doctor de la Iglesia <i>Guillermo Pons Pons</i>	15
La evangelización benedictina <i>Francisco Canals Vidal (†)</i>	19
Sobrenaturalizar la fe <i>José M.ª Petit Sullá (†)</i>	24
Fe y contemplación <i>Enrique Martínez</i>	27
Reflexiones sobre la teología de la historia <i>Antonio Pérez-Mosso</i>	31
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	33
Una historia de conversión. Robert Hugh Benson <i>Francesc Manresa Lamarca</i>	34
Los mártires, testigos de la fe. Santa Eulalia de Barcelona <i>María del Mar Vives</i>	36
Doctores de la fe. San Atanasio <i>Xavier Prevosti Vives</i>	38
Contemplando la vida de Cristo. El martirio de san Juan Bautista <i>Ramón Gelpí</i>	40
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	42
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	44

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 BARCELONA
Redacción: 93 317 47 33
E-Mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

RAZÓN DEL NÚMERO

EL contenido principal de este segundo número del Año de la Fe es el último Sínodo de los Obispos que ha tenido lugar el pasado mes de octubre sobre el tema «La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana». El Papa ha querido que coincidieran prácticamente en unas mismas fechas la inauguración del Año de la Fe, el Sínodo de los Obispos y la proclamación de dos nuevos doctores de la Iglesia: san Juan de Ávila y santa Hildegarda. Los tres acontecimiento eclesiales manifiestan un mismo propósito: en estos tiempos que, como ha subrayado repetidamente Benedicto XVI, son de crisis de fe, la Iglesia quiere renovar de un modo más explícito e intenso su fidelidad al mandato evangélico de anunciar a todas las gentes hasta el confín del mundo el único mensaje que puede salvar a la humanidad actual de la profunda y multiforme crisis en que se debate.

Como ha recordado el Sumo Pontífice en su homilía de inauguración del Sínodo, la Nueva Evangelización significa renovar el impulso misionero en todos aquellos pueblos donde los católicos aún son una pequeña minoría y, además, de un modo especialísimo, está dirigida a los que habiendo sido bautizados viven como si Dios no existiera, o porque han perdido la fe, o bien porque sus vidas están totalmente alejadas de la práctica cristiana. Es decir, los países de la antigua Cristiandad, de los que partieron tantos millares de sacerdotes y religiosos hacia los países de misión en tiempos aún no muy lejanos. Frente a esta dolorosa realidad, el mensaje central del Concilio Vaticano II cobra una relevante y urgente actualidad. Sólo se recobrará la fe perdida cuando se responda con una fidelidad vivida a la llamada universal a la santidad. Sólo los santos son capaces de comunicar en este mundo descreído que sólo Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida.

Hemos pretendido con los documentos del Sínodo que publicamos sea manifiesto que con la Nueva Evangelización no se trata principalmente de nuevos métodos, ni de nuevo lenguaje, ni de nuevas tecnologías –de todo ello se tiene que hacer el uso que sea necesario–; es primordialmente, como dijo el cardenal Sodano en su intervención en el Sínodo, una empresa grandiosa, una obra misteriosa de la gracia de Dios: «para invocar esta gracia la Iglesia siempre nos propone el apostolado de la oración».

Siguiendo con el plan propuesto para este Año de la Fe continuamos con las secciones específicas: un converso, el sacerdote y novelista inglés Hugh Benson; un mártir muy cercano a nuestra realidad histórica, santa Eulalia; y un doctor de la Iglesia de los primeros tiempos, san Atanasio. Junto con estos artículos también reproducimos, como habíamos prometido, dos artículos sobre cuestiones relacionadas con la fe y la evangelización, de nuestros recordados y queridos redactores, maestros de doctrina verdadera: Francisco Canals y José María Petit.

La evangelización tiene siempre como punto central y último a Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios

Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la misa concelebrada en la plaza de San Pedro, el pasado 7 de octubre

CON esta solemne concelebración inauguramos la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que tiene como tema: La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Esta temática responde a una orientación programática para la vida de la Iglesia, la de todos sus miembros, las familias, las comunidades, la de sus instituciones. Dicha perspectiva se refuerza por la coincidencia con el comienzo del Año de la Fe, que tendrá lugar el próximo jueves 11 de octubre, en el 50 aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II. Doy mi cordial bienvenida, llena de reconocimiento, a los que habéis venido a formar parte de esta Asamblea sinodal, en particular al secretario general del Sínodo de los Obispos y a sus colaboradores. Hago extensivo mi saludo a los delegados fraternos de otras Iglesias y Comunidades eclesiales, y a todos los presentes, invitándolos a acompañar con la oración cotidiana los trabajos que desarrollaremos en las próximas tres semanas.

Las lecturas bíblicas de la liturgia de la Palabra de este domingo nos ofrecen dos puntos principales de reflexión: el primero sobre el matrimonio, que retomaré más adelante; el segundo sobre Jesucristo, que abordo a continuación. No tenemos tiempo para comentar el pasaje de la carta a los Hebreos, pero debemos, al comienzo de esta asamblea sinodal, acoger la invitación a fijar los ojos en el Señor Jesús, «coronado de gloria y honor por su pasión y muerte» (Hb 2,9). La Palabra de Dios nos pone ante el crucificado glorioso, de modo que toda nuestra vida, y en concreto la tarea de esta asamblea sinodal, se lleve a cabo en su presencia y a la luz de su misterio. La evangelización, en todo tiempo y lugar, tiene siempre como punto central y último a Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios (cf. Mc 1,1); y el crucifijo es por excelencia el signo distintivo de quien anuncia el Evangelio: signo de amor y de paz, llamada a la conversión y a la reconciliación. Que nosotros, venerados hermanos, seamos los primeros en tener la mirada del corazón puesta en Él, dejándonos purificar por su gracia.

Quisiera ahora reflexionar brevemente sobre la «nueva evangelización», relacionándola con la evangelización ordinaria y con la misión *ad gentes*. La Iglesia existe para evangelizar. Fieles al mandato del

Señor Jesucristo, sus discípulos fueron por el mundo entero para anunciar la Buena Noticia, fundando por todas partes las comunidades cristianas. Con el tiempo, estas han llegado a ser iglesias bien organizadas con numerosos fieles. En determinados periodos históricos, la divina Providencia ha suscitado un renovado dinamismo de la actividad evangelizadora de la Iglesia. Basta pensar en la evangelización de los pueblos anglosajones y eslavos, o en la transmisión del Evangelio en el continente americano, y más tarde los distintos periodos misioneros en los pueblos de África, Asia y Oceanía. Sobre este trasfondo dinámico, me agrada mirar también a las dos figuras luminosas que acabo de proclamar doctores de la Iglesia: san Juan de Ávila y santa Hildegarda de Bingen. También en nuestro tiempo el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia un nuevo impulso para anunciar la Buena Noticia, un dinamismo espiritual y pastoral que ha encontrado su expresión más universal y su impulso más autorizado en el Concilio Ecuménico Vaticano II. Este renovado dinamismo de evangelización produce un influjo beneficioso sobre las dos «ramas» específicas que se desarrollan a partir de ella, es decir, por una parte, la *missio ad gentes*, esto es el anuncio del Evangelio a aquellos que aún no conocen a Jesucristo y su mensaje de salvación; y, por otra parte, la nueva evangelización, orientada principalmente a las personas que, aun estando bautizadas, se han alejado de la Iglesia, y viven sin tener en cuenta la praxis cristiana. La Asamblea sinodal que hoy se abre esta dedicada a esta nueva evangelización, para favorecer en estas personas un nuevo encuentro con el Señor, el único que llena de significado profundo y de paz nuestra existencia; para favorecer el redescubrimiento de la fe, fuente de gracia que trae alegría y esperanza a la vida personal, familiar y social. Obviamente, esa orientación particular no debe disminuir el impulso misionero, en sentido propio, ni la actividad ordinaria de evangelización en nuestras comunidades cristianas. En efecto, los tres aspectos de la única realidad de evangelización se completan y fecundan mutuamente.

El tema del matrimonio, que nos propone el Evangelio y la primera lectura, merece en este sentido una atención especial. El mensaje de la Palabra de

Dios se puede resumir en la expresión que se encuentra en el libro del Génesis y que el mismo Jesús retoma: «Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne» (Gn 1,24, Mc 10,7-8). ¿Qué nos dice hoy esta palabra? Pienso que nos invita a ser más conscientes de una realidad ya conocida pero tal vez no del todo valorada: que el matrimonio constituye en sí mismo un evangelio, una Buena Noticia para el mundo actual, en particular para el mundo secularizado. La unión del hombre y la mujer, su ser «una sola carne» en la caridad, en el amor fecundo e indisoluble, es un signo que habla de Dios con fuerza, con una elocuencia que en nuestros días llega a ser mayor, porque, lamentablemente y por varias causas, el matrimonio, precisamente en las regiones de antigua evangelización, atraviesa una profunda crisis. Y no es casual. El matrimonio está unido a la fe, no en un sentido genérico. El matrimonio, como unión de amor fiel e indisoluble, se funda en la gracia que viene de Dios Uno y Trino, que en Cristo nos ha amado con un amor fiel hasta la cruz. Hoy podemos percibir toda la verdad de esta afirmación, contrastándola con la dolorosa realidad de tantos matrimonios que desgraciadamente terminan mal. Hay una evidente correspondencia entre la crisis de la fe y la crisis del matrimonio. Y, como la Iglesia afirma y testimonia desde hace tiempo, el matrimonio está llamado a ser no sólo objeto, sino sujeto de la nueva evangelización. Esto se realiza ya en muchas experiencias, vinculadas a comunidades y movimientos, pero se está realizando cada vez más también en el tejido de las diócesis y de las parroquias, como ha demostrado el reciente Encuentro Mundial de las Familias.

Una de las ideas clave del renovado impulso que el Concilio Vaticano II ha dado a la evangelización es la de la llamada universal a la santidad, que como tal concierne a todos los cristianos (cf. Const. *Lumen gentium*, 39-42). Los santos son los verdaderos protagonistas de la evangelización en todas sus expresiones. Ellos son, también de forma particular, los pioneros y los que impulsan la nueva evangelización: con su intercesión y el ejemplo de sus vidas, abiertas a la fantasía del Espíritu Santo, muestran la belleza del Evangelio y de la comunión con Cristo a las personas indiferentes o incluso hostiles, e invitan a los creyentes tibios, por decirlo así, a que con alegría vivan de fe, esperanza y caridad, a que descubran el «gusto» por la Palabra de Dios y los sacramentos, en particular por el pan de vida, la Eucaristía. Santos y santas florecen entre los generosos misioneros que anuncian la buena noticia a los no cristianos, tradicionalmente en los países de misión y actualmente en todos los lugares donde viven personas no cristianas. La santidad no conoce barreras culturales, sociales, políticas, religiosas. Su lenguaje —el del amor y la verdad— es comprensible a todos

los hombres de buena voluntad y los acerca a Jesucristo, fuente inagotable de vida nueva.

A este respecto, nos paramos un momento para admirar a los dos santos que hoy han sido agregados al grupo escogido de los doctores de la Iglesia. San Juan de Ávila vivió en el siglo xvi. Profundo conocedor de las Sagradas Escrituras, estaba dotado de un ardiente espíritu misionero. Supo penetrar con singular profundidad en los misterios de la redención obrada por Cristo para la humanidad. Hombre de Dios, unía la oración constante con la acción apostólica. Se dedicó a la predicación y al incremento de la práctica de los sacramentos, concentrando sus esfuerzos en mejorar la formación de los candidatos al sacerdocio, de los religiosos y los laicos, con vistas a una fecunda reforma de la Iglesia.

Santa Hildegarda de Bienen, importante figura femenina del siglo xii, ofreció una preciosa contribución al crecimiento de la Iglesia de su tiempo, valorando los dones recibidos de Dios y mostrándose una mujer de viva inteligencia, profunda sensibilidad y reconocida autoridad espiritual. El Señor la dotó de espíritu profético y de intensa capacidad para discernir los signos de los tiempos. Hildegarda alimentaba un gran amor por la creación, cultivó la medicina, la poesía y la música. Sobre todo conservó siempre un amor grande y fiel por Cristo y su Iglesia.

La mirada sobre el ideal de la vida cristiana, expresado en la llamada a la santidad, nos impulsa a mirar con humildad la fragilidad de tantos cristianos, más aun, su pecado, personal y comunitario, que representa un gran obstáculo para la evangelización, y a reconocer la fuerza de Dios que, en la fe, viene al encuentro de la debilidad humana. Por tanto, no se puede hablar de la nueva evangelización sin una disposición sincera de conversión. Dejarse reconciliar con Dios y con el prójimo (cf. 2 Cor 5,20) es la vía maestra de la nueva evangelización. Únicamente purificados, los cristianos podrán encontrar el legítimo orgullo de su dignidad de hijos de Dios, creados a su imagen y redimidos con la sangre preciosa de Jesucristo, y experimentar su alegría para compartirla con todos, con los de cerca y los de lejos.

Queridos hermanos y hermanas, encomendemos a Dios los trabajos de la Asamblea sinodal con el sentimiento vivo de la comunión de los santos, invocando la particular intercesión de los grandes evangelizadores, entre los cuales queremos contar con gran afecto al beato papa Juan Pablo II, cuyo largo pontificado ha sido también ejemplo de nueva evangelización. Nos ponemos bajo la protección de la bienaventurada Virgen María, Estrella de la nueva evangelización. Con ella invocamos una especial efusión del Espíritu Santo, que ilumine desde lo alto la Asamblea sinodal y la haga fructífera para el camino de la Iglesia hoy, en nuestro tiempo. Amén.

Tres intervenciones en el Sínodo

«MÁS QUE NUEVOS MÉTODOS Y RECURSOS TÉCNICOS, SIRVEN EVANGELIZADORES QUE TENGAN UNA PROFUNDA EXPERIENCIA DE FE, ALIMENTADA EN LA COMUNIÓN CON DIOS.»

Cardenal Pedro Scherer, arzobispo de Sao Paulo
(Sábado, 13 de octubre de 2012)

La nueva evangelización necesita «nuevos evangelizadores». Más que nuevos métodos y recursos técnicos, sirven evangelizadores que tengan una profunda experiencia de fe, alimentada en la comunión con Dios.

Los santos, a lo largo de la historia de la iglesia, han sido auténticos cristianos y los evangelizadores más eficaces. Desde los tiempos de los apóstoles y los primeros mártires, la Iglesia ha podido contar con el testimonio de los santos en los momentos más difíciles de su vida y de su misión: santos mártires y confesores, santos pastores y doctores, santos misioneros y predicadores, santos místicos, vírgenes consagradas, santos de la caridad, santos fundadores.

¡Estos siempre fueron verdaderos discípulos y misioneros de Jesús y sus testigos en el mundo!

En cada país, los santos locales o también los de la Iglesia universal, han sostenido, y aún hoy sus-

tentan, la fe de los fieles; para ellos son un ejemplo de vida, además de ser hermanos intercesores. Los lugares de los santos (santuarios) son lugares de fe y consuelo para el pueblo de los creyentes.

Por eso, la nueva evangelización puede encontrar en la vida, en el testimonio y en la intercesión de los santos un inmenso recurso. La devoción a los santos y la «comunión» con los santos permiten a los fieles probar la cercanía de ese «Misterio de la fe» en el que cree la Iglesia y que ha sido proclamado por ella en el mundo.

Este «Misterio de la fe», que es el mismo Dios-Trinidad que se ha acercado a nosotros por medio de Jesucristo, ha cautivado a muchos santos antes que a nosotros, y puede cautivar también a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

¡La vida, el testimonio y la intercesión de los santos es un gran tesoro de la Iglesia y puede ser de gran ayuda para la Nueva Evangelización!

«NO SOMOS LOS PRIMEROS QUE TRABAJAMOS EN LA VIÑA DEL SEÑOR NI SEREMOS LOS ÚLTIMOS... VENDRÁN OTROS DESPUÉS DE NOSOTROS QUE LLEVARÁN ADELANTE ESTA OBRA, HASTA EL FIN DE LA HISTORIA HUMANA, CUANDO TENGAMOS UN CIELO NUEVO Y UNA TIERRA NUEVA (Ap 21, 1).»

Cardenal Angelo Sodano, decano del Colegio cardenalicio
Lunes, 8 de octubre de 2012

El Papa invita a esta Asamblea a profundizar un tema que afecta al corazón de nuestra misión pastoral al inicio de este tercer milenio cristiano. Por su parte, el Sucesor de Pedro ya ha comenzado un estudio en profundidad al respecto, como resulta evidente en numerosas intervenciones suyas. Una síntesis de estas intervenciones ya se ha publicado en la última parte del reciente volumen del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, con el título: *Enchiridion de la nueva evangelización* (Librería Editora Vaticana, 2012).

En un reciente discurso a un grupo de obispos franceses que vinieron a Roma en visita ad limina el Papa dijo explícitamente: «Los desafíos de una sociedad ampliamente secularizada invitan ahora a buscar una respuesta con valentía y optimismo, proponiendo con audacia e inventiva la novedad per-

manente del Evangelio» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 30 de septiembre de 2012).

«Con valentía y optimismo»: este es el deseo que expreso también de mi parte a todos los presentes, pese a reconocer las grandes dificultades que existen en la situación actual. A veces también a nosotros nos viene la tentación que tuvieron los apóstoles, que en el lago de Galilea le decían a Jesús por boca de Simeón: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5, 5). Y vino la pesca milagrosa.

Ciertamente, la nueva evangelización a la que ahora estamos llamados no quiere ser sólo un eslogan o una técnica nueva, como sucede hoy con la llamada nueva alfabetización, cuyo objetivo es en-

señar a usar los métodos de comunicación *on line*. Se trata, en cambio, de una evangelización nueva en el sentido que nos han indicado los últimos romanos pontífices, para afrontar los desafíos que la Iglesia encuentra hoy, venciendo toda forma de escepticismo y confiando en la ayuda del Señor. Por lo demás, este es un tema recurrente en la historia de la Iglesia, llamada a sacar de su arca «*nova et vetera*» (Mt 13, 52), cosas nuevas y cosas viejas.

Es evidente que estamos frente a una empresa grandiosa, en la que participan el cielo y la tierra, una obra misteriosa por la intervención anticipada y concomitante de la gracia de Dios. La misma formulación de la segunda parte del tema de este Sínodo, es decir, la frase «para la transmisión de la fe» no parece que sea del todo adecuada, porque como sabemos muy bien, la fe no la transmitimos nosotros, al provenir de la gracia de Dios, sino que el hombre decide acoger ese don. Y precisamente para invocar dicha gracia la Iglesia siempre nos propone el apostolado de la oración acompañado del apostolado de la acción.

Por mi parte, he tratado de prepararme a esta Asamblea relejendo atentamente durante los últimos meses los Hechos de los Apóstoles. Allí ya se ve claramente que la obra evangelizadora de la Iglesia era fruto de varios factores, tanto de las palabras y las iniciativas prácticas de los apóstoles, como de la intervención continua de la gracia de Dios, que abría los corazones a la aceptación de la Buena Nueva.

Allí vemos que Pedro, después de Pentecostés, toma la iniciativa y presenta con santo ardor a Jesús de Nazaret como único Salvador (Hch 2, 14ss).

Debo confesar, sin embargo, que tras la lectura consoladora de los Hechos de los Apóstoles, me he detenido en el libro del Apocalipsis y he reflexionado de este modo sobre la realidad del mal en el mundo, al igual que sobre el misterio de la libertad del hombre, que aunque vea la luz a veces prefiere permanecer en tinieblas. Asimismo, he querido meditar sobre las páginas del Apocalipsis que nos describen la presencia devastadora del Maligno en la historia humana. Pero siempre es consolador leer en el mismo Apocalipsis como al final el poder victorioso de Cristo resplandece sobre todas las miserias humanas.

Ahora querría concluir con una llamada que siento que debo hacer, no tanto como Decano del Colegio cardenalicio, sino como Decano por ancianidad de los obispos aquí presentes. Es una llamada a fin de que todos llevemos adelante nuestro trabajo de evangelización con gran humildad, sabiendo que no somos los primeros que trabajamos en la viña del Señor ni seremos los últimos. No somos los primeros porque otros, durante dos mil años, nos han precedido en esta labor pastoral. Tampoco somos los últimos porque vendrán otros después de nosotros que llevarán adelante esta obra, hasta el fin de la historia humana, cuando tengamos un cielo nuevo y una tierra nueva (Ap 21, 1).

«ENTRE LAS CAUSAS DE LA SITUACIÓN ACTUAL DE LA FE HAY QUE CONSIDERAR LOS ERRORES TEOLÓGICOS Y FILOSÓFICOS QUE CIRCULAN EN LOS CENTROS ACADÉMICOS, SEMINARIOS Y NOVICIADOS.»

Monseñor Héctor Rubén Aguer, arzobispo de La Plata
Miércoles, 10 de octubre de 2012

Entre las causas de la situación actual de la fe hay que considerar los errores teológicos y filosóficos que circulan en los centros académicos, seminarios y noviciados y que se divulgan mediante la predicación y la catequesis para confusión del pueblo de Dios. La nueva evangelización requiere superar esos defectos que debilitan la certeza de la fe; para ello, cuidar que la formación de los agentes pastorales se ajuste al magisterio de la Iglesia.

Ante la emergencia de la cuestión antropológica, importa destacar la mediación de la filosofía, de una consideración metafísica de la persona que re-

coja y trascienda los válidos aportes científicos. Desde allí, por vía de participación, se abre el acceso al fundamento absoluto, a Dios. En el pensamiento cristiano se armonizan teocentrismo y centralidad del hombre, como alternativa al antropocentrismo radical que proponen algunas corrientes contemporáneas.

Se hace necesario desarrollar una nueva apologética, un discurso en favor de la fe cristiana, tanto de nivel académico cuanto catequístico-popular, que sea un itinerario propuesto a la inteligencia y al corazón de los hombres y las mujeres de hoy.

Numerosas personas tienen necesidad de una nueva evangelización, es decir, de un nuevo encuentro con Jesús

*Homilía de Su Santidad Benedicto XVI en la misa concelebrada
en la basílica vaticana, el pasado 28 de octubre*

El milagro de la curación del ciego Bartimeo ocupa un lugar relevante en la estructura del Evangelio de Marcos. En efecto, está colocado al final de la sección llamada «viaje a Jerusalén», es decir, la última peregrinación de Jesús a la Ciudad Santa para la Pascua, en donde él sabe que le espera la pasión, la muerte y la resurrección. Para subir a Jerusalén, desde el valle del Jordán, Jesús pasó por Jericó, y el encuentro con Bartimeo tuvo lugar a las afueras de la ciudad, mientras Jesús, como anota el evangelista, salía «de Jericó con sus discípulos y bastante gente» (10, 46); gente que, poco después, aclamará a Jesús como Mesías en su entrada a Jerusalén. Bartimeo, cuyo nombre, como dice el mismo evangelista, significa «hijo de Timeo», estaba precisamente sentado al borde del camino pidiendo limosna. Todo el Evangelio de Marcos es un itinerario de fe, que se desarrolla gradualmente en el seguimiento de Jesús. Los discípulos son los primeros protagonistas de este paulatino descubrimiento, pero hay también otros personajes que desempeñan un papel importante, y Bartimeo es uno de éstos. La suya es la última curación prodigiosa que Jesús realiza antes de su pasión, y no es casual que sea la de un ciego, es decir una persona que ha perdido la luz de sus ojos. Sabemos también por otros textos que en los evangelios la ceguera tiene un importante significado. Representa al hombre que tiene necesidad de la luz de Dios, la luz de la fe, para conocer verdaderamente la realidad y recorrer el camino de la vida. Es esencial reconocerse ciegos, necesitados de esta luz, de lo contrario se es ciego para siempre (cf. Jn 9,39-41).

Bartimeo, pues, en este punto estratégico del relato de Marcos, está puesto como modelo. Él no es ciego de nacimiento, sino que ha perdido la vista: es el hombre que ha perdido la luz y es consciente de ello, pero no ha perdido la esperanza, sabe percibir la posibilidad de un encuentro con Jesús y confía en él para ser curado. En efecto, cuando siente que el Maestro pasa por el camino, grita: «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí» (Mc 10,47), y lo repite con fuerza (v. 48). Y cuando Jesús lo llama y le pregunta qué quiere de Él, responde: «Maestro, que pue-

da ver» (v. 51). Bartimeo representa al hombre que reconoce el propio mal y grita al Señor, con la confianza de ser curado. Su invocación, simple y sincera, es ejemplar, y de hecho –al igual que la del publicano en el Templo: «Oh Dios, ten compasión de este pecador» (Lc 18,13)– ha entrado en la tradición de la oración cristiana. En el encuentro con Cristo, realizado con fe, Bartimeo recupera la luz que había perdido, y con ella la plenitud de la propia dignidad: se pone de pie y retoma el camino, que desde aquel momento tiene un guía, Jesús, y una ruta, la misma que Jesús recorre. El evangelista no nos dice nada más de Bartimeo, pero en él nos muestra quién es el discípulo: aquel que, con la luz de la fe, sigue a Jesús «por el camino» (v. 52).

San Agustín, en uno de sus escritos, hace una observación muy particular sobre la figura de Bartimeo, que puede resultar también interesante y significativa para nosotros. El santo obispo de Hipona reflexiona sobre el hecho de que Marcos, en este caso, indica el nombre no sólo de la persona que ha sido curada, sino también del padre, y concluye que «Bartimeo, hijo de Timeo, era un personaje que de una gran prosperidad cayó en la miseria, y que ésta condición suya de miseria debía ser conocida por todos y de dominio público, puesto que no era solamente un ciego, sino un mendigo sentado al borde del camino. Por esta razón Marcos lo recuerda solamente a él, porque la recuperación de su vista hizo que ese milagro tuviera una resonancia tan grande como la fama de la desventura que le sucedió» (*Concordancia de los evangelios*, 2, 65, 125: PL 34, 1138). Hasta aquí san Agustín.

Esta interpretación, que ve a Bartimeo como una persona caída en la miseria desde una condición de «gran prosperidad», nos hace pensar; nos invita a reflexionar sobre el hecho de que hay riquezas preciosas para nuestra vida, y que no son materiales, que podemos perder. En esta perspectiva, Bartimeo podría ser la representación de cuantos viven en regiones de antigua evangelización, donde la luz de la fe se ha debilitado, y se han alejado de Dios, ya no lo consideran importante para la vida: personas que por eso han perdido una gran riqueza, han «caído en

la miseria» desde una alta dignidad –no económica o de poder terreno, sino cristiana–, han perdido la orientación segura y sólida de la vida y se han convertido, con frecuencia inconscientemente, en mendigos del sentido de la existencia. Son las numerosas personas que tienen necesidad de una nueva evangelización, es decir de un nuevo encuentro con Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios (cf. Mc 1,1), que puede abrir nuevamente sus ojos y mostrarles el camino. Es significativo que, mientras concluimos la Asamblea sinodal sobre la nueva evangelización, la liturgia nos proponga el Evangelio de Bartimeo. Esta Palabra de Dios tiene algo que decirnos de modo particular a nosotros, que en estos días hemos reflexionado sobre la urgencia de anunciar nuevamente a Cristo allá donde la luz de la fe se ha debilitado, allá donde el fuego de Dios es como un rescoldo, que pide ser reavivado, para que sea llama viva que da luz y calor a toda la casa.

La nueva evangelización concierne toda la vida de la Iglesia. Ella se refiere, en primer lugar, a la pastoral ordinaria que debe estar más animada por el fuego del Espíritu, para encender los corazones de los fieles que regularmente frecuentan la comunidad y que se reúnen en el día del Señor para nutrirse de su Palabra y del Pan de vida eterna. Deseo subrayar tres líneas pastorales que han surgido del Sínodo. La primera corresponde a los sacramentos de la iniciación cristiana. Se ha reafirmado la necesidad de acompañar con una catequesis adecuada la preparación al bautismo, a la confirmación y a la Eucaristía. También se ha reiterado la importancia de la penitencia, sacramento de la misericordia de Dios. La llamada del Señor a la santidad, dirigida a todos los cristianos, pasa a través de este itinerario sacramental. En efecto, se ha repetido muchas veces que los verdaderos protagonistas de la nueva evangelización son los santos: ellos hablan un lenguaje comprensible para todos, con el ejemplo de la vida y con las obras de caridad.

En segundo lugar, la nueva evangelización está esencialmente conectada con la misión *ad gentes*. La Iglesia tiene la tarea de evangelizar, de anunciar el mensaje de salvación a los hombres que aún no conocen a Jesucristo. En el transcurso de las reflexiones sinodales, se ha subrayado también que existen muchos lugares en África, Asia y Oceanía en donde los habitantes, muchas veces sin ser plenamente conscientes, esperan con gran expectativa el primer anuncio del Evangelio. Por tanto es necesario rezar al Espíritu Santo para que suscite en la Iglesia un renovado dinamismo misionero, cuyos protagonistas sean de modo especial los agentes pastorales y los fieles laicos. La globalización ha causado un notable desplazamiento de poblaciones; por tanto el primer anuncio se impone también en los países de

antigua evangelización. Todos los hombres tienen el derecho de conocer a Jesucristo y su Evangelio; y a esto corresponde el deber de los cristianos, de todos los cristianos –sacerdotes, religiosos y laicos–, de anunciar la Buena Noticia.

Un tercer aspecto tiene que ver con las personas bautizadas pero que no viven las exigencias del bautismo. Durante los trabajos sinodales se ha puesto de manifiesto que estas personas se encuentran en todos los continentes, especialmente en los países más secularizados. La Iglesia les dedica una atención particular, para que encuentren nuevamente a Jesucristo, vuelvan a descubrir el gozo de la fe y regresen a las prácticas religiosas en la comunidad de los fieles. Además de los métodos pastorales tradicionales, siempre válidos, la Iglesia intenta utilizar también métodos nuevos, usando asimismo nuevos lenguajes, apropiados a las diferentes culturas del mundo, proponiendo la verdad de Cristo con una actitud de diálogo y de amistad que tiene como fundamento a Dios que es Amor. En varias partes del mundo, la Iglesia ya ha emprendido dicho camino de creatividad pastoral, para acercarse a las personas alejadas y en busca del sentido de la vida, de la felicidad y, en definitiva, de Dios. Recordamos algunas importantes misiones ciudadanas, el «Atrio de los gentiles», la Misión Continental, etcétera. Sin duda el Señor, Buen Pastor, bendecirá abundantemente dichos esfuerzos que provienen del cielo por su persona y su Evangelio.

Queridos hermanos y hermanas, Bartimeo, una vez recuperada la vista gracias a Jesús, se unió al grupo de los discípulos, entre los cuales seguramente había otros que, como él, habían sido curados por el Maestro. Así son los nuevos evangelizadores: personas que han tenido la experiencia de ser curados por Dios, mediante Jesucristo. Y su característica es una alegría de corazón, que dice con el salmista: «El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres» (Sal 125,3). También nosotros hoy, nos dirigimos al Señor, *Redemptor hominis* y *Lumen gentium*, con gozoso agradecimiento, haciendo nuestra una oración de san Clemente de Alejandría: «Hasta ahora me he equivocado en la esperanza de encontrar a Dios, pero puesto que tú me iluminas, oh Señor, encuentro a Dios por medio de ti, y recibo al Padre de ti, me hago tu coheredero, porque no te has avergonzado de tenerme por hermano. Cancelemos, pues, cancelemos el olvido de la verdad, la ignorancia; y removiendo las tinieblas que nos impiden la vista como niebla en los ojos, contemplemos al verdadero Dios...; ya que una luz del cielo brilló sobre nosotros sepultados en las tinieblas y prisioneros de la sombra de muerte, [una luz] más pura que el sol, más dulce que la vida de aquí abajo» (Protréptico, 113, 2- 114,1). Amén

De la adoración al Santísimo Sacramento a la Nueva Evangelización

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

DE la Adoración al Santísimo Sacramento a la Nueva Evangelización» fue el lema del Congreso Internacional Adoratio convocado en Roma en junio de 2011 por iniciativa de monseñor Dominique Rey, obispo de Fréjus-Toulon, ex rector de los santuarios de Paray-le-Monial.

La idea central la expuso en la sesión inaugural monseñor Rey con esta clara afirmación: «La primera condición de este nuevo impulso misionero a que nos convoca el Papa, no puede ser otra que la adoración eucarística. Sin ella nos arriesgamos a empantanarnos en propuestas misioneras presentadas como marketing o promoción comercial». Su segunda afirmación fue una concreción de la anterior: «Sí, hemos de traer a los hombres y mujeres del siglo XXI a la fe en Jesucristo vivo, para que sientan como su Corazón palpita y desborda de amor por nosotros ahora. Tenemos que recuperar la capacidad de adorar a Cristo en el Santísimo Sacramento.»

Para despejar todo rastro de pelagianismo, monseñor Rey reconoció: «He descubierto con mayor intensidad la adoración eucarística siendo rector del santuario de Paray-le-Monial... pues la convicción y la fortaleza necesarias hoy para reevangelizar a un mundo postcristiano y apóstata, no puede surgir de nosotros, sino sólo del don del Espíritu Santo que nos da el Corazón de Jesús expuesto en el Santísimo Sacramento, que se compadece amorosamente de nuestras miserias...»

Y prosiguió: «La adoración de Jesucristo Dios y Hombre, vivo en el Sacramento, es un deber de todo cristiano, que en virtud de su consagración bautismal, es llamado a ser adorador en espíritu y en verdad. Todo hombre ha sido hecho para adorar y reconocer la divinidad y la realeza de Cristo, y para aban-

donar en Él todas sus preocupaciones. A esta vocación nos llama el Corazón de Jesús, y muy expresamente en estos nuestros tiempos de preocupación y angustia: “Venid a mí todos los que andáis agobiados por el peso de la carga, que yo os aliviaré”... La adoración eucarística es gozoso anticipo de la gloria celeste que consistirá en júbilo y adoración. Comenzando hoy a adorar nos preparamos para entrar en la plenitud de nuestra condición filial cuando contemplaremos el rostro de Dios cara a cara.»

Si queremos evangelizar hoy, tenemos que hablar desde el Corazón de Jesús, con las dos cualidades que Él da a la adoración eucarística: la mansedumbre y la humildad» (P. Florian Racine)

El secretario y organizador de Adoratio 2011 fue el padre Florian Racine. Nacido en 1971, se licenció en París, cursó un master en ingeniería oceánica en la Texas A & M University, y pasó unos años trabajando como ingeniero en Houston. Su conversión se produjo mediante una experiencia personal de la presencia de Jesús en la Eucaristía. La cuenta así: «En Houston conocí a un sacerdote, el padre Martín Lucía, que me habló en términos sencillos del Santísimo Sacramento: “Este Jesús no es una cosa, sino una persona con un corazón ardiente de infinito amor por ti y quiere que tú le correspondas con tu amor”. Tras esta impactante noticia para mí, resolví ir a una iglesia al salir del trabajo, a encontrarme con “aquel que me amaba tanto”. Hice un recorrido por las iglesias de Houston y observé con sorpresa que en ellas había personas arrodilladas ante el Santísimo Sacramento expuesto, retornándole “amor por amor”. Vuelto a Francia, pensaba hallar hogares similares de amor y de culto en todas las iglesias,

La Iglesia sabe que, ya ahora, el Señor viene en su Eucaristía y que está ahí en medio de nosotros. Sin embargo, esta presencia está velada. Por eso celebramos la Eucaristía «*expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi*» («Mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo», Embolismo después del Padre Nuestro; cf Tt 2,13), pidiendo entrar «en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro» (MR, Plegaria Eucarística 3, 128: oración por los difuntos).

Catecismo de la Iglesia católica (núm. 1404)

pero ... Tras un tiempo de discernimiento fui ordenado sacerdote en la diócesis de Fréjus-Toulon.»

En 2007 el padre Racine fundó la Asociación de Sacerdotes Diocesanos Misioneros de la Santísima Eucaristía, aprobada por su obispo monseñor Rey, cuyo carisma es la formación de sacerdotes y laicos que animen a las parroquias a vivir la Adoración Perpetua, instaurada ya en millares de parroquias y capillas de todo el mundo, veinticinco de ellas en España, pues por la Adoración Perpetua la parroquia se convierte en «buena tierra» húmeda y fértil donde todas las actividades pastorales reciben su dinamismo y fecundidad. Su espiritualidad se funda sobre todo en los escritos del apóstol de la Eucaristía san Pedro Julián Eymard, canonizado por el papa Juan XXIII en 1962.

Su carisma lo explica así: «Si alguno tiene sed, que venga a mí y que beba. Ríos de agua viva brotarán de su corazón» (Jn 7, 37). «En el Santísimo Sacramento, Jesús derrama profusamente el agua viva de su Espíritu que transforma nuestros corazones duros y secos y nuestras áridas parroquias. En cada misa y en cada hora de adoración Jesús derrama su preciosa sangre sobre nosotros, sobre nuestra parroquia, sobre el mundo, y en particular sobre aquellos que tienen más necesidad de la misericordia divina».

El padre Racine concluía así su intervención: «Si queremos evangelizar hoy, tenemos que hablar desde el Corazón de Jesús, con las dos cualidades que Él da a la adoración eucarística: la mansedumbre y la humildad. Con el acto de fe de creer que Jesús está realmente presente en el Santísimo Sacramento se intensifica nuestra vida cristiana. Debemos tomarnos todo el tiempo necesario para venir y adorarlo. Cuando hacemos este acto de fe y amor, Jesús cambia nuestro

corazón. Sólo así podemos ser verdaderos testigos de su amor y evangelizar». Como escribió Juan Pablo II: «En la adoración, el cristiano misteriosamente contribuye a la radical transformación del mundo. Toda persona que ruega al Salvador arrastra tras sí al mundo entero y lo eleva a Dios. Todos cuantos permanecen ante el Señor realizan un servicio eminente; presentan a Cristo a todos aquellos que no le conocen o están lejos de Él, y velan ante Él en su nombre.»

En la etapa 10.^a de su libro *Manual para adorar sin cansarse* el padre Racine escribe: «Jesús nos ama de tal modo que al fin de su vida terrena no quería dejarnos solos. Pero sabía que debía morir en la cruz para que nosotros pudiéramos pasar la eternidad con Él en el Cielo en indescriptible alegría. Fue entonces cuando Jesús hizo el mayor invento de todos los tiempos, la invención del amor por excelencia. La víspera de su pasión, tomó el pan y dijo: “Esto es mi cuerpo”, luego tomo el vino y dijo: “Esto es mi sangre”, tomad, comed y bebed... Jesús cambió literalmente el pan y el vino en su propia persona. ¿Por qué lo hizo? Para venir a habitar en nuestro corazón, que es tan valioso para Él, que le sirve de su nuevo cielo en la tierra... Inmediatamente después de habernos dado a comer su cuerpo y a beber su sangre, Jesús partió hacia el Huerto de los Olivos. Entonces pidió a sus apóstoles velar con Él para no caer en tentación... En el Santísimo Sacramento Jesús se queda con nosotros para consolarnos en nuestras aflicciones, acompañarnos en nuestras soledades y vencer en nuestras pruebas. Jesús en el tabernáculo es nuestro compañero de camino y nuestro más fiel amigo en la tierra. El encuentro personal íntimo y transformante que tiene lugar en la adoración da a nuestro testimonio la fuerza y la caridad para anunciar al Resucitado».

LA VOZ DEL SÍNODO

Proposición 8: Testimonio en un mundo secularizado

Somos cristianos que vivimos en un mundo secularizado. Mientras que el mundo es y sigue siendo la creación de Dios, la secularización se inscribe en el ámbito de la cultura humana. Como cristianos no podemos permanecer indiferentes ante el proceso de secularización. En efecto, estamos en una situación similar a la de los primeros cristianos y, como tales deberíamos ver esto como un reto y como una posibilidad. Vivimos en este mundo, pero no somos de este mundo (cf. Jn 15,19; 17,11, 16). El mundo es creación de Dios y manifestación de su amor. En y a través de Jesucristo podemos recibir la salvación de Dios y ser capaces de discernir el progreso de su creación. Jesús nos abre las puertas para que, sin temor, podamos abrazar con amor las heridas de la Iglesia y del mundo (cf. Benedicto XVI).

En nuestra época actual, que manifiesta aspectos más difíciles que en el pasado, incluso si somos como «el pequeño rebaño» (Lc 12:32), damos testimonio del mensaje evangélico de salvación y estamos llamados a ser sal y luz de un nuevo mundo (cf. Mt 5,13-16).

Santa Hildegarda de Bingen, una mujer polifacética en el Medievo

GERARDO MANRESA PRESAS

ERAN los tiempos de la gran lucha de las Investiduras entre el Emperador y el Papa, pocos años habían pasado desde que el emperador Enrique IV había tenido que ir a Canosa para humillarse ante el papa san Gregorio VII, que le había excomulgado, cuando nació en 1098 en la región germana de la Franconia, en el pueblo de Bermersheim, junto a Maguncia, la décima hija de un matrimonio noble que se llamó Hildegarda. Sus padres consideraron que debían dedicarla al servicio del Señor como el «diezmo» por todos los bienes recibidos y así a los ocho años de edad, en 1106, fue entregada para su formación a Jutta de Sponheim, hija del conde de Sponheim, que vivía una vida religiosa retirada en una casita adosada al monasterio de monjes benedictinos de Disibodenberg, fundado por san Disibodo. Esta casita era la vivienda de una viuda, que vivía con Jutta. Allí Jutta le enseñó a leer y escribir y a recitar el Salterio y viendo la fama que adquirieron ambas pronto otras familias decidieron enviar a sus hijas, por lo que pronto se convirtió en un monasterio benedictino femenino agregado al monasterio de Disibodenberg. A los 15 años Hildegarda profesó como monja en dicho monasterio.

Hildegarda tenía visiones desde los 6 años y éstas continuaron toda su vida. Ella informó inicialmente sólo a Jutta y después al monje Vollmar del monasterio, que fue primero su preceptor y luego su secretario y escriba. En 1136 murió Jutta e Hildegarda fue elegida abadesa de la comunidad. Pronto el arzobispo Enrique de Maguncia se enteró de sus visiones y las examinó con sus teólogos confirmando que eran de inspiración divina y le ordenó que las pusiera por escrito. Así Hildegarda comenzó en 1141 a escribir su obra principal *Scivias* (*Scire vias Domini* o *Vias lucis*: Conoce los caminos) y tardó diez años en completarla. Hildegarda tuvo dudas sobre la oportunidad de escribir lo que percibía y consultó a san Bernardo de Claraval sobre su capacidad visionaria pidiéndole consejo. Bernardo le aconseja, en primer lugar humildad y se encomienda a sus oraciones, pero poco tiempo después, no sólo lo aprobó, sino que le animó a hacerlo y a partir de entonces mantuvo con ella una fluida relación epistolar. Todavía no había concluido el libro cuando ya el obispo Enrique de Maguncia, en el sínodo

de Tréveris, en 1147-1148, presentó los escritos de las visiones de Hildegarda, aún sin terminar, al papa Eugenio III, el cual después de hacerlos revisar dio su aprobación. Partes de dicho libro se leyeron a los prelados del mismo Sínodo. Animada por este apoyo dado por el Papa, Hildegarda se apresuró también a refutar de palabra y por escrito los errores de los herejes cátaros, muy extendidos por aquellas fechas en Alemania, ayudando con ello a san Bernardo y a Pedro el Venerable. Su fama creció tanto que hubo que fundar un nuevo monasterio para monjas benedictinas en Rupertsberg, cerca de Bingen, independiente de los monjes de Disibodenberg, los cuales se opusieron a dicho traslado por temor a ver disminuidas sus rentas y la influencia de su monasterio.

En la década de los años 1150 comienza su obra musical, de la que se conservan muchas obras, como himnos, antífonas, responsorios, que se recopilan en la *Symphonia armoniae celestium revelationum* (Sinfonía de la armonía de revelaciones divinas), además compuso también un auto sacramental, *Orde virtutum*.

El cuidado de la salud era responsabilidad de las abadesas de los monasterios, que tenían los conocimientos necesarios para tal misión: la antigua medicina grecorromana, más la experiencia multiseccular. Hildegarda unió a estos conocimientos su observación y estudio de las plantas, animales, piedras, alimentos y bebidas, pero también su observación del ser humano. En esta misma década escribe su obra de medicina, *Liber subtilitatum diversarum naturarum creaturarum* (Libro sobre las propiedades naturales de las cosas creadas), que años más tarde, en el siglo XIII, se dividió en dos textos, *Physica* (Historia natural), conocido también como *Liber simplicis medicinae* (Libro de la medicina sencilla) y *Causae et curae* (Problemas y remedios), también conocido como *Liber compositae medicinae* (Libro de la medicina compleja).

En los años siguientes, entre 1158 y 1163, escribió el *Liber vitae meritorum* y a continuación, entre 1163 y 1174, el *Liber divinorum operarum*, que junto con el libro *Scivias* son las obras teológicas más importantes de Hildegarda.

La obra de Hildegarda no se acaba con estos libros, pues posee cantidad de escritos como su co-

responsabilidad con las personalidades más importantes de su tiempo, los emperadores Conrado III y su hijo, Federico I Barbarroja, los papas Eugenio III, Anastasio IV, Adriano IV y Alejandro III, el rey inglés Enrique II y su esposa Eleonor de Aquitania y personas de toda Europa que acudían a ella en demanda de consejos morales, a los que aconsejaba o reprendía, según los casos. Otros tratados menos conocidos forman también parte de sus obras, como son *Respuesta a 38 preguntas*, *Explicación del Evangelio*, *Comentario a la Regla de san Benito*, *Comentario al Símbolo de san Atanasio*, *Vida de san Ruperto*, *Vida de san Disibodo*. Muchas de sus obras, cartas y escritos están recogidos en la *Patrología latina* de Migne.

Son tiempos difíciles. Hildegarda habla de su época como una época afeminada, y hace referencia al emperador Enrique IV como tirano. Cuando Federico Barbarroja asumió el trono (1152), citó a la abadesa a su palacio de Ingelheim para que le profetizara sobre su reinado. Siempre guardó deferencia hacia ella, y la protegió, pero sus enfrentamientos con el Papado causaron gran daño a la Iglesia. Sin embargo, no más daño del que le causaban los escandalosos concubinatos de sus sacerdotes, la simonía, el descuido de la oración y la inclinación de los escandalizados católicos hacia la secta de los cátaros, que proclamaba hipócritamente pobreza evangélica y pureza de costumbres.

Aparte de su obra escrita realizó cuatro largos viajes a instancias de diversos preladados por las zonas próximas al Rin, predicando en iglesias y abadías sobre temas que urgían en aquel momento, es-

pecialmente contra los herejes cátaros. En su tercer viaje, cuando visitó Colonia a instancia de los canónigos capitulares para predicar contra los cátaros, así lo hizo, pero también recriminó con dureza la vida disoluta que llevaban los mismos canónigos, el obispo, los clérigos y el pueblo cristiano que favorecía la expansión cátara. Fue la única mujer a quien se autorizó a predicar en templos y plazas.

En 1165 debido al incremento de monjas en Rupertsberg parte de la comunidad se trasladó a un convento vacío en las proximidades, el convento de Eibingen. Ella siempre permaneció como abadesa de Rupertsberg.

El 17 de setiembre de 1179, a la edad de 81 años falleció en el convento de Rupertsberg, donde fue enterrada. Durante la guerra de los Treinta Años, el ejército sueco del rey Gustavo Adolfo, en el año 1632, destruyó dicho monasterio y sus restos pudieron ser trasladados al de Eibingen.

Desde los años siguientes a su muerte fue considerada ya como santa por el pueblo y, pocos años después la Iglesia permitió que se le tributara culto en el monasterio. El papa Gregorio IX abrió oficialmente el proceso de canonización en 1227, pero no prosperó porque no fue posible autenticar los milagros que se le atribuían. Sin embargo su culto prosperó, y las crónicas de la época se referían a ella como «Santa Hildegarda». En el siglo xv la representaban como tal pinturas y esculturas, y al siglo siguiente la encontramos en el muy usado martirologio romano de Baronius. En 1940 el Vaticano aprobó oficialmente la celebración de su fiesta en todas las diócesis alemanas.

LA VOZ DEL SÍNODO

Proposición 12: Documentos del Concilio Vaticano II

Los padres sinodales reconocen la enseñanza del Concilio Vaticano II como un instrumento vital para la transmisión de la fe en el contexto de la Nueva Evangelización. Al mismo tiempo, consideran que los documentos del Concilio deben ser correctamente leídos e interpretados. Por lo tanto, desean manifestar su adhesión a nuestro Santo Padre, el papa Benedicto XVI, quien ha indicado el principio hermenéutico de la reforma en continuidad con el fin de descubrir en estos textos el auténtico espíritu del Concilio. «Está la "hermenéutica de la reforma", de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado a nosotros. Ella es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino. [...] Sin embargo, cuando esta interpretación ha guiado la recepción del Concilio, se ha desarrollado una nueva vida y han madurado nuevos frutos» (Benedicto XVI, discurso a la Curia romana, 22 de diciembre de 2005). De esta manera será posible dar respuesta a la necesidad de renovación que requiere el mundo moderno y, al mismo tiempo, preservar fielmente la identidad de la naturaleza de la Iglesia y su misión.

Profecías de santa Hildegarda sobre el Reino de Cristo

Liber Divinorum Operum Semplicis Hominis,
Visión 10, XVII y XX,
(P.L. Migne, vol.197, Col 1020-1023)

Cuando se calme la venganza de Dios con la corrección de los malvados, resplandecerán el orden de la justicia y la quietud de la paz en espera de la segunda llegada del Señor, como resplandeció en espera de la primera. Una parte de los judíos se convertirá y se alegrará, al reconocer que Él ha venido, cosa que ahora niegan.

XVII. Sin embargo, como nos enseña el león que he descrito en el libro *Scivias*, durante el desarrollo de estos acontecimientos estallarán a menudo guerras duras y crueles porque el temor de Dios estará olvidado. Muchos hombres serán matados, mientras un gran número de ciudades irá a la ruina. Y así como el hombre vence con su fuerza a la debilidad femenina, y el león es más fuerte que los demás animales, así también la crueldad de algunos hombres pondrá punto final a la paz de otros, como si fueran los ejecutores del juicio divino, porque será Dios el que permita a sus enemigos que inflijan penas crueles para purificar el mal, como siempre ha hecho desde el principio del mundo.

Y cuando los hombres estén purificados con aquellas aflicciones, se cansarán de luchar e, inspirados por el temor de Dios, reconocerán la justicia de todas las instituciones de la Iglesia aprobadas por Dios, y añadirán muchos otros bienes, tanto en los días de paz como en los de guerra y en los de dolor. Entonces la justicia será llamada lealmente esposa, y será conducida a la cama del rey porque la concubina será expulsada. Esta concubina se había preocupado de fingir que guardaba algunos preceptos de la ley, mientras que en otros momentos se asoció a la práctica de costumbres malvadas. Por eso el rey la echará. Porque el tiempo en que en algunas instituciones los hombres observaron los mandamientos de la Iglesia y en otras los descuidaron completamente, fue como una concubina.

Entonces, Dios omnipotente, que es el verdadero Salomón, adornará a su novia, es decir a la justicia, con todas sus joyas, es decir con todos los órdenes de la Iglesia. Enton-

ces serán visibles todos sus adornos que la concubina oscureció, como se ha dicho, escondiéndolos a veces de la vista. En aquel tiempo tendrán fin los días estériles y el consuelo echará a la desolación, como la nueva ley cambió a la antigua y como el tiempo de la salvación condujo hacia el bien el tiempo de la caída. Porque si aquellos males todavía hubieran durado sin que su temeridad y las costumbres escandalosas se modificaran, la verdad hubiera estado tan deslustrada que las torres de la Jerusalén celeste habrían sido sacudidas y toda institución eclesiástica se habría contagiado, como si los hombres estuvieran sin verdadero Dios. Y así los prevaricadores de la justicia serán cubiertos de desprecio, como una mujer que abandona el matrimonio legal y se convierte en adúltera, porque al infringir las normas eclesiásticas será como si hubieran cometido adulterio, por tanto tendrán que soportar aflicción y reproche, como la mujer abandonada por el marido queda privada de su sostén.

Entonces aparecerán órdenes de justicia y paz tan nuevos y desconocidos, que los hombres se maravillarán y sostendrán que no han oído nunca hablar ni tenido noticia de tales cosas. Y aunque antes del día del Juicio tengan paz como en el tiempo que había precedido a la venida del Hijo de Dios, no podrán gozar completamente de ella por temor al juicio futuro, sino que buscarán la plenitud de la justicia en la fe católica que brota de Dios todopoderoso y también los judíos se alegrarán y dirán: «Ya está aquí aquel que habíamos negado».

En realidad aquella paz, que precedió a la venida de la Encarnación del Hijo, llegará a la plena perfección en aquellos días, pues entonces se levantarán hombres fuertes y grandes profetas para que entonces pueda florecer toda semilla de justicia en los hijos y en las hijas de los hombres, como dijo por voluntad mía mi siervo el profeta: «En aquel día la semilla del Señor crecerá en honor y gloria, y el fruto de la tierra será sublime, y exultarán los que han sido salvados por Israel». (Is 4, 2).

La Iglesia disfrutará de toda clase de alegrías, de multitud de bienes temporales y abundancia de bienes espirituales durante un corto espacio de tiempo gracias a la recuperación del estado de justicia poco antes de los últimos tiempos, mientras una parte de los judíos y de los herejes que persistirán en el mal, exultarán con perniciosa presunción ante la próxima venida del Anticristo.

XX. En aquellos días, dulces nubes de aire dulce rozarán la tierra y transpirarán fecundidad y fertilidad, porque los hombres se prepararán para la justicia absoluta, mientras que la fertilidad había faltado en los tiempos precedentes, cuya debilidad era femenina, ya que los elementos habían sido violados por los pecados de los hombres y habían decaído en su función. Entonces los príncipes y todo el pueblo de Dios seguirán fielmente las órdenes de la justicia de Dios y prohibirán todas las armas hechas para matar, y sólo conservarán los utensilios de hierro con que se cultiva la tierra y los que los hombres tengan necesidad de usar. Y si alguien infringiera esta orden, se le matará con sus propias armas y se le arrojará a un lugar desierto.

Y entonces, así como las nubes emiten una lluvia dulce que ayuda a las flores a fructificar, así también el Espíritu Santo derramará sobre el pueblo el rocío de su gracia con la profecía, la sabiduría y la santidad, de forma que parecerá que el pueblo se haya transformado, asumiendo otra regla de vida, una regla buena. La vieja Ley fue la sombra de la vida espiritual, ya que estaba completamente sellada para las criaturas, como en invierno los frutos están completamente escondidos en la tierra y no se ven, porque aún no están formados. Aquella Ley no tuvo verano, porque no había aparecido todavía el Hijo de Dios encarnado. Pero a la llegada del Hijo la Ley cambió, asumiendo todo su sentido espiritual, y enseñó entonces los frutos de la vida eterna en las reglas evangélicas, como el verano que produce flores y frutos. En aquel tiempo, pues, se iniciará el verdadero verano por obra de la virtud divina, porque todas las cosas serán entonces firmes en la verdad. Los sacerdotes y los monjes, las vírgenes y los consagrados y todas las demás órdenes se mantendrán en la rectitud y vivirán una vida justa y buena,

rechazando el orgullo y las riquezas superfluas, porque lo mismo que las nubes templadas y el aire producirán lo que sea necesario y útil a los frutos, así la semilla de la vida espiritual se propagará por la gracia de Dios.

En realidad la profecía que hemos recordado será revelada; la sabiduría estará llena de alegría y vigor y todos los fieles se reconocerán en ella como en un espejo. Entonces los verdaderos ángeles se unirán amistosamente con los hombres, cuando vean que siguen una regla nueva y santa, mientras que ahora a menudo se alejan de ellos a causa del hedor de sus pecados. Y los justos gozarán encaminándose a la tierra prometida, a la vista del premio eterno. Sin embargo no serán completamente felices, porque verán acercarse el juicio futuro; en eso serán como peregrinos que vuelven a su patria, que no son todavía completamente felices, porque todavía están en camino.

En cambio los judíos y los herejes se alegrarán muchísimo, diciendo: «Nuestra gloria está cercana, quedarán humillados los que nos persiguieron y desterraron». Sin embargo muchos paganos se harán cristianos, viendo la abundancia de honores y riquezas de que gozarán, y después de haber recibido el bautismo, predicarán a Cristo junto a ellos, como ocurrió en el tiempo de los apóstoles, y dirán a los judíos y a los paganos: «Aquél que afirmáis ser vuestra gloria es vuestra muerte eterna, y veréis el horrible y ruinoso fin del que llamáis vuestro príncipe. Entonces vosotros también os convertiréis, cuando fijéis vuestras miradas en la que nos ha enseñado al Hijo de la aurora, es decir en María, la Estrella del Mar».

Aquellos días serán fuertes y admirables en la paz y en la estabilidad, parecidos a un ejército en armas que, escondido entre las rocas, tiende una emboscada a los enemigos y luego los persigue hasta matarlos. Anunciarán la llegada del último día, porque en ellos se llevará a cabo toda la gracia prometida y cuanto bueno han anunciado los profetas. En aquellos días se fortalecerán la sabiduría, la devoción y la santidad, ya que si el Hijo de Dios no hubiera sido preanunciado por los profetas y hubiera venido en un abrir y cerrar de ojos, habría sido olvidado pronto, como el «hombre de la perdición», que llegando casi a hurtadillas será rápidamente destruido.

El Maestro Ávila, Doctor de la Iglesia

GUILLERMO PONS PONS

EL 7 de octubre pasado Benedicto XVI proclamaba Doctor de la Iglesia al santo español del siglo XVI Juan de Ávila. Se trata de la declaración que el Vicario de Cristo hace, para la Iglesia universal, acerca de la importancia y eficacia de las enseñanzas de este excelente maestro de la fe cristiana. Fue el Santo Padre en persona quien sugirió al episcopado español la conveniencia de esta proclamación como reconocimiento del valor teológico y de la enjundia espiritual de la doctrina de este sacerdote, cuyo valor perdura a través de los siglos, porque su pensamiento y sus expresiones son un fiel reflejo de las enseñanzas de Cristo: *Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida* (Jn 6,63).

El título de Doctor de la Iglesia no significa un grado que se le concede *honoris causa*, sino una recomendación a empaparse de su enseñanza leyendo y meditando sus escritos que pueden constituir un sabroso y exquisito alimento para el espíritu, y resultando además muy concorde con los objetivos del Año de la Fe. Para la fructuosa inteligencia del legado teológico y espiritual del maestro Ávila nos es conveniente conocer su rica trayectoria vital y el sugestivo y complejo ambiente histórico de su existencia. También es interesante saborear su lenguaje castellano característico, en el que abundan tanto las expresiones populares muy castizas que aparecen en los sermones y cartas, como el impactante estilo propio de la cultura y del sentido religioso de su tiempo.

Bajo la luz de la Epifanía del Señor

AL MODÓVAR del Campo, al suroccidente de la provincia de Ciudad Real, fue la villa en la que nació Juan de Ávila. Este apellido De Ávila o Dávila era muy frecuente en todas las comarcas de Castilla. Sus antepasados por línea paterna debían pertenecer a una familia de conversos del judaísmo. Su padre se llamaba Alonso de Ávila y su madre Catalina Xixón. Fue hijo único. Se trataba de una familia acomodada, pero no de una destacada alcurnia. Su padre junto con otros familiares era minero, lo cual significa que poseían una mina en la que trataban de ir buscando los filones de plata que serpenteaban por el subsuelo de los barrancos y las

sierras que cruzaban aquel territorio, conocido como el Campo de Calatrava.

Juan era calatraveño, o sea de una región que históricamente tenía una dependencia de la orden militar de Calatrava. No era propiamente de La Mancha, topónimo que se ha ido aplicando con mayor amplitud y que antes estaba reservado a la llanura suroriental más vinculada con la orden de Santiago.

Nació Juan de Ávila en la fiesta de la Epifanía, 6 de enero del año 1499 o del siguiente 1500, pues este dato no consta con certeza, ya que no se había iniciado todavía la inscripción obligatoria de las partidas de bautismo, disposición emanada del concilio de Trento. Resulta significativa la coincidencia del nacimiento de Juan en ese día de la Epifanía o manifestación de Jesús a todos los pueblos y razas, representadas por los magos llegados a Belén desde Oriente. El recién nacido desde pequeño y durante un largo y fructífero itinerario caminaría a la luz la misteriosa estrella anunciadora del Salvador. Él tuvo la feliz experiencia de ir siempre en busca de Jesús y de hallar en Él la dulzura exquisita de la miel. Por eso en un sermón de la Epifanía exclamaba:

«¡Grande lástima sería que hubiese algún alma que haya sido para ella el nacimiento de Cristo en balde y que, habiendo llovido los cielos miel. No la haya el tal gustado! Por eso se celebra hoy esta fiesta, para que pues sabemos que es ya nacido el Hijo de Dios, le busquemos, y de tal manera, que le hallemos. Y quien esta fiesta no celebra, téngase dicho que no nació Cristo para él. Esta es fiesta de gran regocijo para quien bien la celebra, fiesta de mucho bien para los buenos. Fiesta donde se halla Dios, ¿Qué tal os parece que será? ¿Qué puede faltar donde no falta Dios? ¿Qué pensáis que trajo a los Reyes de Oriente, sino que les fue revelado el nacimiento del Rey de los judíos, un Rey criador de todos los reyes, uno que puede hacer bienaventurados a todos los del mundo, un Rey en cuya comparación todos los reyes y reinos son menos que nada?»¹

Cuando tenía Juan unos catorce años su padre le mandó a estudiar leyes a la universidad de Salamanca, donde permaneció unos cuatro años.

1. *Sermón primero de la Epifanía*: BAC 103, p. 120.

Pocos datos tenemos sobre esta época estudiantil del muchacho, salvo un favor divino que le iluminó y que el P. Luis de Granada en una biografía del santo que compuso poco después de su muerte relata diciendo que «le hizo el Señor merced de llamarle con un muy particular llamamiento, y dejando el estudio de las leyes volvió a casa de sus padres». Un jesuita refirió además el curioso detalle de que esa iluminación espiritual le ocurrió «hallándose en unas fiestas de toros y cañas», o sea, mientras se divertía contemplando una corrida de toros u otro espectáculo festivo con reses bravas. A raíz de esto y antes de que se graduara en derecho regresó a su pueblo, donde pasó casi tres años llevando una vida de intensa piedad, con admiración de los clérigos y vecinos de la localidad.

Parece que durante ese tiempo de reflexión y plegaria hizo alguna experiencia de afiliación a una orden religiosa, pero al fin decidió encaminarse a la universidad de Alcalá para estudiar teología a fin de prepararse para el sacerdocio. Se ordenó de presbítero a los veinticinco años de edad y regresó a su pueblo, habiendo ya fallecido sus padres. Celebró en Almodóvar su primera misa, en cuyo día invitó a comer a los pobres del contorno. Hizo entonces donación de todo el capital que había heredado destinándolo a obras de caridad.

Predicador popular en Andalucía y Extremadura

ESTAS regiones del sur de España constituyeron el campo afortunado en donde Juan de Ávila llevó a cabo una muy fecunda labor pastoral. Primero pensó en trasladarse a México como evangelizador, pero no consiguió su propósito. Sevilla, Córdoba, Granada y Baeza fueron los principales focos de sus ministerios, aunque recorrió muchos otros lugares, predicando no sólo en las iglesias, sino también en las plazas y por los caminos. Sus sermones, llenos de sólida doctrina y de incisivas expresiones sobre la vida cristiana y la experiencia de la oración, suscitaron conversiones y reforma de costumbres. Los oyentes escuchaban atentamente sus conmovedoras palabras y no faltaron hábiles estudiantes que se sentaban al pie de los púlpitos tomando notas y escribiendo velozmente cuanto decía el predicador. Gracias a ellos contamos con los textos de sus sermones pronunciados con un estilo lleno de viveza y espontaneidad.

Labor importantísima del maestro Ávila fue la fundación de escuelas, colegios y universidades, que fueron como una semilla y un anticipado modelo de los seminarios que el concilio de Trento por aquellos mismos años ordenaba que se instituyeran en

las diócesis de toda la Iglesia católica. La universidad de Baeza fue la más emblemática de las fundaciones de Juan de Ávila; pero hubo otras muchas instituciones en las que intervino directamente o por medio de los muchos sacerdotes que se unieron a él como discípulos, muy beneméritos imitadores de sus ideales y de sus labores apostólicas. A través de ellos la espiritualidad y el celo del llamado «Apóstol de Andalucía» se extendió por muchos lugares de España, e incluso las esencias de su espíritu apostólico penetraron en Portugal y en las Indias occidentales. A través de sus escritos y especialmente en sus sermones y cartas, podemos ir descubriendo valiosos tesoros de doctrina, así como exquisitas experiencias de devoción e ilustrativos ejemplos de fidelidad cristiana.

El misterio eucarístico

LA fe y la veneración más acendrada al Santísimo Sacramento tienen un profundo arraigo en la espiritualidad del maestro Ávila. Toda su vida y su labor sacerdotal giraban en torno a la Eucaristía. La presencia real de Cristo en el altar y en el tabernáculo llenaba de contenido de fe toda su vida. Un día uno de sus discípulos le comentó cuán feliz se sentiría de morar en Jerusalén tan cerca de los recuerdos de la vida de Cristo. El santo con su habitual serenidad le contestó: «¿No tenéis ahí el Santísimo Sacramento? Cuando yo de él me acuerdo, se me quita el deseo de todo cuanto hay en la tierra».²

La fiesta del Corpus Christi era una solemnidad de gran calado en la piedad en la acción pastoral de Juan de Ávila. Es muy copioso el acervo de sermones del santo destinados a esta festividad y a los días de su octava que se celebraban con gran esplendor. Exultaba con sumo gozo y devoción en estos cultos eucarísticos y descubría en ellos una gran hondura de fe y devoción, aunque también se afligía por ciertas faltas de respeto que aparecían en tales festejos y ceremonias, aunque esto en modo alguno le inducía a desear una disminución del culto eucarístico.

En los veintisiete o más sermones que se conservan acerca de esta festividad se manifiesta una gran riqueza de contenido bíblico, teológico y devocional en torno al misterio eucarístico. Es admirable ver de qué modo escogía los asuntos predicables sin repeticiones ni reiteración de esquemas. Sólo unos pocos textos, de entre los muchos que podrían esco-

2. LUIS SALA BALUST, «Beato Maestro Juan de Ávila», en *España Eucarística*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1952, p. 164.

gerse, nos harán ver la envidia y la devoción con que desenvolvía su enseñanza y sus exhortaciones. En un sermón en que se trata de que «Jesucristo sacramentado es el árbol de la vida» establece la comparación entre el don de la vida temporal y la vida sobrenatural y eterna que se promete a quienes se alimentan dignamente de la eucaristía, hallamos este sencillo y consolador pasaje:

«Paraos a pensar la excelencia de los espíritus angélicos, su sabiduría, fortaleza, hermosura y bondad que pueden alcanzar por su naturaleza; todo esto junto no vale tanto como aquella vida que da el altísimo Dios a una viejecita y a un pastorcico, o a otro hombre, por bajo que sea, cuando, habiéndose confesado dignamente se llega al santo altar y recibe de mano del sacerdote el divinísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. La cual vida, si el hombre no la echa de sí, no haya miedo que ella se acabe, como la del cuerpo, que, por muchos puntales que pongáis y por mucho que la queráis guardar de todos sus contrarios, no la podréis tener sin que se acabe. ¡Oh válame Dios, y qué joya tan rica! ¿De dónde a los hombres tan grande bien? No es como quiera el negocio; no es cosa que nace de criaturas, aunque ellas la tengan y gocen; mas la fuente de ellas sólo Dios es...».³

A otro sermón se le da el título de «Retablo de las maravillas de Dios», quizá aludiendo de algún modo a los «retablos» o representaciones de teatro popular o religioso que solían tener lugar a la tarde del día del Corpus o en su octava, y que se mencionan en *El Quijote*.⁴ Muy diverso es, sin embargo, el sentido que le da el maestro Ávila en su sermón al referirse a los retablos pintados de la vida o la pasión de Cristo, comparándolos con el sacramento eucarístico:

«Pensaba yo esta mañana que dais dineros por tener un retablo, porque os dibujen en una tabla cinco o seis pasos de la pasión, de que sois devoto; o de cuando Jesucristo llevaba la cruz a costas, o de cuando estaba orando, o de cuando estaba crucificado. Y aun es muy bien tener un retablo de esta manera, si están las imágenes dibujadas al vivo; y esto hacéislo para acordaros de la pasión, de lo que pasó Jesucristo por nosotros. Pues así hizo Dios un retablo en que dibujó todo lo pasado presente y por venir. [...] Hizo Dios un retablo en que puso todas sus maravillas, en que esta dibujado su encarnación, su nacimiento y su pasión, y todas las obras pasadas

que ha hecho dignas de memoria, para que, si desees acordarte de todo, lo halles junto y nada te falte de lo que desees, sino que lo tengas todo junto; y este manjar, con ser uno y solo, te sepa a todo lo que quisieres».⁵

No se olvidaba san Juan de Ávila de la estrecha vinculación existente entre el misterio eucarístico y la caridad para con los necesitados. Y así lo hace en un sermón de la víspera del Corpus, en el que, entre otras cosas referentes a la labor asistencial de los desvalidos, dice así:

«¡Qué bien pagada será allí la obra de misericordia que por honra de esta santa procesión hicieres mañana perdonando a quien te ha ofendido o dando de comer al pobre, vistiendo al desnudo, rescatando al cautivo, con otras obras semejantes, pues en pago de ellas te hará Dios participante en aquella, grande, eterna e inefable misericordia que tiene prometido de hacer allá con los que aquí obraren misericordia!».⁶

El Corazón de Cristo

Las consideraciones sobre el amor ardiente y compasivo del Señor, que con un profundo sentido de fe se apoyan en el simbolismo y en la sagrada realidad del corazón de Jesús, han fluído constantemente en el desarrollo de la enseñanza cristiana y frecuentemente han estado muy vinculadas con el recuerdo frecuente de la sagrada pasión de Cristo. Lo podemos comprobar en los escritos y sermones de san Juan de Ávila. Es una herencia que él recibe tanto de la exégesis de los Santos Padres, como de los predicadores y místicos del Medievo. El amor de Cristo crucificado ha de atraer sin cesar los corazones de los hombres y transformar su debilidad en fidelidad:

«Lo postrero, hemos de juntarnos en amor, y débesele más al Señor crucificado amor, y hase de atender más al amor con que padece que a lo que padece, porque de su corazón salen rayos amorosos a todos los hombres. Como padeció por amor, quiere que se tenga cuenta con la raíz de donde sale, Y así como el corazón de hombre es inscrutable en maldad, así el de nuestro Señor es inscrutable en bondad y amor; como dijo Dios en Ezequiel (cf. Ez 8,8-9) que, si cavaba más adentro, mayores abominaciones hallaría. Y en estos dos abismos nos es

3. *Sermón 45*: BAC 103, p. 695.

4. *El Quijote*, 2ª parte, capítulo 11.

5. *Sermón 41*: BAC 103, pp. 642-644.

6. *Sermón 37*: BAC 103, p. 602.

mandado cavar, *scilicet*, [o sea] en consideración de nuestro malo y desamorado corazón, y en el bueno y amoroso corazón del Señor. Luego débesele amor, y a todo, cristiano, imitación».⁷

En un sermón de la Epifanía insiste el maestro Ávila en que el amor del Corazón de Jesús requiere una fiel correspondencia bien arraigada en el corazón del cristiano:

«Ábrele el corazón, y abrársle el tesoro con que más se huelga. Ya abrió Dios sus entrañas y corazón. Por aquel agujero del costado puedes ver su corazón y el amor que tiene. Ábrele el tuyo y no esté cerrado. Párate a pensar: Señor, tu corazón abierto y alanceado por mí, ¿y no te amaré yo a ti? Abríste me tu corazón, ¿y no te abriré yo el mío? En mi corazón, Señor, están tus ofrendas; si de ese corazón le das, ofrecido le has. Más vale delante de Dios tantico corazón que tanto de ofrenda sin corazón. Dale tantico de corazón y hasle ofrecido mucho oro».⁸

En la procesión del Corpus, tan estimada por él, anhelaba el santo maestro que todos descubrieran los sentimientos del Corazón de Cristo:

«Y si le pudiésemos ver su corazón amoroso cuando va en la procesión, oiríamos cómo nos va diciendo lo que dijo a Zaqueo: “Cristiano, descende de ese árbol de tu locura y desamorada ingratitud; hu-

míllate a mí, conoce el amor que te tengo; aparéjame tu conciencia, porque en ella deseo descansar y morar”. Alabadas sean, Señor, tus misericordias, que llegan a convidar y rogar tú mismo contigo que te quieran recibir aquellos que no merecían que les volvieses tu faz, aunque muchos años te lo suplicasen. ¡No haya, Señor, por tu misma misericordia, no haya quien no te reciba en su casa, pues tú con tanta benignidad quieres entrar y morar en nosotros y aun pagarnos colmadamente el hospedaje que te hiciéremos!»⁹

Desde Montilla a la eterna gloria

DESDE 1551 la salud del maestro Ávila quedó muy quebrantada. Retirado en una humilde casa de Montilla predicaba en las iglesias cuando le era posible y sobre todo cultivaba espiritualmente a quienes le tenían como maestro, por medio de cartas y recibiendo muchas visitas de toda clase de personas.

Llegó al fin la hora de su glorioso tránsito. Entregó su alma a Dios en una noche primaveral, ya iniciado el día 10 de mayo de 1569. Santa Teresa al enterarse de ello no pudo contener el llanto y dijo: «Lloro porque pierde la Iglesia de Dios una gran columna y muchas almas un gran amparo». Este amparo, en verdad, no ha cesado sobre el clero español que le tiene por patrono, y sobre todo el pueblo de Dios, mayormente ahora que Benedicto XVI le ha proclamado Doctor de la Iglesia.

7. *Plática 4, a los padres de la Compañía*: BAC 103, p. 1330.

8. *Sermón 2º de la Epifanía*: BAC 103, p. 135.

9. *Sermón 35. En la víspera del Corpus*: BAC 103, p. 526.

LA VOZ DEL SÍNODO

Proposición 13: Desafíos de nuestro tiempo

La proclamación de la Buena Nueva en contextos diferentes del mundo –marcado por los procesos de globalización y la secularización– crea nuevos desafíos a la Iglesia: a veces, en medio de la persecución religiosa absoluta; en otros momentos, entre la indiferencia generalizada, la injerencia, la restricción o el acoso.

El Evangelio nos ofrece una visión de la vida y del mundo que no se puede imponer; sólo se propone como la buena noticia del amor gratuito de Dios y de la paz. El mensaje de la verdad y de la belleza puede ayudar a las personas a escapar de la soledad y a la falta de sentido a que las condiciones de la sociedad posmoderna las relega a menudo.

Por lo tanto, los creyentes deben esforzarse por mostrar al mundo el esplendor de una humanidad basada en el misterio de Cristo. La religiosidad popular es importante pero no suficiente; también se necesita reconocer el deber de anunciar la razón de la esperanza cristiana al mundo, a los católicos alejados de la Iglesia, a los que no siguen a Cristo, a las sectas y los que experimentan con diferentes tipos de espiritualidades.

La evangelización benedictina

Fragments de la conferencia pronunciada por Francisco Canals Vidal (†) en la Semana Española de Misionología (Burgos, 4 a 8 de agosto de 1980). Reproducida en CRISTIANDAD, núm. 600, de marzo-abril de 1981

ÉL es patrono de Europa en esta época nuestra», subrayó Juan Pablo II hablando en Nursia, en la conmemoración del nacimiento de san Benito. Sus palabras nos mueven a reflexionar sobre el hecho de que hayan sido los papas de nuestro tiempo, los que han asistido a la profunda crisis que siguió a la segunda guerra mundial –crisis de amplitud planetaria en un mundo «occidentalizado» y en gran parte rebelado contra Occidente, y de profundidad radical en sus dimensiones– han sido estos papas, digo, los que han declarado un patrocinio que se funda en una realidad originaria de nuestro mundo cultural, y que se había puesto ya antes de manifiesto en la conciencia histórica occidental.

San Benito, legislador y patriarca de los monjes de Occidente; como tal se le había reconocido muchas veces. Ahora se ha ido mostrando que, por este camino, y no por otro, vino a ser el fundador de un nuevo mundo cultural, de una «civilización». La que Arnold Toynbee llama *Western Christendom*, la Cristiandad Occidental, aquella cuya génesis estudió Christopher Dawson con el nombre de *Los orígenes de Europa*, y que nacería, después del largo interregno que siguió al hundimiento del mundo anti-

guo, casi cinco siglos después de la época de san Benito. A esta civilización, a la que dan las más de las veces el nombre secularizado de Occidente o Europa, evitando llamarla Cristiandad Occidental, se saben pertenecer todavía los pueblos de la Europa contemporánea y sus ramas expansionadas en otros continentes.

Comencemos por reflexionar sobre algunos caracteres de la situación de este mundo nuestro. Hace pocas generaciones, en la Era Victoriana, se consideraba a sí mismo como «el mundo civilizado», heredero de «la civilización» antigua: la helénico-romana. Después de la primera guerra mundial fue sacudido con el anuncio de su decadencia y con la advertencia de que no era sino una de tantas culturas que nacen y mueren en la historia de la humanidad.

Hoy los occidentales somos invitados muchas veces, por nosotros mismos, a relativizar nuestra cultura en lo que tiene de más profundo y esencial, y así decimos que el lenguaje religioso debería librarse de categorías griegas y occidentales; mientras tanto vemos que el humanismo occidental está presente en la vida internacional y preside también

LA VOZ DEL SÍNODO

Proposición 17: Preámbulos de la fe y la teología de la credibilidad

En el contexto actual de una cultura global, muchas dudas y obstáculos causan un escepticismo extendido e introducen nuevos paradigmas de pensamiento y de vida. Es de suma importancia, para una nueva evangelización, subrayar el papel de los preámbulos de la fe. Es necesario no sólo para mostrar que la fe no se opone a la razón, sino también para poner de relieve una serie de verdades y realidades que pertenecen a una correcta antropología, que es iluminada por la razón natural. Entre ellas, el valor de la ley natural y las consecuencias que tiene para la sociedad humana. Las nociones de «derecho natural» y de «naturaleza humana» son capaces de demostraciones racionales, tanto a nivel académico como popular. Tal desarrollo intelectual ayudará al diálogo entre los fieles cristianos y personas de buena voluntad, abriendo una forma de reconocer la existencia de un Dios creador y el mensaje de Jesucristo, el Redentor. Los padres sinodales animan a los teólogos a desarrollar una nueva apologética del pensamiento cristiano, una teología de la credibilidad adecuada para una nueva evangelización.

El Sínodo pide a los teólogos aceptar y responder a los desafíos intelectuales de la Nueva Evangelización, participando en la misión de la Iglesia de anunciar a todos el Evangelio de Cristo.

el lenguaje político de todos los continentes, y que las técnicas y los estilos tecnificados del urbanismo y de la planificación industrial y económica, y los ideales de nuestra sociedad de consumo, y las categorías políticas expresadas en el lenguaje de filosofías occidentales, e incluso los ideales y gestos del deporte de nuestro Occidente tienden a dominar el planeta.

Relativizamos lo absoluto y eterno de nuestra herencia: la revelación divina que pasó a nosotros desde Israel, y la razón humana que cultivaron los griegos, y que el pensamiento cristiano asumió como patrimonio perennemente válido para todo hombre; mientras imponemos de hecho al mundo entero, incondicionadamente, el filisteísmo aplastante de nuestra masificadora civilización macrourbana, inspirada en la primacía de lo económico y de lo técnico.

Toda nuestra vida se va impregnando cada vez más por el secularismo; el «nefasto secularismo» de que habló Paulo VI, vuelto de espaldas a la trascendencia y a la eternidad, y cerrado para lo sobrenatural. Este secularismo que se ejercita sobre todo en el mito de la autorrealización humana a través de la acción y del trabajo. Este mito excluye no sólo la atención al Dios eterno, el sentido de la oración y el valor de la contemplación, sino también el recuerdo respetuoso del pasado, el reconocimiento de lo permanente en la vida de la humanidad, y con ello la autenticidad de la conciencia histórica, que se ve deformada por la gran idolatría de nuestro tiempo: la «cronolatría» que con tanta profundidad describió Maritain en *Le paysan de la Garonne*.

Y es en esta época nuestra en la que Paulo VI, y antes que él Pío XII, nos recordaron que hemos de reconocer en el nacimiento del Occidente, y como uno de sus factores más originarios, la obra de un hombre que, orientado hacia la eternidad, e incluso

viviendo en una situación cultural y social que carecía de perspectiva y de proyecto de futuro, e inmersa en el recuerdo del mundo antiguo que moría, tomó por norma de su acción el programa radical de la santidad evangélica que se había expresado en las palabras del Apóstol: «Todo lo considero como pérdida comparado con el conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por el que he dejado perder todas las cosas, y las considero todas como estiércol, con tal de seguir a Cristo y de ser hallado en Él».

Así lo recuerda Juan Pablo II, que añade: «De esta forma, él, padre de monjes, legislador de la vida monástica en Occidente, se convirtió también, indirectamente, en el pionero de una nueva civilización.» [...]

El monacato inspirado en la Regla de san Benito fue no sólo un monacato apostólico sino que, por lo mismo, se entendió como apto para santificar todo trabajo, manual e intelectual; asumió así toda perfección humana, también la eficiencia técnica y la creatividad artística, como instrumento y camino de la presencia de la gracia de Cristo entre los hombres y para los hombres.

«Con la cruz, el libro y el arado» la evangelización benedictina pudo poner a lo largo de cuatro siglos los cimientos sobre los que se edificó la base religiosa y cultural que dio vida a la Cristiandad de Occidente. Estos cuatro siglos son los que separan el tiempo del gran papa benedictino san Gregorio Magno, protagonista capital de la difusión de la Regla de san Benito a fines del siglo VI, del comienzo del segundo milenio.

Hemos de volver ahora la atención a las circunstancias en que se movió este apostolado benedictino, y en que se insertó en la sociedad, todavía inestable y amorfa, de aquella época de interregno entre culturas durante la cual, y con momentos de excepcional esfuerzo, como los del renacimiento carolingio o la época de Alfredo el Grande de Inglaterra, inte-

LA VOZ DEL SÍNODO

Proposición 23: Santidad y los nuevos evangelizadores

La llamada universal a la santidad es constitutiva de la Nueva Evangelización, que ve a los santos como modelos efectivos de la variedad y las formas en que puede realizarse esta vocación. Lo que es común en las variadas historias de santidad es el seguimiento de Cristo expresado en una vida de fe activa en la caridad, que es la prerrogativa de la proclamación del Evangelio.

Reconocemos a María como modelo de santidad que se manifiesta en actos de amor, incluyendo el don supremo de sí mismo.

La santidad es una parte importante de todo compromiso evangelizador, tanto para quien evangeliza como para el bien de los evangelizados.

rumpidos después por siglos de invasiones y de desintegración social, se preparó el nacimiento del nuevo mundo cristiano de Occidente.

[...]

Conviene notar en primer lugar que sería un anacronismo considerar a san Benito como el fundador de una orden religiosa, al modo en que lo serían siglos después santo Domingo o san Francisco. La Regla que él escribió para sus monjes, y que un concilio celebrado en Autun hacia el 570 mencionaba ya como algo identificado con la norma canónica de la vida monacal, no hubiese alcanzado este destino a no ser por la obra de san Gregorio Magno, papa entre 590 y 604. Monje formado en el espíritu y en la Regla de san Benito, principal biógrafo del Santo, y que contribuyó decisivamente a abrir, también indirectamente y sin propósito consciente –el Santo Pontífice sentía una preocupación escatológica preocupada por la proximidad del fin de los tiempos– la nueva época que preparaba el futuro desde las ruinas de la cultura antigua en la que Gregorio Magno se movía y a la que tenía vuelta su atención.

Pero en aquel pontificado, el monje Agustín, del monasterio romano del monte Celio, regido por la Regla de san Benito, fue enviado, con otros treinta y nueve compañeros, por el papa Gregorio, a evangelizar a los anglosajones paganos, que desde hacía un siglo y medio dominaban la antigua provincia romana de Britania, la actual Inglaterra, y habían aniquilado el cristianismo en aquel país.

La conversión de Ethelredo, rey de Kent, por los

enviados romanos, ayudados por la tan humana influencia de Berta, su esposa católica procedente de la Corte de los francos, ya convertidos un siglo antes, y la fundación de la Sede primada de Inglaterra, Canterbury –que seguiría regida durante muchos años por obispos procedentes de la comunidad benedictina– fue la primera de las grandes expansiones por las que se integraba en la Cristiandad la vida de todo un pueblo por obra de la evangelización de los hijos de san Benito.

No podemos sino recordar ahora un catálogo de nombres ilustres de apóstoles que realizaron empresas semejantes: san Wilibordo (657-739), apóstol de Frisia; san Bonifacio (675-755), apóstol de Alemania; san Anscario (801-865), apóstol del Norte, evangelizador de los escandinavos; san Adalberto (959-957), apóstol de Bohemia, Hungría y Polonia.

Su actividad se institucionalizó en grandes abadías que fueron a la vez foco de cultura, en cuyos scriptoria se conservó y transmitió la herencia de la sabiduría clásica y cristiana; de técnicas agrícolas y de arte; en especial de una característica arquitectura de piedra; el gran historiador benedictino san Beda el Venerable, el patriarca cultural del mundo anglosajón, no deja de mencionar nunca este hecho como especial signo de la presencia benedictina.

Todos los pueblos de Europa están llenos de los nombres de estos grandes monasterios que resumen su historia: Westminster y Canterbury, Saint Gall y Fulda, Leyre, Silos, Canigó, Ripoll, y otros innumerables. Sus nombres simbolizan todavía hoy el significado de una acción a la que hay que atribuir

LA VOZ DEL SÍNODO

Proposición 33: El sacramento de la Penitencia y la Nueva Evangelización

El sacramento de la Penitencia y la Reconciliación es el lugar privilegiado para recibir la misericordia y el perdón de Dios. Es lugar de sanación personal y comunitaria. En este sacramento, todos los bautizados tienen un nuevo encuentro personal con Jesucristo, así como un nuevo encuentro con la Iglesia, lo que facilita una plena reconciliación a través del perdón de los pecados. Aquí, el penitente se encuentra con Jesús, al tiempo que él o ella experimenta una apreciación más profunda de sí mismo y de sí misma. Los padres sinodales piden que este sacramento sea puesto de nuevo en el centro de la actividad pastoral de la Iglesia.

En cada diócesis debe habilitarse al menos un lugar especialmente dedicado de manera permanente para la celebración de este sacramento, donde los sacerdotes estén siempre presentes, permitiendo que la misericordia de Dios pueda ser experimentada por todos los fieles. El sacramento debe estar especialmente disponible, incluso a diario, en los lugares de peregrinación y en las iglesias especialmente designadas. Es necesaria la fidelidad a las normas específicas que rigen la administración de este sacramento. Todo sacerdote debe considerar el sacramento de la Penitencia una parte esencial de su ministerio y de la Nueva Evangelización, y en cada comunidad parroquial debe dedicarse un tiempo adecuado para oír las confesiones.

en gran parte hechos como las peregrinaciones a Santiago de Compostela, y por supuesto la aparición del arte románico, expresión, en torno al año 1000, del nacimiento de la Cristiandad Occidental. En aquel siglo undécimo llegaría a plenitud la reforma cluniacense y la supremacía pontificia que emancipó a la Iglesia de las opresiones del poder temporal; por obra de los benedictinos Lanfranco y Anselmo, aquel siglo vería poner las bases del gran edificio especulativo del Occidente cristiano: la escolástica.

Pero hemos de atender ahora, por las razones ya apuntadas, y en orden a una comprensión más real de la concreta inserción de la obra benedictina en el contexto social y cultural de aquellos siglos, a hechos anteriores al nacimiento de la misma o contemporáneos a su expansión.

En las Galias, san Martín (316-397) el soldado de Panonia que la memoria del pueblo cristiano recordó siempre partiendo su capa de soldado con un mendigo, había fundado en Marmoutier, ya en aquel siglo IV, un monasterio que fue centro de vida monástica de extraordinaria fecundidad.

A este san Martín, que fue también obispo de Tours, hemos visto dedicar una capilla, sobre el antiguo altar de Apolo, en Montecassino por el propio san Benito.

También los compañeros de san Patricio (385-461), el apóstol que obró la conversión de Irlanda —la tierra céltica nunca romanizada ni conquistada tampoco por los germanos invasores— inaugurarían su evangelización consagrando, al llegar a la costa oriental de la isla, una iglesia en honor de san Martín de Tours. El apóstol de los suevos, fundador del monasterio de Dunio, lo consagraría también a la memoria del santo obispo de Tours.

[...]

San Martín, para las Galias romanizadas, y san Patricio para la lejana Irlanda, vinieron a ser los patriarcas de la expansión rural del Evangelio. Parece ser un testimonio profundamente misterioso de la historia de nuestro mundo cristiano, la presencia universal del nombre de san Martín de Tours, y por otra parte el que sea hoy visible para todo el mundo la fecundidad del patriarcado espiritual de san Patricio, en la más grande y prestigiosa metrópoli del mundo occidental: la catedral neoyorquina da testimonio a la vez de la matriz irlandesa del catolicismo americano, y recuerda también que san Patricio es el patrón de aquella gran archidiócesis.

A partir del siglo V, el de la conversión de Irlanda, y el de la expansión del cristianismo en Britania, cruelmente dominada por los anglosajones idólatras, el cristianismo de los celtas, en especial en los siglos VI y VII, se expansionaría con tal fecundidad que en el año 696 el cronista Marianus Scotus daría

a Irlanda el título con que todavía hoy la mencionamos: *Hibernia insula sanctorum*. Irlanda, la isla de los santos.

El cristianismo céltico difundiría su monacato y expansionaría su acción evangelizadora por las Galias, Bélgica, Suiza y hasta el sur de la actual Alemania, e incluso en Italia; hasta en Sicilia hallamos recuerdos de los evangelizadores célticos.

La expansión de los bretones cristianos que huían de la dominación anglosajona cristianizó la Armórica, la actual Bretaña francesa, tierra de intransigencia céltica y de idolatría druídica, y que desde entonces se convertiría en el fidelísimo pueblo que ha perseverado durante tantos siglos en su fervor católico y en su fecundidad misionera.

[...]

Pero aquel mundo cristiano céltico, que no difería doctrinalmente de la Iglesia romana, discrepaba de ésta en algunas cuestiones rituales, como la forma de la tonsura y las ceremonias bautismales, y en el cómputo de la fiesta de la Pascua. Era sobre todo, y esto fue lo decisivo, un mundo profundamente heterogéneo, en lo cultural, del que se iba plasmando en el continente, sobre la base social de los bárbaros germanos convertidos a la fe cristiana y romanizados, por la acción de la Sede romana; mundo cultural a cuya construcción se entregarían durante siglos los monjes benedictinos y que iba a ser el Occidente cristiano.

Aquel mundo céltico constituía, según Arnold Toynbee, una civilización o sociedad naciente, pero que iba a quedar abortada y sin futuro propio, para confluir en lo que fue la Cristiandad Occidental, fundamentalmente románico-germánica. Por esto los historiadores pueden ver en los hechos eclesiásticos que marcan el triunfo de la Regla benedictina, y con ella el del rito y el calendario romano, sobre el monacato irlandés y los usos del cristianismo céltico, acontecimientos de decisiva trascendencia cultural para la integración de aquellos pueblos en el Occidente.

[...]

El sentido de la trágica tensión que en el mundo céltico se produjo entre su ferviente fidelidad a la Cátedra de Pedro y la resistencia a la romanización cultural —que inevitablemente se vinculaba a la evolución de sus ritos y costumbres monásticas, sustituidos por los procedentes de un mundo culturalmente heterogéneo con el suyo— tiene una expresión memorable en la carta dirigida en los primeros años del siglo VI al papa Bonifacio IV por san Columbano, en nombre del rey de los lombardos Agidulfo, y a propósito de una disputa eclesiástica entre este rey y el pontificado:

«Nosotros, los irlandeses, cuya morada son los confines del mundo, somos discípulos de san Pedro

y san Pablo y de los demás apóstoles que estuvieron inspirados por el Espíritu Santo; la doctrina apostólica y evangélica es la única que recibimos...

»Unidos estamos en la Cátedra de Pedro, por la cual y sólo por la cual, por ilustre y gloriosa que Roma sea, es ilustre y gloriosa entre nosotros. Es verdad que el nombre de la antigua ciudad se ha extendido por todo el mundo con una aureola de soberanía augusta, merced a la admiración excesiva de los pueblos; pero para nosotros sólo sois los romanos grandes y augustos desde la Encarnación de Dios, desde que fuimos inspirados por el Espíritu de Dios, y desde que el Hijo de Dios, en el carro arrastrado por los ardientes corceles de Dios, Pedro y Pablo, hendió las olas del océano de los pueblos para llegar hasta nosotros. Es más, por causa de estos dos esclarecidos apóstoles de Cristo, sois vos casi celeste, y es Roma la cabeza de las Iglesias del orbe, salva la singular prerrogativa del lugar de la Resurrección de Cristo.»

No he querido omitir estas alusiones a la complejidad de la vida histórica de aquellos siglos, precisamente porque considero oportuno explicitar mi convicción en este punto: ni el cristianismo irlandés o céltico ni el hispánico contenían desviaciones doctrinales, pero hay que reconocer que la posterior y admirable fecundidad de estos pueblos, que vieron transformada su liturgia y sus tradiciones eclesásticas por la influencia hegemónica de la obra benedictina, resultaron potenciadas por la más estrecha vinculación a la sede patriarcal de Occidente que fue su resultado, y que les permitió aportar a la Cristiandad Occidental sus grandiosas energías cristianas.

Como español pienso que hemos de agradecer a los abades y a los reyes que favorecieron aquella transformación benedictina y romanizante del siglo XI, el que pudieran ser después tan fecundas para el mundo católico, para la Iglesia y para la civilización occidental, obras surgidas en nuestro pueblo cristiano, como las que personifican los nombres de santo Domingo de Guzmán y san Raimundo de Peñafort, san Pedro Nolasco, san Ignacio de Loyola, santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz; la romanización del catolicismo hispánico en el siglo XI pudo ser así la condición de posibilidad de la espléndida floración evangelizadora del Nuevo Mundo y Filipinas, la segunda gran expansión de la Cristiandad Occidental, obra del catolicismo hispánico; y también de la admirable presencia de la cultura católica española en la segunda escolástica, la floración más fecunda del pensamiento en los siglos modernos en fidelidad a las grandes tareas especulativas de la Cristiandad medieval.

La misión universal de España, y probablemente también la de la Irlanda católica, nos invitan, a mi

parecer, al agradecimiento a los hijos espirituales de san Benito, que si evangelizaron pueblos gentiles, también recogieron con más estrecho lazo con la Cátedra de Pedro, las energías espirituales hispánicas y célticas, incorporadas así definitivamente al mundo cristiano de Occidente al que la obra benedictina dio nacimiento.

Si reflexionamos desde nuestra situación de hoy sobre la historia de aquellos siglos podemos llegar a dos conclusiones de urgente actualidad. [...]

Fue la misma espiritualidad teocéntrica y apostólica, centrada en Cristo y vertida sobre la perfección del hombre, del Patriarca del monacato occidental, la que impulsó la aptitud de la legión de santos que se formaron en su espíritu para penetrar en la sociedad de su tiempo y transformarla eficazmente según las exigencias del Reino de Cristo. Todas las acusaciones que quieran ver algo demasiado humano en la inserción de las abadías benedictinas en el mundo de las monarquías feudales en que se transformaron los antiguos reinos bárbaros, quedan invalidadas ante el hecho de la fructificación del apostolado benedictino. Las objeciones que hoy tal vez pondríamos a su actitud se basan probablemente en el hecho de que nosotros estamos equivocados.

El apostolado benedictino llevaba en sí, por el espíritu de servicio a la Iglesia de su fundador, toda la herencia de la Iglesia patristica, y muy en especial la de san Agustín —sin cuya presencia sería impensable el surgimiento del Occidente cristiano— y hacía posible por lo mismo todas las ulteriores tareas de síntesis de la religión y de la vida, de armonía de la fe con la razón y las disciplinas humanas, de compenetración entre la vida espiritual y contemplativa con la eficacia del trabajo de las artes creadoras. Por esto la fructificación de aquel apostolado, que era instauración en Cristo de múltiples valores y tareas de orden humano pudo ser la fundación de la Cristiandad Occidental.

[...]

Por esto desde la situación de hoy podemos, a la luz del ejemplo de san Benito, comprender el llamamiento del papa Juan Pablo II que, hablando de este centenario decimoquinto de su nacimiento, nos ha recordado a los hombres de hoy que la inmersión en la temporalidad no da al hombre la capacidad, tan anhelada en nuestro tiempo, de avance hacia el futuro. No se nos invita a volver hacia atrás, y la Edad Media es irreplicable; lo que queda firme y clara es la lección de san Benito: orientándonos hacia Cristo y aspirando a la vida eterna, podremos construir con más eficacia este futuro de la humanidad, hacia la que Occidente tiene las más graves responsabilidades, que no podrá cumplir sino renovando su fidelidad al Evangelio de Cristo.

Sobrenaturalidad de la fe*

JOSÉ M.^a PETIT SULLÁ (†)

Si alguien dijere que el asentimiento a la fe cristiana no es libre, sino que se produce necesariamente por los argumentos de la razón, o que la gracia de Dios sólo es necesaria para la fe viva que obra por la caridad sea anatema» (Denz. 1814). Con este canon, el Concilio Vaticano I condenó como herético el afirmar que el asentimiento a la fe cristiana se produce en virtud de la evidencia racional del objeto de la misma fe. Puesto que las verdades que son objeto de la fe exceden la razón humana el asentimiento a las mismas sólo puede explicarse por un principio sobrenatural que le mueva interiormente, esto es, la gracia de Dios. De este modo el hombre es elevado sobre su propia naturaleza (S.T. II-II, q. 6, a. 1) y asiente libremente y movido por la gracia a aquello que de suyo le trasciende totalmente. Como lo escribe S. Pablo: «De gracia habéis sido salvados por la fe y esto no os viene de vosotros, pues es un don de Dios» (Ef 2, 8). La fe es sobrenatural por su objeto, en tanto que versa sobre lo que de ningún modo vemos ni sensible ni intelectualmente y, en consecuencia, es también sobrenatural por su principio —causa eficiente de nuestro asentimiento— que es la gracia de Dios.

Solamente los llamados motivos de credibilidad, es decir, las razones que prueban la autoridad de Dios revelador son objeto proporcionado a nuestro entendimiento y, así, ante la «evidencia de los signos» se rinde la razón humana. Pero, aunque los milagros y las profecías prueban a la razón humana la autoridad de Dios —lo que hace culpable nuestra no aceptación de la palabra de Dios— no nos colocan en la misma intelección del objeto de la fe, como si por nosotros mismos creyésemos y no por la gracia de Dios, pues la fe es siempre «oscura» precisamente en tanto que tiene un objeto sobrenatural puesto que se refiere a aquello que es esencialmente superior a nuestro entendimiento, a saber, la misma esencia divina. Es bueno recordar que el mismo Concilio que calificó de herética la negación de la posibilidad de la naturaleza humana para elevarse con su razón hasta probar la existencia de Dios, condenó, en igual forma, la posibilidad de una «reducción» del objeto de la fe por vía de entendimiento o de ciencia.

Fe es asentir a una verdad por la autoridad del que lo atestigua. En todo acto de fe es la voluntad la que manda al entendimiento a asentir a lo que éste no alcanza y lo que mueve a tal asentimiento es la fiabilidad del testimonio. Fe cristiana es el asentimiento certísimo a lo que no alcanzamos en virtud de la autoridad infalible de Dios, en tanto que Verdad primera, que nos lo revela. De este modo el asentimiento puede ser certísimo y la fe, en consecuencia, un acto libre y máximamente cierto. Libre, ya que, incluso para el cristiano, el objeto de la fe siempre se refiere a lo que está «por encima» de la razón. Cierto, pues Dios no puede engañarse ni engañarnos. La fe es, pues, también sobrenatural por la autoridad del que nos la atestigua.

Todavía posee la fe otra razón de sobrenaturalidad que no es la menos provechosa de considerar: la fe es también sobrenatural por el fin al que tiende. En efecto, siendo el fin último del acto de fe la bienaventurada posesión de lo mismo que la fe promete, no tiene por causa final el «ilustrar» nuestro entendimiento sino el que alcancemos el fin prometido en la vida eterna, la contemplación de Dios cara a cara, pues, aunque la fe para justificarnos ante Dios debe estar informada por la caridad, no tiene otro fin que el hacernos capaces de esta justificación. Siendo la fe esencialmente «oscura» se refiere, en cambio, a las cosas que esperamos «ver» en sí mismas en la vida eterna y no de otro modo se define el objeto de la fe, como lo enseña santo Tomás: «La fe versa esencialmente sobre las cosas que esperamos ver en la Patria» (II-II, q. 1, a. 6, ad. 1.^o). En tanto que el fin del hombre es sobrenatural, la fe que nos revela este fin es también sobrenatural en este aspecto y éste parece ser el punto de vista adoptado por san Pablo al definir la fe en su carta a los Hebreos: «*substantia sperandarum rerum, argumentum non apparentium*». En comentario de santo Tomás, ésta es una completa definición de fe, aunque no se atiene a las reglas lógicas de una definición. En efecto, explica el santo doctor, la fe es la «incoación» de las cosas que esperamos y la «cierta convicción» de las que no vemos; por la fe tenemos la primicia de lo que esperamos poseer un día en plenitud y la certeza de aquello que es para nosotros oculto todavía. Lo esencial de la fe es que nos revela lo que todavía no conocemos en plenitud ni poseemos en fruición, pero hacia ello se dirige.

* Artículo publicado en *CRISTIANDAD*, núm. 515, de enero de 1974.

Parece que siendo el objeto de la fe el mismo Dios, falta este fundamental requisito en la definición paulina y, no obstante, no lo interpreta así santo Tomás sino que se inspira siempre en esta formulación inspirada. En efecto, la ausencia es sólo aparente, pues, por la fe creemos en Dios en toda la extensión, esto es, creemos a Dios, por Dios, y en todo lo que Él nos ha revelado que es el mismo Dios como fin de nuestra posesión. Esta última expresión asume en sí misma a la primera y constituye, por tanto, el objeto formal *quod* de la fe, precisamente, lo que san Pablo expresa. La paradoja es menor de lo que parece, pues, al revelarse Dios como fin de nuestra vida nos muestra lo que Él es en sí mismo y, por tanto, no sólo le conocemos a Él como siendo lo que es sino que conocemos también que hacia Él caminamos por la fe. Por la fe no entramos solamente en comunicación con la esencia divina sino también con su proyecto de salvación, en lo que éste tiene de fin y de medios. Por esta razón insiste santo Tomás en la misma cuestión: «Pertenece de suyo a la fe aquello con cuya visión gozaremos en la vida eterna y cuanto nos encamina a ella» (art. 8, Resp.). En la medida en que ni aún por la fe comprendemos la esencia de Dios tampoco alcanzamos adecuadamente lo que es la patria celestial, pero ambas cosas las sabemos por la fe con certeza y así como tenemos un natural conocimiento de Dios que nos permite vislumbrar el alcance de lo que la fe nos revela acerca de su íntima esencia, asimismo tenemos una innata tendencia a la felicidad que nos permite valorar lo que será el pleno goce de la contemplación de la divina esencia.

La fe es, en este sentido, el anuncio de nuestra salvación. No es la «noticia» de la grandeza de Dios desligada de nuestra tensión por la felicidad, como alguno podría maliciosamente sugerir para presentar la fe como algo «insoportable» por la misma grandeza de lo revelado. Por el contrario, el anuncio «Yo soy el Señor tu Dios» se presenta como el principio, la causa de nuestra salvación. Y esto es precisamente lo que es necesario creer con necesidad de medio para salvarse. El Dios de la fe es el Dios de la promesa, pues la fe es hija de la promesa. En este sentido podemos constatar que un síntoma de que la fe que hoy se predica a menudo no es la fe teológica estriba, precisamente, en que no se predica el Cielo como la patria celestial, fin de nuestra vida. Si no se habla del Cielo, es sin duda porque mucha especulación teológica es puro gnosticismo y, por tanto, no es verdadera teología.

No debemos hacernos falsas ilusiones acerca de lo que hoy se entiende, en general, por «profundizar en la fe», pues, es certísimo que la fe es una virtud sobrenatural infundida por Dios en el bautismo, que se llena de actos de fe movidos por la gracia actual

y, por tanto, no es la fe lo mismo que el mejor «conocimiento» de los motivos de credibilidad o, incluso, que el más completo «conocimiento» acerca del objeto material de la fe, pues, la fe no es conocimiento sino asentimiento. Y así, en verdad, puede haber una fe poco ilustrada, lo que no es de desear, pero que sea verdadera y salvífica fe. Nos equivocamos si despreciamos la fe de los mayores por creerla menos «fundamentada» o «completa», pues, aun siendo menos frecuente de lo que parece que nuestra fe está más cultivada, no es en ello en lo que consiste formalmente la fe.

Si seguimos reflexionando sobre la sobrenaturalidad de la fe podemos sacar otra conclusión obvia y no menos práctica para nuestros tiempos. Si la religión se desvincula de la fe sobrenatural, se sustituye su mensaje de salvación total, jamás soñado por los hombres, por un plan hecho «a medida del hombre». La religión se reduce entonces a una filosofía y no sólo no salva sino que tampoco colma su afán de felicidad, solamente le «distrae» apartándole de aquello que es el verdadero objeto de la fe. Este asunto tiene actualidad, pues no puede circunscribirse el ámbito de la fe a algo que, aun siendo bueno en sí mismo, no constituye formalmente el objeto de la misma. Éste es el caso, por ejemplo, de presentar como si fuera objeto de la fe «la paz universal y total entre los hombres» o «la más completa justicia social» o «la promoción cultural, económica y moral del hombre», pues todo esto pueden ser dones prometidos por Dios a los creyentes *ex abundantia*, pero no constituyen propiamente el objeto de la fe. Nada de lo que el hombre puede haber pensado alcanzar desde la reflexión de su propia razón constituye el objeto de la fe, por grande que esto sea. La religión cristiana no promete lo que el hombre por sí mismo ya deseaba sino algo infinitamente más. No «cumple» en la historia lo que el hombre desea sino que pone el mismo deseo a la vez que los medios para alcanzarlo, pero es un anhelo de «divinización» que está por encima de lo que todo hombre pudo haber pretendido. Por eso el marxismo llama a la religión «el opio del pueblo» porque le levanta a promesas que trascienden la vida intramundana, pero es cierto que todo lo que Marx promete para el día que se alcance el estadio comunista es la posibilidad de «cazar por la mañana, pescar por la tarde y hacer crítica literaria por la noche» como escribe en *La ideología alemana* a propósito de la superación de la división del trabajo. Un empeño de esta índole no puede colmar el afán insaciable de felicidad que tiene el hombre, como tampoco puede hacerlo la idea mítica de la sociedad positivista occidental de «progreso», pues esto es algo sólo vinculado a la «diferencia» entre un estado y otro de nuestra vida.

La fe tiene que ver, y mucho, con el insaciable

afán de felicidad del hombre, pero no tiene nada que ver con cada una de las cosas que el hombre ha tomado como cumplimiento de este anhelo y ambas cosas es importante recordarlas a propósito de la sobrenaturalidad de la fe. Al pensar en el fin de la fe nos abrimos a la esperanza de alcanzar lo mismo que creemos y nada grande ni con certeza puede esperarse sino lo que la misma fe nos promete.

Por lo mismo que la fe es sobrenatural y dirigida a la promesa de Dios, nos prepara para la caridad. La fe no es todavía caridad, pero está «dispuesta» para recibirla, en expresión de santo Tomás. La fe no está sólo «disponible» para la caridad como la materia lo está para recibir la forma, usando una analogía filosófica, sino que está «dispuesta», es decir, «preparada» para recibir la forma de la caridad. Una cosa, animada o inanimada, puede estar disponible para muchas cosas pero sólo estará dispuesta para aquella para la que se ha preparado. Y así la fe nos dispone a la caridad en tanto que alcanzamos, por la gracia de Dios, el amor que se desprende de Dios que nos ha hecho tal promesa. Al meditar la fe, su contenido, esto es, en Dios y en su promesa nos sentimos llevados hacia su amor como dando vida a esta misma fe. No es la fe un contenido «intelectual» y la caridad una acción «vital» como se quiere a menudo presentar para burla y abandono de la fe verdadera por parte, precisamente, de los que han reducido la fe a un programa socioeconómico de progreso o de reivindicación. De tal modo, por el contrario, la fe nos dispone para la caridad que no se «resiste» el asentimiento a la fe sino se la hace vivir en la caridad. Aunque la fe, principio, raíz y fundamento de la justificación puede darse sin la caridad, de hecho, no se mantiene la integridad de la fe por mucho

tiempo si se rechaza la gracia del amor de Dios hacia el que la fe quiere dirigirse. Pensemos por un momento en el ejemplo de santa Teresita de la que se ha dicho recientemente que vivió «sin fe» pero animada de una gran caridad. Y esta falsedad se ha dicho para poderla presentar como una santa de «izquierda» dentro de esta dicotomía en la que la fe representa la «derecha» y la caridad la «izquierda», la fe los «tomos de santo Tomás» y la caridad la acción social de algún «sacerdote-obrero». Por el contrario, santa Teresita vivió de la fe, precisamente, en el sentido en que dice san Pablo que «el justo vive por la fe», pues no teniendo en muchas ocasiones el don del consuelo vivió de la fe pura como nadie, la fe oscura, tal cual es, pero teologal, es decir, centrada en Dios. Y por eso amó mucho a Dios porque no se paró en consideraciones accidentales de la vida cristiana y aun religiosa, sabiendo dar a cada cosa su verdadero valor, pues la fe estuvo siempre en el centro de su vida y ello le hizo crecer en el amor. De igual modo que lo presenta san Ignacio en los *Ejercicios*, dentro de la contemplación para alcanzar amor: al meditar la fe crecemos en la caridad.

Si la fe es sobrenatural es exigencia nuestra el sobrenaturalizarlo todo, esto es, ponerlo todo en relación con el plan trascendente de Dios sobre nosotros para que, realizando las obras que nos competen, trabajemos también para la patria celestial. Esto es lo que se consigue con el Apostolado de la Oración, por el que pedimos el advenimiento del Reino de Cristo con oraciones y el ofrecimiento de nuestras acciones, para no separar y hacer un dualismo que haría que, en la práctica, no viviésemos la sobrenaturalidad de la fe, su conexión con la esperanza y su disposición para la caridad.

LA VOZ DEL SÍNODO

Proposición 36: Dimensión espiritual de la Nueva Evangelización

El agente principal de la evangelización es el Espíritu Santo, que abre los corazones y los convierte a Dios. La experiencia del encuentro con el Señor Jesús, que fue posible por el Espíritu, que introduce a cada uno en la vida trinitaria, recibido con un espíritu de adoración, de súplica y de alabanza, debe ser fundamental para todos los aspectos de la Nueva Evangelización. Esta es la «dimensión contemplativa» de la Nueva Evangelización, que se alimenta continuamente a través de la oración, a partir de la liturgia, especialmente la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida de la Iglesia.

Por lo tanto, proponemos que la oración se promueva y enseñe desde la infancia. Los niños y jóvenes deben ser educados en la familia y en las escuelas para reconocer la presencia de Dios en sus vidas, para alabarle, darle gracias por los dones recibidos de Él, y pedir que el Espíritu Santo les guíe.

Fe y contemplación

ENRIQUE MARTÍNEZ

OIGO en mi corazón: *Buscad mi rostro*. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (Sal 27, 8). Con esta oración del salmista concluye Francisco Canals su obra *Sobre la esencia del conocimiento*. Quien por vez primera se encuentre con este final en un denso tratado de metafísica del conocimiento no es de extrañar que experimente cierta sorpresa; mas una lectura reflexiva del mismo le llevará a comprender la admirable síntesis que encierran esas palabras, que aportan una luz capaz de dar unidad a todo el libro. En efecto, el conocimiento se ordena en la vida humana a la felicidad, y ésta no es otra en el hombre elevado por la gracia que la visión beatífica de la esencia divina. De ahí que, secundando aquella búsqueda de síntesis que caracteriza el conocer humano, según enseña el padre Ramón Orlandis, S.I., Canals miró de concluir sintéticamente su metafísica del conocimiento con un juicio acerca del fin al que se ordena el conocimiento humano en todas sus formas: la contemplación del rostro de Dios.

No obstante, dicha contemplación sobrepasa la capacidad humana, como se busca significar en el libro del Éxodo cuando Dios le dice a Moisés que no contemplará su rostro, sino sólo su espalda (Ex 33, 20-23). Sólo el bienaventurado en la vida eterna, y con la elevación del *lumen gloriae*, podrá contemplar a Dios en su esencia (cf. S.Th. I-II, 5, 6 ad 2). Al hombre viador no le queda sino manifestar a Dios el deseo ardiente de contemplar su

rostro, pidiéndole con insistente súplica que se lo muestre –tal y como se expresa en el Salmo citado por Canals–; y mientras no llegue ese momento, vivirá de la fe, que es de *non visis*.

Por lo dicho, parecería que en esta vida la fe excluye toda forma de contemplación, que se reserva para la otra. Mas ello es claramente contrario a la Tradición de la Iglesia, que desde sus inicios ha instado a la contemplación, tomando el modelo de María a los pies de Nuestro Señor, mientras su hermana Marta se afanaba en el servicio activo. ¿Cómo se relacionan, entonces, fe y contemplación? Vamos a verlo a partir de las enseñanzas de santo Tomás de Aquino en este año dedicado a la fe.

Se pregunta el Aquinate si el objeto de la fe puede ser algo visto, es decir, si es algo patente al entendimiento, pues no se refiere ahí al sentido de la vista (cf. S.Th. II-II, q.1, a.4). Y responde que no, puesto que si así fuere el objeto movería suficientemente el entendimiento a asentir, y no es el caso; eso es lo que sucede cuando el objeto se manifiesta directamente al entendimiento, y entonces decimos que es «evidente». Pero añade que también se dice que el objeto es «visto» cuando se manifiesta indirectamente a partir de otras verdades ya conocidas, desde las que puede llegar argumentativamente hasta aquél. Mas cuando no se dispone de esta visión del objeto, el entendimiento sólo puede asentir con la ayuda de la voluntad, que es la que mueve a juz-

LA VOZ DEL SÍNODO

Proposición 39: La piedad popular y la Nueva Evangelización

La piedad popular es un verdadero lugar de encuentro con Cristo, y expresa la fe del pueblo cristiano en la Santísima Virgen y en los santos. La Nueva Evangelización reconoce el valor de estas experiencias de fe y las anima como maneras de crecer en la virtud cristiana.

Las peregrinaciones a los santuarios y a los lugares donde se veneran reliquias son un aspecto importante de la Nueva Evangelización. No sólo por los millones de personas que siguen haciendo estas peregrinaciones, sino porque esta forma de la piedad popular en este momento es una oportunidad especialmente prometedora para la conversión y el crecimiento de la fe. Por ello es importante que se desarrolle un plan pastoral adecuado para dar la bienvenida a los peregrinos y, en respuesta al deseo profundo de los peregrinos, ofrecerles la oportunidad de que el tiempo de la peregrinación pueda ser vivido como un verdadero momento de gracia.

gar en un sentido u otro; si lo hace con cierto temor, decimos entonces que el entendimiento opina; mas si lo hace con certeza, es entonces cuando el entendimiento cree.

Pues todo esto, que se dice de la fe natural, puede igualmente aplicarse a la fe que es virtud teologal. En efecto, las verdades reveladas por Dios, objeto de la fe sobrenatural, permanecen para nosotros fuera de la visión, que está reservada para el cielo, y son por ello oscuras: «Ahora vemos en un espejo, confusamente» (1 Cor 13, 12). ¿Cómo asiente entonces el entendimiento a la verdad revelada, siendo ésta oscura? No lo hace por serle ésta evidente o por haberla demostrado a partir de otras verdades ya conocidas. Parte, eso sí, de un conocimiento previo de determinados motivos de credibilidad –como que ha sido revelada por Dios y que ello está confirmado por milagros–; pero eso no es suficiente para asentir, se requiere que la voluntad, movida por la gracia, elija dicha verdad, en cuanto que se ordena a alcanzar el fin último que desea. Y la elección de la voluntad se hace firmemente, al apoyarse en la autoridad infalible del mismo Dios que revela. De este modo, el entendimiento, tras la firme elección de la voluntad, asiente finalmente a la verdad revelada con certeza y sin haberla visto; y de ahí que deba afirmarse que la fe es de *non visis*: «La fe es la prueba de las realidades que no se ven» (Heb 11,1).

Que la fe tenga por objeto realidades oscuras, veladas, se debe principalmente a que no dispone aún de la visión beatífica de Dios; pero hay que complementar ésta con una segunda razón, y es la limi-

tación propia del modo humano de conocer, que se realiza por medio de imágenes sensibles. Esto es así por causa de la naturaleza corpórea del hombre, que debe partir necesariamente de lo sensible para alcanzar lo inteligible (cf. S.Th. I, 84, 7). Ciertamente, el objeto propio de cualquier entendimiento no es la materia sensible, sino la forma inteligible, mas debe entonces añadirse que el objeto propio del entendimiento *humano* es la naturaleza inteligible existente en la materia corpórea. La luz del entendimiento agente, participación de la luz divina, permite que abstraigamos dicha naturaleza respecto de las condiciones individuantes de la materia, y así poder alcanzar un conocimiento universal; no obstante, para conseguir un conocimiento completo de tal naturaleza es necesario volver a sus condiciones individuantes, lo que se realiza por medio nuevamente de la imagen. Esto podría llevar a plantear la objeción de que no es posible para el hombre tener un conocimiento natural de lo inmaterial, como es Dios, pues no existe de Él imagen sensible alguna al ser incorpóreo. No obstante, hay que responder que, alcanzado su objeto propio, el entendimiento humano sí puede elevarse hasta conseguir un conocimiento imperfecto y oscuro de las sustancias inmatrimales, por cierta comparación con lo sensible ya conocido (cf. S.Th. I, 13, 8 ad 2).

Tal es la oscuridad que caracteriza todo conocimiento humano natural, y que se extiende también al sobrenatural. El acto de fe es esencialmente un juicio del entendimiento, en el que se asiente a verdades reveladas, como se explicó anteriormente.

LA VOZ DEL SÍNODO

Proposición 58: María, estrella de la Nueva Evangelización

El Concilio Vaticano II presentó a María en el contexto del misterio de Cristo y de la Iglesia (cf. *Lumen gentium*, 52-68). El papa Pablo VI la declaró la «Estrella de la Evangelización». Es, por lo tanto, el modelo de la fe, la esperanza y el amor. Ella es la primera auxiliar que trae discípulos al Maestro (cf. Jn 2). En el Cenáculo, ella es la Madre de los creyentes (cf. Hch 1,14).

Como Madre del Redentor, María se convierte en un testigo del amor de Dios. Ella libremente cumple la voluntad de Dios. Ella es la mujer fuerte, que junto con Juan sigue al pie de la Cruz. Ella siempre intercede por nosotros y acompaña a los fieles en su viaje hasta la Cruz del Señor.

Como Madre y Reina es un signo de esperanza para los pueblos que sufren y los necesitados. Hoy es el «misionero» que nos va a ayudar en las dificultades de nuestro tiempo y con su cercanía a abrir los corazones de los hombres y las mujeres a la fe.

Nosotros fijamos nuestra mirada en María. Ella nos ayudará a proclamar el mensaje de salvación a todos los hombres y mujeres, para que ellos también puedan convertirse en agentes de evangelización. María es la Madre de la Iglesia. Que a través de su presencia, la Iglesia se convierta en un hogar para muchos y Madre de todos los pueblos.

Como todo juicio, el acto de fe debe componer conceptos diversos, como, por ejemplo, «Hijo», «Dios» y «hombre»; y así, apoyados en la autoridad divina y movido por la gracia, afirmamos que «el Hijo de Dios se hizo hombre» (CIC 460, cf. Jn 1, 14). ¿Cómo obtiene el entendimiento humano tales conceptos? Unos, ciertamente, por el modo humano de conocer, esto es, abstrayendo a partir de lo sensible («hombre»), o elevándose desde ahí hasta lo inmaterial («Dios»). Los otros fueron revelados a los profetas y apóstoles, llegando luego a los demás hombre por la predicación de la Iglesia. Para revelar estas verdades se acomodó Dios al modo de conocer del hombre recurriendo a imágenes sensibles; así, reveló su Palabra eterna recurriendo al concepto «Hijo», bien familiar a los hombres por causa de la generación corpórea (cf. S.Th. I, 1, 9; *Dei Verbum* 13). Así es como se encuentra el entendimiento humano ante aquellas verdades que le propone Dios para ser creídas, aun permaneciendo oscuras.

Ahora bien, el entendimiento tiende por su propia naturaleza a conocer la verdad, también cuando cree. Más aún, como todo conocimiento se ordena a la felicidad del hombre, según se ha afirmado al inicio, el entendimiento se ve movido por el amor a gozarse en la verdad. Es cierto que este gozo no puede ser consumado en el conocimiento imperfecto –la fe–, sino en el perfecto –la visión–, pero el amor a la verdad busca que el conocimiento imperfecto y oscuro sea iluminado en la medida de lo posible, y se guste ya en esta vida un anticipo del gozo eterno (cf. S.Th. II-II, 180, 5 ad 1). Se podría decir que esta iluminación comienza con el ya mencionado conocimiento de los motivos de credibilidad –los *preambula fidei*–, aunque ello se dé con anterioridad al asentimiento de la fe. Pero una vez se adquiere la fe, ésta proporciona una nueva luz –el *lumen fidei* (cf. S.Th II-II, 1, 4 obi.3)- a estos mismos motivos, no ya por argumentación racional, sino por cierta connaturalidad con la fe profesada; en efecto, la fe es un hábito virtuoso y todo hábito permite juzgar rectamente por cierta connaturalidad respecto de su propia materia, como juzga de modo connatural el casto en lo que pertenece a la castidad.

A este *lumen fidei* sigue otro ejercicio iluminativo de la razón, que busca alcanzar mediante una meditación o consideración racional una cierta inteligencia de la fe: es el *intellectus fidei*. Esto sucede porque el creyente ama la verdad en la que cree, y ansía por ello conocerla cada vez mejor (cf. S.Th. II-II, 2, 10). Pero para avanzar convenientemente en este *intellectus fidei* debe el entendimiento apoyarse en aquello que le corresponde según su modo propio de conocer: las imágenes sensibles. Y particularmente conviene que dirija la mirada a la humanidad de Cristo; no está de más recordar que la máxima ex-

presión de la Revelación divina por medio de lo sensible es la humanidad de Cristo, «camino para llegar a la divinidad» (S.Th. III, 14, 1 ad 4).

Tanto la connaturalidad del *lumen fidei* como la meditación propia del *intellectus fidei* permiten al hombre cierta iluminación de aquello que cree. Así, si la luz natural del entendimiento agente es la que ilumina lo sensible para alcanzar lo inteligible, en el orden sobrenatural es la luz de la gracia la que ilumina el acto de fe: «la gracia es como la luz del alma» (S.Th. I-II, 110, 1). No obstante, hay que recordar que, tratándose de realidades divinas, el modo humano de conocer, aun iluminado por la luz de la fe, es esencialmente oscuro (cf. S.Th. I, 12, 13 obi.2). Por eso las virtudes infusas, que disponen a obrar según el modo humano, requieren para su perfeccionamiento unos hábitos que las hagan obrar al modo divino, y éstos son los dones del Espíritu Santo. Entre estos dones se encuentran los que iluminan el entendimiento humano para el perfeccionamiento de la virtud de la fe, que son los de entendimiento, ciencia y sabiduría.

A esta nueva iluminación, que no es obra de la actividad del hombre, sino de la acción del Espíritu Santo, podemos denominar «contemplación» del creyente, ordenada a la contemplación definitiva del rostro de Dios. Mas tampoco esta contemplación infusa obrada por los dones libra al hombre de los velos de la fe (cf. S.Th. II-II, 174, 2 ad 4). Y no hay que pensar que esta iluminación de los dones es una nueva revelación; ésta se dio para proporcionar a los profetas y apóstoles las verdades que proponer a los hombres para que crean, y culminó en Jesucristo, el Verbo encarnado; de este modo, el creyente no debe esperar nuevas revelaciones para iluminar su fe, sino contemplar las verdades ya reveladas (cf. san Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo* 2, 22, 3-5). Toda otra revelación divina posterior tiene, por tanto, la función de ayudarnos a contemplar mejor a Cristo, particularmente en una determinada época de la historia (cf. CIC 66-67). Un ejemplo muy claro de ello es la revelación del Corazón de Jesús a santa Margarita María, que vincula el papa Pío XII tanto a la Revelación divina como a los tiempos modernos del siguiente modo: «Es evidente, por lo tanto, cómo las revelaciones de que fue favorecida santa Margarita María ninguna nueva verdad añadieron a la doctrina católica. Su importancia consiste en que –al mostrar el Señor su Corazón sacratísimo– de modo extraordinario y singular quiso atraer la consideración de los hombres a la contemplación y a la veneración del amor tan misericordioso de Dios al género humano. De hecho, mediante una manifestación tan excepcional, Jesucristo expresamente y en repetidas veces mostró su Corazón como el símbolo más apto para estimular a

los hombres al conocimiento y a la estima de su amor; y al mismo tiempo lo constituyó como señal y prenda de su misericordia y de su gracia para las necesidades espirituales de la Iglesia en los tiempos modernos» (*Haurietis aquas* 26).

Es hora ya de resolver qué aporta a la fe la iluminación de los dones, si no quita los velos y tampoco es una nueva revelación. Vimos que el *lumen fidei* proporcionaba cierta connaturalidad en el juicio respecto de los motivos de credibilidad; pues bien, hay que decir ahora que los dones intelectivos con su luz hacen igualmente connatural el objeto de fe, mas no ya al modo humano sino al modo divino. En efecto, por esta connaturalidad las verdades de fe se experimentan con una fuerza tal que el alma no puede menos que estar cierta de la acción iluminadora de Dios, cuya presencia se percibe experimentalmente, aunque sea en la oscuridad de la noche: «Sin otra luz y guía sino la que en el corazón ardía» (san Juan de la Cruz, *Noche oscura*).

Esta connaturalidad con respecto de la acción y la presencia divinas en el acto de fe es la que permite una penetración en la verdad revelada muy diferente de la obtenida al modo humano por la meditación. En la contemplación que proporcionan los dones se asiente firmemente a las verdades de fe por la fuerza de la percepción de la presencia de Dios en el alma, de ahí que su efecto más inmediato sea el fortalecimiento de la certeza de la fe. Otro efecto es un gusto sabroso de lo contemplado, por causa de ser en presencia de Dios; es aquel gustar internamente del que habla san Ignacio en los *Ejercicios espirituales* (cf. EE 2ª anotación). Pero la consecuencia más importante de la contemplación es que por dicha presencia se realiza una unión transformativa del alma con Cristo, cuyo rostro ansía contemplar definitivamente: «¡Apaga mis enojos, / pues que ninguno basta a deshacellos, / y véante mis ojos, / pues eres lumbre dellos / y sólo para ti quiero tenellos! // ¡Descubre tu presencia, / y máteme tu vista y hermosura; / mira que la dolencia / de amor, que no se cura / sino con la presencia y la figura!» (san Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* B 10-11).

Por todo ello el P. Royo Marín explica la naturaleza de la contemplación infusa como una evidencia no tanto objetiva cuanto subjetiva o experimental; recojo sus palabras como síntesis conclusiva de toda esta reflexión: «Las verdades de la fe son de suyo oscuras, como de *non visis*, y por eso no pueden ser *contempladas* en sí mismas a no ser que una luz infusa venga a iluminarlas dándoles una especie de

evidencia; no intrínseca u objetiva (los misterios continúan siéndolo en esta vida por mucho que se les ilumine), pero sí subjetiva o experimental: y éste es cabalmente el efecto propio de los dones intelectivos del Espíritu Santo, que nos dan un conocimiento sabroso, contemplativo, experimental, de las cosas de la fe por la especie de instinto y connaturalidad con lo divino» (*Teología de la perfección cristiana* n.531).

Baste añadir el modo en que cada uno de los tres dones causa este admirable efecto de iluminación en la fe del creyente (cf. S.Th. II-II, 8, 6). En primer lugar, el don de entendimiento perfecciona la aprehensión de los conceptos requeridos para la fe mediante una penetración profunda e intuitiva de los mismos; así, por ejemplo, se contempla connaturalmente al Verbo de Dios bajo las especies eucarísticas. En segundo lugar, el don de ciencia perfecciona el juicio de fe cuando se refiere a las cosas creadas; así, por ejemplo, se juzga recta y connaturalmente la ordenación de todas las cosas a Dios y la admirable belleza de la imagen divina en el hombre. Finalmente, el don de sabiduría perfecciona el juicio de fe cuando se refiere a las cosas divinas; así, por ejemplo, se juzgan recta y connaturalmente los misterios de la fe, y, sobre todo, se experimenta internamente el amor de Dios.

Esta sabiduría que hace al alma experimentar el amor de Dios es la contemplación del Corazón de Cristo de la que nos hablaba el papa Pío XII. Conocido por fe el amor de Dios, el alma ansía gustarlo y experimentarlo, según aquello del Salmo: «¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!» (Sal 34, 9). Ciertamente, habrá que comenzar meditando en ese amor, en la medida en que lo permitan las pobres fuerzas humanas; y ello requerirá acudir a la contemplación sensible de ese Corazón, que se nos ha manifestado para socorrer nuestra debilidad. Pero si el alma se dispone convenientemente y Dios lo concede, será introducida en las profundidades de la contemplación del amor de ese Corazón divino en fe pura, hasta que puedan descenderse los velos y contemplar a Cristo definitivamente.

En este Corazón, por tanto, se alcanza la síntesis ansiada por todo hombre, que oye en su propio corazón: «Buscad mi rostro» (Sal 27, 8). Y es que «en estas *cavernas*, pues, *de Cristo*, desea entrarse bien de hecho el alma, para absorberse y transformarse y embriagarse bien en el amor de la sabiduría de ellos, escondiéndose en el pecho del Amado» (san Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* B, 37, 5).

Reflexiones sobre la teología de la historia

ANTONIO PÉREZ-MOSSO

EL estudio de la historia de la Iglesia y el estudio de la historia general no se sitúan del todo en dos campos diversos, en primer lugar por la razón obvia de que la historia de la Iglesia discurre también por este mundo y cualquier elaboración de historia eclesiástica requiere ser situada en un marco o contexto general que precisamente le es aportado por la historia llamada «civil» o «general». ¿Quién puede escribir sobre historia de la Iglesia, es decir, sobre una u otra de las múltiples manifestaciones historiables de la vida de la Iglesia en un determinado tiempo y lugar sin recurrir a los datos que le proporcionan estudios de historia general? (No es historiable, claro está, el obrar de la gracia divina en la intimidad del corazón de los humanos, pero sí un sinnúmero de manifestaciones externas de la vida de la Iglesia: sus orígenes, expansión, vida litúrgica y sacramental, la formulación de sus dogmas, sus concilios, las persecuciones, herejías, misiones, conversiones de pueblos, vidas de santos y de personajes de la Iglesia, las órdenes y congregaciones religiosas, la impregnación de las culturas por la fe, el desarrollo del arte y la literatura cristianos, el desarrollo del culto y devoción a Cristo, al Corazón de Jesús, a la Virgen, a los santos, las manifestaciones de piedad popular, las obras de beneficencia y enseñanza, las relaciones con los estados y gobiernos..).

Pero hay más, dado que la historia de la Iglesia ha sido decisiva para la conformación de nuestro mundo que llamamos «Occidente» (y también del oriental o bizantino). Nuestro pasado es manifestación palmaria de esta multiseccular interrelación entre fe y vida. Los historiadores de la cultura y los filósofos de la historia, que tratan de aportar grandes síntesis o visiones de conjunto, fijan particularmente su atención en las civilizaciones, unidades supranacionales –algunas pervivientes, otras no– que por siglos han configurado, más allá de limitadas fronteras geográficas nacionales, a pueblos y muchedumbres, con unas determinadas concepciones sobre la vida, la religión, las costumbres, los modos de gobernarse, sus expresiones literarias y artísticas... No son muchas las civilizaciones en la historia.

El reconocido estudioso Arnold Toynbee contaba 21 «civilizaciones», unas genuinas, otras filiales, y a las que contradistingue netamente de las más de quinientas reducidas «sociedades primitivas» aún subsistentes hoy por unas u otras espe-

ciales circunstancias. Son las civilizaciones que, con ligeras variantes, aparecen citadas en los manuales de historia universal, y según un orden de antigüedad: mesopotámica, egipcia, china, india, griega y helenística, judía, romana, bizantina, islámica, incaica, maya..., y la occidental, una de las últimas en configurarse (que adquiere ya cierta plenitud en tiempos de Carlomagno, y que desde los siglos XVI-XVII conformará también en gran manera el continente americano). Pero sucede que siendo ésta una de las últimas, es la que se ha convertido en la civilización hegemónica en el mundo y ha ejercido mayor influjo en el resto del planeta (en política, economía, cultura, artes...), hasta el presente al menos. Y esta civilización occidental precisamente es la que ha sido configurada ante todo por la Iglesia, por la fe en Cristo. Es un hecho incontrovertible de la historia universal.

Desde el siglo V todo el calendario de Occidente viene fechado a partir de la venida de Cristo al mundo, y sin la perseverante obra de la Iglesia durante siglos no puede ser entendido Occidente, ya en su proceso de crecimiento como en el de su descomposición por vía de apostasía, de alejamiento de la madre que le engendró. La Iglesia es, pues, realidad de primera magnitud en la historia universal de nuestro planeta, y reconocida como tal se tenga fe o no. (Claro está, si hay un sectarismo como el del actual prólogo de la Constitución Europea, que al exponer los orígenes de nuestra Europa cita a Grecia y a Roma y, dando un salto de más de mil años, cita a renglón seguido la Ilustración del siglo XVIII como genuina raíz de Europa, no hay nada que entender; la Edad Media, por real decreto de Bruselas, nunca existió).

Perviven hoy civilizaciones distintas de la occidental (en la India, China, el mundo islámico..), pero incluso en ellas sucede que los hechos revolucionarios más decisivos suelen provenir del influjo de Occidente, ya no en su proceso de crecimiento sino en el de su apostasía y descomposición (y no total, desde luego, porque, pese a todo, la Iglesia sobrevive en nuestro mundo por Cristo asistida). Es conocido que los líderes revolucionarios de África y Asia rara vez se han convertido en tales sin antes haber leído a Marx, Hegel, Nietzsche y al mismo Rousseau, y haber casi siempre estudiado en universidades de Occidente, en las que se afiliaron al partido comunista y al regresar a sus tierras fueron portadores del marxismo como antorcha salvadora. Por otra parte,

es significativa de lo mismo la queja hoy común entre intelectuales norteafricanos agnósticos –que parecen envidiar el actual secularismo de Occidente– de que el mundo islámico no ha tenido aún un siglo XVIII como el que ha vivido Occidente, en lugar de entender que el drama verdadero de este mundo –y también del judío– es justo el no haber reconocido aún a Cristo.

A las consideraciones anteriores, que bien pueden ser hechas por un historiador no creyente, pero conocedor del pasado, y en especial de la Edad Media, se ha de añadir que al investigador creyente le ayudan decisivamente los datos fundamentales que la Revelación divina le aporta:

La divinidad de Jesucristo, la promesa de la asistencia del Espíritu Santo a la Iglesia hasta el fin de los tiempos, la liberación de la esclavitud del pecado sólo por la gracia de Cristo, la realeza de Cristo –alfa y omega de la historia– sobre el mundo, la verdad sobre todo hombre –pecador y por pura misericordia de Dios destinado a la vida eterna–, la Providencia divina que rige la historia y de manera misteriosa permite males para que advengan bienes mayores..

Éstas son verdades clave que han de iluminar al historiador creyente al exponer las grandes líneas del acontecer histórico de los individuos, pueblos y civilizaciones, y que ayudan a no reducir las explicaciones a la sola consideración sociológica o filosófica, más o menos acertada en cada caso, pero a la que necesariamente se ha de limitar el historiador no creyente.

Se entiende que el creyente estudioso del pasado, que dispone de los datos que le aporta la fe para mejor comprender la historia, ha de exponer, como cualquier otro historiador, un sinnúmero de datos empíricos y racionales, a los que ha accedido él también por el método común del cotejo y la crítica de las fuentes. Si un investigador estudia, por ejemplo, el descenso de la práctica religiosa en un determinado periodo de tiempo y lugar, es obvio que ha de

consultar gran número de libros parroquiales, y valorar y ponderar en cada caso toda suerte de encuestas y estadísticas realizadas sobre el particular. Pero a la hora de aportar explicaciones y no limitarse a la pura constatación de hechos, ha de ponderar otros hechos anteriores que han influido en ello, ya de manera próxima o más lejana. Detectar cuáles hayan sido esos hechos es tarea para la que se requieren buenas filosofía y teología, para sopesar debidamente la fuerza de las ideas que concurren en los hechos que investiga y sobre los que trata de aportar una visión de síntesis que los relacione entre sí y con sus causas y consecuencias.

Minusvalorar el influjo benéfico de los pensamientos verdaderos –o, por el contrario, la fuerza desintegradora de las ideas falsas– sobre el hombre y la sociedad, conduce a no entender por qué suceden los hechos. Por ejemplo, al tratar de explicar la crisis religiosa que hoy padecemos en España no puede prescindirse de hechos anteriores de carácter más general como: *a)* la gran corrupción de costumbres promovida por la política al uso y los medios de comunicación; *b)* las ideologías sociales y políticas secularizantes, presentadas como salvadoras de los males de la sociedad y negadoras de la ley natural y de la gracia redentora que nos viene de Cristo; *c)* las teologías averiadas, contaminadas precisamente de malas filosofías y de falsas salvaciones para este mundo; *d)* nuestra juventud que recibe tantas veces vía enseñanza una moral degradada y un aluvión de ideologías contrarias a la fe, etc..

Siendo así las cosas, ¿cómo no han de ser puestas al servicio del fin supremo de la salvación las verdaderas filosofía y teología para que ayuden a una verdadera comprensión de la historia, y en definitiva para que ayuden a captar –mostrando al mismo tiempo el fracaso de tantos intentos reincidentes de sanar el mundo sin Cristo– que precisamente en el Corazón de Cristo se halla la clave de la salvación del hombre, ya en la historia, y de manera plena en la vida eterna?

Oración a Cristo Rey

¡Oh, te suplico que vengas, Cristo Jesús, Rey del cielo y de la tierra! Ven, Señor, Alfa y Omega, Principio y Fin, Raíz y Estirpe de David, Estrella espléndida y matutina. Tú que eras y eres y vendrás, ven a librarnos, ven a visitar tu viña, a guardar y defender tu Iglesia, ven a gobernar el orbe de la tierra con justicia, con vara de equidad, la vara de tu reino.

Oración compuesta por el padre Juan Rovira
Orlandis, S.I., mártir de la persecución de 1936-1939



Pequeñas lecciones de historia

Octubre de 312: Constantino y el signo de la cruz

GERARDO MANRESA

EN el año 306 moría, en York, Constancio Cloro y su hijo Constantino era proclamado Augusto por sus soldados. Era hija de Constancio y de su primera mujer, santa Helena. Constancio abandonó a su mujer para contraer un matrimonio político y casarse con la emperatriz Eutrepia, hija de su colega Maximiano Hércules, emperador también del Imperio romano. Santa Helena procuró educar a su hijo en las ideas cristianas, pero ello no significa que su hijo las aceptara y las practicase franca y abiertamente. Tenía mucha influencia del paganismo de su padre, pero como muchos otros paganos de aquella época, buscaban una verdad más espiritual. Siguiendo el ejemplo de su padre, Constantino favorecía a los cristianos, pues veía en ellos cualidades morales de las que carecía entonces la sociedad pagana de su tiempo; quizá la constatación de este hecho iba produciendo en su espíritu la lenta evolución que habría de culminar en el episodio que vamos a relatar.

Mientras Constantino, proclamado ya Augusto, administraba la Galia y reducía a los francos y a los germanos, que se habían levantado en tiempo de su padre, los pretorianos y el populacho llevaban al poder en Roma a Magencio, hijo supuesto de Maximiano, que prometía al pueblo el consabido *panem et circenses* y a los soldados rienda suelta a sus pasiones. No tardaron en hallarse frente a frente los dos príncipes y, en torno a Constantino, los cristianos, que veían y sentían las muestras de afecto del Emperador, y muchos paganos que odiaban la actitud y comportamiento de Magencio; mientras que la mayoría de los súbditos paganos se alineaban alrededor de éste, en especial el populacho de Roma.

El hijo de santa Helena se puso en marcha hacia Roma con un reducido número de tropas, unos cuarenta mil hombres, pero sobre todo con la sensación de que tenía que pelear, no ya contra bárbaros, sino contra muchas legiones romanas que habían salido victoriosas en muchas batallas. En el alma turbada de Constantino iba haciéndose cada vez más claro este razonamiento: si Magencio se captaba por todos los medios, incluso los más abominables, la voluntad y la ayuda de los dioses, era necesario buscar también una divinidad protectora. Dada la educación de Constantino y, posiblemente por las insinuaciones de su madre Helena y su propia simpatía por los cristianos, cada vez más manifiesta, ¿a quién mejor podía pedir ayuda que a su Dios? Y Constantino oró. «El Emperador, dice Eusebio, en *De vita Constantini*, I,

27, imploró el socorro de este Dios, rogándole, suplicándole que se le diese a conocer y que, en aquel momento tan crítico, le tendiese una mano favorable». Al llegar a este punto, casi podemos decir que se presiente el milagro, porque con «este deseo de conocer la verdad» reconoce y proclama su fe en la omnipotencia de Dios de los cristianos. Dios le escuchó y Constantino pudo ver que sobre el Sol, que ya declinaba en el horizonte, aparecía un fúlgida cruz, rodeada de un círculo luminoso; y las estrellas comprendidas en él estaban agrupadas componiendo esta leyenda: *In hoc signo vinces* (con este signo vencerás)

Aquella noche, la que precedió a la batalla con Magencio, Cristo se apareció en sueños a Constantino, llevando el símbolo que viera en el cielo, y le ordenó construir un estandarte que llevase la Cruz y sirviese a él y a los suyos de protección en los combates.

El lábaro se componía de un asta en cuyo extremo, y rodeado por un círculo de oro, resplandecía el monograma de Cristo formado por las dos letras entrelazadas la *ji* (X) y la *ro* (P). De una barra transversal, que formaba cruz con el asta, pendía un velo de púrpura bordado en oro y piedras preciosas, ostentando en su parte superior las imágenes del Emperador y de sus hijos.

Así, con el nombre glorioso de Cristo escrito sobre el lábaro y sobre los escudos de los soldados y con la cruz sobre sus cascos, según el testimonio del poeta Prudencio, entraron en combate las tropas del Emperador cristiano con la fuerzas de Magencio, a quien sus crímenes y su liviandad habían hecho cada vez más odioso a los habitantes de Roma. Por cierto que habiendo consultado éste los libros sibilinos ante la inminencia del peligro que amenazaba la actitud decidida de Constantino, aquellos contestaron: *Ille die hostem Romanorum periturum esse* (aquel día perecerá el enemigo de Roma). Y así fue, pues, tras encarnizada batalla, como se replegasen las tropas de Magencio con su jefe y tratasen de huir por el puente Milvio, que unía las dos orillas del Tíber, se hundió aquel, y el «enemigo de Roma», Magencio, pereció ahogado en el río, arrastrado al fondo por el peso de su coraza. Constantino entró en Roma triunfal, como ninguno lo hiciera hasta entonces. Todos le recibían como a verdadero libertador, y hasta los mismos senadores, paganos aún, hubieron de inclinarse y reverenciar el nombre de Cristo, que relucía sobre los escudos de los soldados de Constantino.



AÑO DE LA FE 2012
2013

Una historia de conversión

Robert Hugh Benson

FRANCESC MANRESA LAMARCA

Hugh era el hijo menor de una familia anglicana de profundas convicciones religiosas. El ambiente de su hogar era cariñoso y fraternal; piadoso, culto, alegre y típicamente inglés en sus aficiones, gustos y costumbres. El padre, arzobispo de Canterbury y primado de la Iglesia de Inglaterra, ocupaba todos los aspectos de la vida familiar y Hugh lo sentía dominador y omnipresente, frente al cual su timidez e indecisión le hacían comportarse con excesiva discreción, no obstante ser atendido cariñosamente siempre que se le acercaba. A pesar de todo, su infancia fue feliz y despreocupada. Tenía una viva y rápida inteligencia que le permitió ganar una beca para entrar en Eton a los 14 años, donde ni destacó ni se afanó mucho en el estudio.

Al ingresar en la Universidad, Hugh vivió de algún modo una conmoción espiritual, según él mismo, movido por la belleza de las celebraciones litúrgicas y por la profunda emoción que sintió al leer el libro *John Inglesant: a romance*, que curiosamente también llegó a influir a otros que más tarde se convertirían. En él intuyó que la religión no podía estar basada solamente en una expresión formal y ritualista, externa, como la vivida en Eton, sino que debía constituirse sobre un trato personal con Nuestro Señor, anhelante siempre de mayor unidad con Él.

Movido por la impresión tras la muerte de una hermana y por lo que él llamaba «movimientos espasmódicos de amor a Dios a lo John Inglesant», decidió hacerse sacerdote. A lo largo de año y medio, el deán de Llandaff lo preparó para la ordenación diaconal influyéndole interiormente por su profunda fe y un intensísimo amor a Nuestro Señor. Sin embargo, el retiro previo a su ordenación diaconal fue una angustiada agonía mental en la cual llegó a perder todo sentido religioso. La ordenación —oficiada por su padre— le dio una cierta tranquilidad... Empezó entonces a asumir las ideas de la High Church.

El padre Maturin —que al cabo de unos años se «pasaría a Roma»— le mostró la doctrina cris-

tiana como un todo armónico, en la que los sacramentos procedían inevitablemente de la Encarnación y que cuerpo y alma se hallan a merced de Dios; y le habló muy especialmente de la Confesión y su lugar en la economía divina, a lo que Benson se resistía tenazmente. «La semilla estaba echada, aunque yo no lo supe hasta un año después», decía.

Hugh fue ordenado al poco tiempo por su padre... después de hacer su primera confesión general ante un sacerdote anglicano, tras la cual sintió una felicidad como de éxtasis.

Los acontecimientos se precipitaron en su vida repentinamente: su padre murió y Hugh ofició el responso en la abadía de Westminster. Enfermó a los pocos meses y para recuperarse acompañó a su madre y su hermana en un viaje por Egipto y Tierra Santa.

De vuelta a sus labores pastorales, para combatir sus inquietudes espirituales se tornó despectivamente antirromano. Era sin más una huida de sí mismo. Sin embargo, sin él pretenderlo, al acercarse a asociaciones ritualistas, se inmiscuyó completamente con las corrientes más «católicas» de la High Church, hasta el punto que usaba el Misal Romano e incluso convivió con unas monjas anglicanas que organizaban la fiesta del Corpus Christi y celebraban las fiestas de la Virgen María. Benson se debatía entonces entre el rechazo «antirromano» y su entendimiento de que «la fe debía ir unida a sus manifestaciones». En este estado, sin sentir especial afición por labores pastorales, entendió que, en aspiración de unirse cada vez más al Señor, debía vivir retirado, dedicado a la oración, el trabajo y el estudio y decidió entrar en el convento de la Community of the Resurrection en Mirfield.

Los cuatro años que pasó en Mirfield proporcionaron a Benson algunos de los recuerdos más deliciosos y felices que conservó a lo largo de toda su vida, por cuya comunidad sintió siempre admiración y gratitud por la profunda caridad cristiana que allí reinaba.



Poco antes de profesar en la orden, el superior le preguntó si tenía intención de hacerse católico: su sincera respuesta —«hasta donde puedo ver, no»— pareció entonces sorprenderle a él mismo por cuanto a esas alturas había ya aceptado prácticamente todos los dogmas católicos, «salvo la infalibilidad pontificia». Según él mismo, «por aquel entonces, rezaba el rosario con regularidad, invocaba a los santos, creía que la palabra *transubstanciación* expresaba mejor que cualquier otra la realidad de la presencia de Nuestro Señor en la Eucaristía; mantenía que la Penitencia era el medio normal de perdonar los pecados mortales cometidos después del bautismo y empleaba libremente la palabra *misa*».

Ya profeso, se lanzó apasionadamente al estudio a través de toda la literatura polémica que encontró a su alcance sobre la Iglesia, de católicos y anglicanos, hasta que por fin dio con el libro del beato cardenal Newman *Development of christian doctrine*, «que disipó las últimas brumas como por arte de magia, dejando ante mi vista la Ciudad de Dios en todo su esplendor y en la plenitud de su fuerza». Comprendió además que «si la Iglesia de Cristo constituía el camino de Dios para la salvación, descubrirlo no podía ser una cuestión de sagacidad o erudición». Con convicción dijo de sí: «Ahora sabía que la sencillez y la humildad eran mucho más importantes que los conocimientos patristicos. Por lo tanto, empecé a aspirar a ellas y a refugiarme en Dios. Repetí, día tras día, los actos de humildad de los Ejercicios espirituales de san Ignacio.»

De esas fechas datan los siguientes versos:
«Señor Creador Encarnado, déjame apoyar/
mi pesada carga en ti; // [...] ¡Oh Sagrado Corazón de Jesús, Llama divina/
que arde de deseo!/
mi esperanza está puesta en tu amor, / profundo abismo de Fuego. // No puedo vivir solo ni una hora más; / ¡Jesús, sé tú mi vida!/
No tengo fuerzas para luchar; ¡sé tú mi Fuerza/
en toda contienda! No puedo hacer nada: ni esperar, ni querer, ni temer, / tan solo tropezar y caer. / ¡Sé tú mi alma, sé yo mismo, amado Jesús, / mi Dios y mi Todo!».

Antes del alba, en la mañana del 11 de septiembre de 1903, en la capilla del convento de los dominicos de Woodchester, ante el prior de la comunidad, Robert Hugh Benson se confesaba, hacía los actos de fe, esperanza y contrición y recibía la absolución. Era el final de un largo camino por el que Dios había guiado a Benson del anglicanismo a la Iglesia católica, la Madre Iglesia a la que él tanto amó. Al día siguiente recibía la Sagrada Comunión. Nueve meses más tarde era ordenado sacerdote en Roma. Tenía entonces 32 años.

A partir de su conversión, el Benson angustiado, inquieto, agitado o incluso indignado dio paso al Benson apóstol, apasionado, incansable, agitador si cabe; al Benson fulgurante que murió agotado de su propia abrumadora intensidad apenas once años después de su «entrada en la Ciudad de Dios», dejando tras de sí casi cuarenta libros, sermones, poesías, tres viajes a Roma, dos a los Estados Unidos, miles de millas por Inglaterra, una casa «religiosa» construida casi por sus manos, cientos de conferencias (en su último viaje a los Estados Unidos dio sesenta conferencias en cincuenta días), charlas, retiros, prédicas ¡y hasta una crónica de fútbol! Fue un autor prolífico traducido a decenas de lenguas —principalmente su novela *El amo del mundo*— e, incluso más, un orador excepcional y reconocidísimo en el mundo anglosajón.

Hugh entendió que su sometimiento a Roma era un deber, y aun por encima de sus propias opiniones o afecciones tenía que ir hacia ella «como un niño y un aprendiz, y no como un crítico o un maestro». Si durante tiempo había detestado la ambigüedad doctrinal del anglicanismo, se lanzaba ahora confiado como un niño en los brazos de su Madre la Iglesia, porque, según su hermano, anglicano, «Hugh realizó el gran cambio en su vida y, como católico, encontró sus sueños realizados y sus esperanzas colmadas. Encontró, de hecho, la vida que se mueve y respira dentro de cada credo fiel (“faithful creed”), el poder que supera la debilidad y reprime la distracción, la razón por el gozo en el sacrificio y la felicidad en la obediencia. [...] Él halló alivio tras la decisión y descanso tras el conflicto».



AÑO DE LA FE 2012
2013

Los mártires, testigos de la fe

Santa Eulalia de Barcelona MARÍA DEL MAR VIVES

La cripta de la catedral de Barcelona, justo debajo del altar mayor, guarda el sepulcro con los despojos de santa Eulalia, patrona de la ciudad. Los restos fueron trasladados en procesión solemne desde la actual basílica de Santa María del Mar (donde los halló milagrosamente el obispo Frodoí en el año 877) a la catedral, y a su vez a la cripta cuando ésta se inauguró, en 1339. La existencia de esta cripta es excepcional, pues es un elemento más propio de la arquitectura románica, y atípico en la estructura de una catedral gótica, que permanece allí, como a modo de corazón de la catedral.

Justo en el centro, detrás de un altar y coincidiendo con la enorme clave de bóveda central que sostiene las arcadas de dicha cripta, se haya el magnífico sepulcro, sostenido por seis majestuosas columnas, de estilo gótico italianizante y esculpido por el maestro pisano Lupo di Francesco, que nos va contando en preciosos relieves de alabastro las valientes hazañas que santa Eulalia realizó por Cristo y que a continuación nos proponemos comentar.

Cabe decir que nos encontramos ante una problemática de historicidad actualmente no resuelta, y es que se confunden las dos santas homónimas, esto es, santa Eulalia de Barcelona y santa Eulalia de Mérida, pues, mientras su hagiografía resulta muy coincidente, y por eso hay quien dice que se trata de una misma y única santa alegando que la santa Eulalia que veneramos en Barcelona es una extensión de la de Mérida, en los primeros martirologios hispanos aparecían siempre como dos santas distintas. Es por eso, y por diversos motivos en los que ahora no ahondaremos, que otros defienden la individualidad de las dos santas.¹

Sea como fuere, lo que realmente nos importa es el ejemplo que nos dio con su vida santa

Eulalia, que quiere decir «la bien hablada», haciendo así honor a su vida y a su heroica muerte, nos adentraremos a comentarla.

Santa Eulalia nació en los entornos de la ciudad de Barcelona, probablemente en los últimos años del siglo tercero. Se dice que en la localidad de Sarriá, donde sus padres tenían una casa de campo. Provenía de una familia noble, y recibió una educación cristiana. En su casa se respiraba alegría y cariño. Ya desde pequeña, Eulalia destacaba en virtudes y, sobre todo, por un gran amor a Dios. Es por eso que cada día se recogía en su habitación con un grupo de amigas para rezar y cantar cantos a Dios.

Cuando Eulalia alcanzó los 12 o 13 años, de nuevo la persecución contra los cristianos se encendió por todo el Imperio romano, amenazando a cualquier persona que no quisiera sacrificar a los ídolos de pasar por crueles tormentos. Los emperadores Diocleciano y Maximiano habían oído hablar de la maravillosa propagación de la fe cristiana en España, y por este motivo enviaron a Daciano, el más cruel y feroz de sus jueces, para que acabara para siempre con aquella «superstición».

Al llegar la noticia a oídos de santa Eulalia, ella se alegró y agradecía a Dios que por fin le mandara aquello que tanto anhelaba, e iba meditando esta idea en su interior, hasta que un día, cuando aún todos dormían, decidió abandonar su casa y emprender el camino hasta la ciudad para presentarse delante del juez.

Al encontrarse con Daciano, se encaró a él en alta voz recriminándole las represiones y tormentos por los que hacía pasar a los cristianos. Daciano, indignado por la intrepidez de la jovencita, le censuró el hablar así a un juez e ir en contra de sus disposiciones. Pero ella se mantuvo más firme todavía, y alzando la voz le dijo que tenía puesta toda su confianza en Dios, y por eso no había dudado ni un segundo de ir hasta allí, y le advirtió, también, de las penas eternas. A lo que Daciano se sintió ofendido y

1. Véase A. Fàbrega i Grau *Santa Eulalia de Barcelona. Revisión de un problema histórico*. Madrid, Instituto Español de Estudios Eclesiásticos, 1958.



Relieves del sepulcro de santa Eulalia (cripta de la catedral de Barcelona)

mandó azotar a santa Eulalia sin ninguna compasión. Mientras la torturaban se reía de ella diciéndole que no veía que su Dios viniera a salvarla, y le insistía que si decía que todo lo que había dicho era por ignorancia la perdonaría, a lo que ella respondió que nunca haría cosa semejante, pues era muy consciente de la temporalidad del poder humano, comparado con el poder infinito de Jesucristo: por eso nunca mentiría. Le decía también que cuanto más la castigaba, más ennoblecida se sentía, pues el Señor la protegía y las heridas no le dolían.

Daciano no podía estar más furioso al oír sus palabras, y mandó traer un potro para estirarla y ser torturada con ganchos mientras otros verdugos le arrancaban las uñas. Ella iba alabando a Dios con la sonrisa en los labios y pidiéndole que perdonara sus faltas y la confortara para que pudiera sufrir por su causa todos esos tormentos, y así, de esta manera, confundir y avergonzar al demonio y a los suyos. Daciano le insistía en que apostatará si quería seguir viviendo y le insistía en que no veía que su Dios le ayudara. Ella gritaba cada vez más fuerte que no lo haría jamás, y que aunque él no lo viera, Dios estaba allí, a su lado, confortándola y alentándola, por eso no temía a sus tormentos.

Desesperado el juez delante de este caso insólito de rebelión, mandó que le aplicaran antorchas encendidas sobre sus pechos virginales para que muriera en medio de las llamas. Ella se alegró de poder dar la vida por Dios y encontrarse pronto con Él, y lo alababa por esto. De repente, las llamas se volvieron hacia los soldados, y luego se apagaron de golpe. Estos, al verlo, se estremecieron y cayeron al suelo de rodillas mientras Eulalia entregaba su vida al Señor volando su espíritu hacia el cielo a través una blanca paloma que salió de su boca. Al ver tales maravillas la gente quedó asombrada y admirada, especialmente los cristianos, que se gozaban de tener una conciudadana en el cielo.

Daciano, furioso por ver que no había conseguido nada, dio la orden de colgar a santa Eulalia en una cruz en forma de aspa (que actualmente es su atributo, junto con la palma del martirio)

para que las aves se comieran sus huesos, pero de forma asombrosa cayó una gran nevada que cubrió el cuerpo virginal de la santa. Todo el mundo quedó maravillado de tales prodigios. Al tercer día, descolgaron su cuerpo de la cruz sin que se enteraran los guardianes que lo vigilaban, para darle cristiana sepultura. Entre estas personas que embalsamaron su cuerpo dicen que se encontraba Félix, y que la santa le sonrió. Él también sufrió con ella por confesar a Cristo, pero tenía reservada la palma del martirio para más tarde. La gente alababa al Señor por tales grandezas. Junto con santa Eulalia, fruto de esta persecución, una de las más crueles, nacieron muchos otros mártires para Dios y para la Iglesia.

Pronto se extendió su culto y es venerada no en Barcelona en muchas otras regiones de Cataluña, y también de España. Después de una etapa un poco oscura, en el siglo VII resurgió vivamente su culto gracias a san Isidoro de Sevilla y, sobre todo, al esfuerzo de uno de los más ilustres obispos de la Barcelona medieval, san Quirze (656-666?). Su festividad se celebra el 12 de febrero, y es venerada tanto en la Iglesia católica romana como en la ortodoxa.

Santa Eulalia de Barcelona es un ejemplo para todos nosotros. Su reacción fue una muestra de un gran amor a Cristo y a los hermanos. También es admirable su valentía, llegando a encararse con Daciano aun sabiendo su destino; su generosidad, porque no malgastó su vida huyendo; su justicia, reivindicando y defendiendo la vida y la libertad de todos; su perseverancia, sin hacerse atrás en ningún momento en todos sus tormentos; su esperanza, pues no dudó en ningún momento en que la victoria siempre acabaría siendo de Cristo; su fe y su adhesión total e incondicional a seguir a Cristo por encima de todas las cosas, incluso de su propia vida. En definitiva, santa Eulalia, con su martirio, es un testimonio y un ejemplo para todos nosotros. Quizás nosotros no tengamos que sufrir el martirio de sangre, pero hoy en día también hace falta la alegre valentía que tuvo ella para dar testimonio de nuestra fe cristiana.



AÑO DE LA FE 2012 2013

Doctores de la fe

San Atanasio el Grande

XAVIER PREVOSTI VIVES

Nacido en Alejandría, hacia 295, san Atanasio tuvo durante su juventud una relación muy estrecha con el patriarca de los anacoretas egipcios, san Antonio Abad. Allí forjó esa grandeza de ánimo en la defensa de la fe y una mansedumbre admirable en el posterior esfuerzo de reconciliación con aquellos que le habían combatido pero compartían, en el fondo, una misma fe.

El concilio de Nicea, en el año 325, marca el inicio de la lucha por la verdadera fe en Jesucristo que san Atanasio tuvo que librar durante más de cincuenta años. Atanasio participó en el concilio como secretario de Alejandro, patriarca de Alejandría. Su condición de diácono no impidió que junto a Osio de Córdoba lograra la aprobación de la fórmula del *homoousion* (consustancial), hoy en día conocido como el Credo niceno-constantinopolitano.

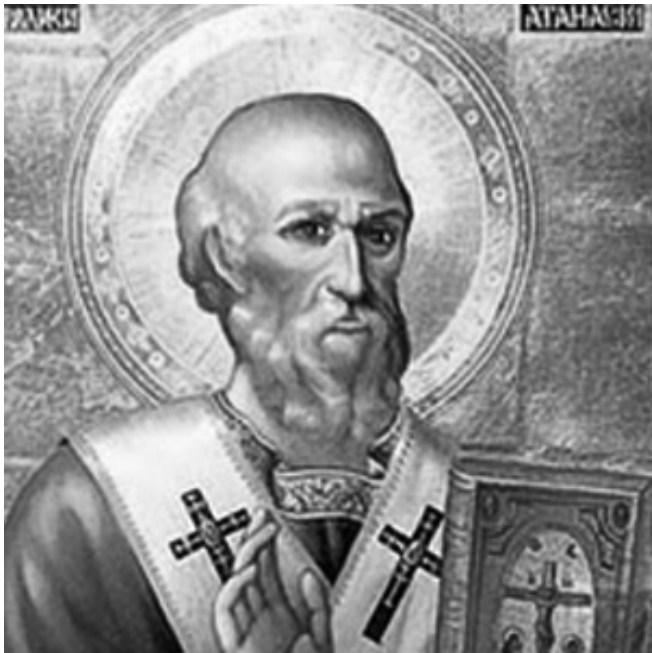
Unos años antes había surgido en Oriente la herejía arriana. Arrio, influenciado por el neoplatonismo de Luciano de Antioquía, fue el máximo exponente de esta herejía, en la que confluían la negación de la divinidad de Jesucristo del ebionismo judaizante y el subordinacionismo de Orígenes. Según el arrianismo, el Logos es una criatura que, pudiendo ser defectible, obedeció al Padre y así conquistó el ser constituido en Demiurgo, el Cristo. Mereció por sí mismo ser el Mediador. Esta «idea aberrante», forjada en los ambientes ebionitas en contacto con el helenismo neoplatónico, alarmó al patriarca Alejandro, que depuso a Arrio de sus funciones. Atanasio, diácono, viendo amenazada la fe en la divinidad de Jesucristo, comienza sus polémicas contra Arrio: «Dios se ha hecho hombre para que el hombre sea divinizado». Si Jesús, el Hombre-Dios, no es de la misma sustancia que Dios tampoco podría divinizar al hombre. El núcleo de la fe cristiana quedaría desfigurado y se perdería el sentido verdadero de la Encarnación redentora. Arrio reacciona refugiándose en el norte de Siria y moviliza el ambiente antioqueno contra Atanasio y su obispo Alejandro.

Sin embargo, la polémica local llega hasta el emperador Constantino, que se encuentra con todas las grandes capitales de Oriente encendidas en la polémica arriana. Para poner paz y alcanzar la unidad doctrinal decide convocar el que será recordado como «el grande y santo sínodo de la Iglesia católica», el de los «318 Padres reunidos en Nicea». Bajo la supervisión del emperador, participaron en el concilio el obispo Osio de Córdoba, dos legados del papa san Silvestre, el patriarca Alejandro con su diácono san Atanasio, Arrio, Eusebio de Cesarea, Eusebio de Nicomedia y otros muchos obispos, principalmente orientales.

La fórmula aprobada definitivamente, que constituye la casi totalidad del actual Credo, tuvo que abrirse paso no sólo entre las fórmulas netamente arrianas, sino entre aquellas que, con Eusebio de Cesarea a la cabeza, evitaban la afirmación de la consustancialidad del Verbo con el Padre. Bajo el pretexto de no introducir términos filosóficos sin fundamento bíblico, no confesaban la identidad de esencia del Padre y del Hijo y se enfrentaban al *homoousios* de la fórmula de Osio y san Atanasio. Esta actitud posibilista y calculadora marcó toda la historia del semiarrianismo en Oriente. Pero en Nicea triunfó la verdadera fe y Arrio tuvo que marchar al destierro con algunos pocos obispos más.

A los pocos años del Concilio el partido arriano, liderado por Eusebio de Cesarea, inició una campaña de influencia en la corte imperial por medio de Constancia, hermana del emperador, hasta lograr el retorno del exilio de Arrio y Eusebio de Nicomedia. Unos años antes, el 328, Alejandro —obispo de Alejandría— había fallecido y su diácono y secretario san Atanasio le sucedía en el patriarcado, sede que ocuparía durante cuarenta y cinco años, de los cuales veinte estuvo desterrado por su fidelidad a Nicea.

A partir de entonces las acusaciones contra Atanasio por parte del partido arriano, numerosos obispos simpatizantes de Arrio, en su ma-



yoría del patriarcado de Antioquía, aumentaron hasta reunirse en un sínodo el 335 en Tiro (Fenicia) para deponer a Atanasio. Allí le condenaron como perturbador de la fe, porque rompía la paz del Imperio por «cuestiones de palabras», y rehabilitaron a Arrio, anulando así la sentencia de Nicea. Atanasio quedó excomulgado y fue desterrado por el emperador a Tréveris, por perturbar la fe y la unidad del imperio.

Con la muerte del emperador en 337 Atanasio pudo volver del destierro. Sin embargo, el reinado de Constancio (337-361) supuso una mayor persecución contra la ortodoxia nicena. Después el obispo «atanasiano» de Constantinopla, fue consagrado en su lugar Eusebio de Nicomedia, ferviente arriano. Sin embargo, a pesar de las influencias de los obispos cortesanos en quienes el emperador Constancio tenía sus consejeros y colaboradores, la política de su homónimo occidental, Constante y la enérgica actitud del pontífice Julio I condicionaron la política del emperador oriental en favor de un acercamiento progresivo hacia los «nicenos». El propio emperador de Oriente llegó a autorizar el retorno a Alejandría de san Atanasio a los siete años de destierro. Desde entonces (346) Atanasio gozó de diez fecundos años de relativa paz en el pontificado alejandrino.

La aparente situación de paz y progresiva reconciliación de centenares de obispos semiarrianos iba a cambiar radicalmente a la muerte de Constante en 350 y la derrota de Magnencio en 353 al unificarse de nuevo el Imperio bajo el poder de Constancio. El arrianismo atacó de nuevo con más fuerza y alcanzó su triunfo máximo. Pero el predominio que parecía gozar pronto se truncó en divisiones y el mismo triunfo político supuso su propio crepúsculo doctrinal. Como nota Canals, «mientras luchaban

contra Atanasio mantenían la unidad, pero, al ver que con Constancio triunfaba el arrianismo, los que profesaban las terminologías de Orígenes y no les gustaba la de Atanasio, porque habían seguido esta táctica que estaba de moda pero tenían fe en Cristo como Hijo de Dios, volvieron a acercarse a la fe. Y entonces se separaron los arrianos».¹ Estando Atanasio de nuevo en el exilio, en esta ocasión en el desierto egipcio con san Pacomio y san Antonio Abad, se multiplicaron las fórmulas de fe que representaban las diversas facciones del arrianismo, alguna claramente heréticas, otras rectamente interpretables, pero todas concordantes en no aceptar el *homoousion* niceno.

El fin del reinado de Constancio modificó la situación. Liberados de las presiones imperiales, muchos obispos políticamente semiarrianos volvieron a la unidad de la fe y la labor admirable de reconciliación y de transigencia de san Atanasio en Oriente y san Hilario en Occidente posibilitó la progresiva restauración de la fe de Nicea. En el año 362 san Atanasio reunió un concilio, conocido como el «concilio de los Confesores» donde «ateniéndose a las cosas y dejando a cada uno en posesión de las palabras» ejerció la magnanimidad propia de un doctor de la Iglesia.

Durante el reinado de Juliano el Apóstata (361-363), y el posterior de Valente (364-378), que reanudó violentamente la política arriana, sufrió Atanasio un cuarto y un quinto exilios. Su muerte, acaecida en el 373, tuvo lugar a la vuelta de su último exilio, en su sede patriarcal de Alejandría. Allí, el «Padre de la fe ortodoxa de Cristo» entregó su alma a Dios. A su muerte, como reconoce Focio (820-897), le sucederían en la defensa de la fe cual riachuelos que brotan del manantial caudaloso de Atanasio de Alejandría los grandes doctores griegos, san Basilio de Cesarea, llamado el Grande, y san Gregorio Nacianceno, llamado el Teólogo.²

«El carácter de san Atanasio, dice Bossuet, es el de ser grande en todo. Su grandeza consiste y radica toda ella en su carácter de testigo y doctor de la fe; más que a la elaboración sistemática de la “teología”, su esfuerzo, en constante polémica con la herejía, se dirigió a la defensa de la pureza y de la autenticidad del misterio revelado».³ «Cuando nos surjan dificultades en la fe, en los estudios teológicos, es muy recomendable encomendarse a san Atanasio, ser sus devotos, encariñarse con él».⁴

1. Francisco Canals Vidal, *Los siete primeros concilios*, Editorial Scire, Barcelona 2003, p. 52.

2. Cf. *Ibidem*, p. 42.

3. Francisco Canals Vidal, «La lucha por la ortodoxia», *Cristiandad* 346 (diciembre de 1959), p. 474.

4. Francisco Canals Vidal, *Los siete primeros concilios*, p. 42.

El martirio de san Juan Bautista

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

«... las noticias de Jesús llegaron hasta el rey Herodes, pues su nombre se había hecho famoso. Decían las gentes: Juan el bautista ha resucitado de entre los muertos, y por ello se realizan en él tales maravillas. Otros, en cambio, decían: Es Elías. Y otros: Es un profeta como los otros profetas. Pero Herodes, habiendo oído esto, dijo: Es Juan mismo, a quien yo hice decapitar, que ha resucitado ...» [Mc 6, 14-16 (Mt 14, 1-2; Lc 9, 7-9)]

Este fragmento de los Evangelios Concordados se suele situar después de la primera Misión de los Apóstoles, cuando Jesús les invita a descansar con El en un lugar retirado, probablemente de la orilla oriental del norte de la lago. Allí debieron recibir la noticia de la muerte del Bautista, ordenada por Herodes Antipas. No es la primera vez que, en estos comentarios a la vida de Cristo, aparece el episodio del martirio de Juan Bautista y la trascendencia que tuvo la dinastía herodiana en estos hechos. Recordemos primero el texto concordado de san Marcos con el de san Mateo, tal como solemos:

«... El mismo Herodes había hecho prender a Juan y le había encadenado en la prisión, por cau-

sa de Herodías, la esposa de Filipo, su hermano, con la cual se había casado, porque Juan decía a Herodes: No te es lícito tener a la mujer de tu hermano. Por lo cual Herodías le guardaba rencor y deseaba matarlo, aunque no podía, pues Herodes sentía respeto hacia Juan, ya que lo consideraba hombre santo y justo, [(Mt 14) él hubiera querido matarle, pero tuvo miedo del pueblo que le tenía por profeta], y procuraba protegerlo. Y cuando le oía, se llenaba de perplejidad, aunque lo escuchaba de buen grado]»

«... Habiendo llegado un día propicio, cuando Herodes, con ocasión de su cumpleaños, dio un convite a sus magnates, a los tribunos y a los principales de Galilea, Entró la hija de la tal Herodías y con su danza agradó a Herodes y a sus comensales. Y dijo entonces el rey a la joven: Pídeme lo que quieras y yo te lo daré. Y le juró: Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino. Ella, saliendo de allí, le dijo a su madre: ¿Que pediré? Esta le contestó: La cabeza de Juan el Bautista. Y volviendo con toda prisa hasta el rey, le expresó su petición: Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista. Se entristeció el



rey, pero no quiso negarle lo que pedía, a causa del juramento y de la presencia de los invitados. Enviando luego el rey un verdugo, le mandó traer la cabeza de Juan. Fue el verdugo y le decapitó en la cárcel, y trajo su cabeza en una bandeja y la dio a la muchacha, que a su vez la entregó a su madre ...

... Y habiéndose enterado los discípulos de Juan, vinieron y tomaron su cadáver, colocándolo en un sepulcro, [(Mt 14) después fueron a anunciárselo a Jesús] ...» (Mc 6, 17-29; Mt 14, 3-12)

El hecho descrito sucedió en la fortaleza de Maqueronte, en la orilla oriental del mar Muerto, y en territorio de la Perea, dentro de los dominios de Herodes Antipas. Como sabemos, Antipas no tenía jurisdicción en Judea, y por tanto no «mandaba» en Jerusalén. Lo que sucedió en la Pasión de nuestro Señor es que Herodes estaba en Jerusalén por ser la Pascua. Esta fortaleza servía de palacio a Herodes, cuando se encontraba en la zona, alejada de Galilea. Su construcción se debió, como tantas otras fortalezas, a su padre Herodes el Grande. Como sabemos, Juan solía bautizar en el Jordán, especialmente en el vado de Jericó y predicaba por la orilla izquierda, dentro del territorio de Herodes. También había bautizado más al norte, en Salim, en otro vado cerca de la frontera de Samaria con Galilea, perteneciente al mismo territorio. Herodes hizo prender a Juan, en sus propios dominios.

San Juan reprochaba a Herodes su adulterio con la mujer de su hermano. Es curioso observar, no obstante, que la animadversión la recibía el Precursor, principalmente de Herodías, la mujer. Herodes, al parecer, a pesar de haber apresado a san Juan, no quería su muerte. Dice san Marcos que le tenía por justo, aunque san Mateo atribuye más bien el respeto, a miedo por la gente que lo tenía por profeta. En todo caso, Herodes degüella al Bautista por instigación de Herodías. En el cuadro genealógico de la Casa de Herodes, se aprecian las circunstancias del parentesco.

Flavio Josefo añade algunos detalles a la narra-

ción, entre ellos el nombre de la hija de Herodías: «en un viaje a Roma había conocido Herodes a la mujer de su hermano, Herodías, y tanto le gustó que le ofreció su mano. Herodías la aceptó, aportando al matrimonio una hija suya llamada Salomé». El evangelio habla solamente de la hija de Herodías, pero no da su nombre. Lo que queda claro, según Flavio Josefo, es que la llamada Salomé no era hija de Herodes Antipas, sino de su hermano Filipo.

Ahora bien, lo que desde luego conviene separar de la verdad histórica, es la leyenda literaria de Oscar Wilde que llevada a la opera e incluso al cine, ha creado un personaje que tergiversa la verdadera personalidad de san Juan Bautista y añade morbosidad a los hechos. La verdadera escena que narra el evangelio se refiere a una celebración en Maqueronte. San Juan estaba sin duda encarcelado allí porque, como hemos dicho, este territorio era el espacio habitual de san Juan para predicar y bautizar; por esto la ejecución es tan inmediata. Se supone que la princesa Salomé era muy joven, casi una niña, y no hay ninguna razón para creer que la danza de que se habla fuera nada obsceno, sino más bien un acto de celebración. La verdadera maldad del hecho residirá, por tanto, en la actitud de Herodías.

Los discípulos de Juan recogieron el cadáver y lo enterraron. Esta tumba se venera en Sebaste (la antigua Samaria) pero la cabeza cambió de lugar varias veces. En la actualidad, un trozo del cráneo del Bautista se conserva en la catedral francesa de Amiens, traída desde Constantinopla por los Cruzados.

A Jesús debió de dolerle profundamente el martirio de Juan. Si lloró ante la muerte de Lázaro, al que iba a resucitar, y frente a la Jerusalén cuya destrucción acababa de profetizar; ¿cómo no iba a conmoverse ante la muerte de su primo, hijo de Zacarías e Isabel, cuya plenitud de gracia la recibió del mismo Jesús estando ambos en el seno de sus madres? En todo caso, con toda probabilidad debió de compartir su tristeza con los apóstoles con los que se encontraba retirado al recibir la noticia.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Noviembre

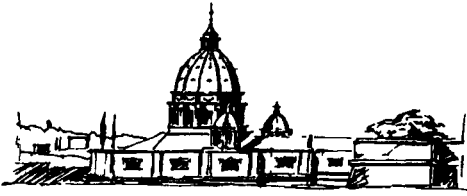
General: Para que los obispos, sacerdotes y todos los ministros del Evangelio den valiente testimonio de fidelidad al Señor crucificado y resucitado.

Misionera: Para que la Iglesia peregrina en la tierra resplandezca como luz de las naciones.

Diciembre

General: Para que los emigrantes sean acogidos en todo el mundo con generosidad y amor auténtico, especialmente por las comunidades cristianas.

Misionera: Para que Cristo se revele a toda la humanidad con la luz que emana de Belén y se refleja en el rostro de la Iglesia.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

I Congreso Nacional de Pastoral Juvenil

VALENCIA ha sido la sede del primer Congreso Nacional de Pastoral Juvenil de la historia de España, organizado por la Conferencia Episcopal Española entre el 1 y el 4 de noviembre con el lema «También vosotros daréis testimonio» (Jn 15, 27). Su objetivo principal se ha centrado en descubrir nuevos caminos para evangelizar a los jóvenes y que a su vez ellos sean testigos del Evangelio en la cultura de hoy. «A pesar de que Cristo es el único que responde a todas las preguntas del ser humano y al sentido de la vida del joven, la confusión cultural y la hostilidad ambiental hoy es muy grande, por lo que es necesaria una iniciativa de este tipo, han explicado sus organizadores. Partimos de que el mensaje que la Iglesia anuncia responde a todas estas búsquedas y necesidades. Sin embargo, es necesario centrar el perfil del joven en sus búsquedas, esperanzas y luchas cotidianas para conseguir sus objetivos. También hemos de enfocar adecuadamente sus faltas de esperanzas, de afecto familiar, la lucha por conseguir un trabajo, las soledades sufridas, las evasiones, los vacíos hallados en los falsos caminos.»

Conexo con este objetivo, el Congreso ha tratado también sobre la actualización de la pastoral con jóvenes al lenguaje, la sensibilidad, la psicología y la afectividad de los jóvenes españoles del siglo XXI, sobre las maneras de impulsar el entusiasmo misionero en un momento de gran secularización de España, acentuado por la grave crisis moral, social y económica que padecemos, y promover nuevas expresiones evangelizadoras para educar mejor a los jóvenes en la oración, la afectividad, el estudio frente al relativismo, la vida pública, el testimonio de los santos y el ocio, y en los ámbitos de la pastoral universitaria, vocacional, social, escolar, litúrgica y de los medios de comunicación. Finalmente, el Congreso también ha reflexionado sobre la forma de afrontar la nueva pastoral juvenil desde unas bases teológicas fuertes, en la perspectiva de los aniversarios del Concilio Vaticano II y el *Catecismo de la Iglesia católica*.

El Congreso, marcado por la oración, se desarrolló en torno a las ponencias de monseñor Carlos Osoro Sierra, arzobispo de Valencia, («Para mi la vida es Cristo. El primer anuncio.»), de monseñor José Ignacio Munilla Aguirre, obispo de San

Sebastián, («La evangelización de los jóvenes ante la emergencia afectiva») y del cardenal Stanislaw Rylko, presidente del Pontificio Consejo para los Laicos («La pastoral de los jóvenes ante la emergencia educativa hodierna: el magisterio de Benedicto XVI») y fue clausurado con la «Eucaristía final de envío» celebrada en la catedral valenciana ante cerca de tres mil personas, de las que dos mil trescientas eran congresistas.

Las reliquias de san Juan Bosco se despiden de España en Barcelona

TRAS su visita a América y después de seis meses de peregrinación por toda España, la urna con las reliquias de san Juan Bosco se despidió de nuestro país el pasado 11 de noviembre en Martí Codolar, la casa que visitó el santo en 1886, y después de una multitudinaria Eucaristía en el templo barcelonés del Tibidabo presidida por el cardenal Lluís Martínez Sistach. Desde comienzos de mayo, las reliquias del fundador de los salesianos han recorrido toda España, y ahora se dirigen a Francia, donde continuarán su periplo europeo como preparación a la celebración del bicentenario de su nacimiento en 2015, año en que las reliquias habrán visitado todos los centros salesianos esparcidos en 131 países en los cinco continentes, con cerca de 16.000 salesianos y de 12.500 salesianas.

Se puso así punto final a un recorrido por los diferentes centros salesianos en España que comenzó el 1 de mayo en Bilbao y que ha supuesto en todas partes por donde ha pasado un verdadero acontecimiento, mezclando el tono festivo y los momentos de reflexión, la celebración de la Eucaristía, vigiliias con los jóvenes, educadores y miembros de la familia salesiana. Como se señalaba en la revista *Misión joven*, esta peregrinación ha supuesto, también para los salesianos y agentes de pastoral, una ocasión para «reflexionar una vez más sobre los jóvenes y, en particular, sobre la pastoral juvenil», y «proponer, suscitar y acompañar la experiencia de la fe a aquellos jóvenes que se hagan presentes» alrededor de la reliquia de Don Bosco.

A través de los momentos de oración, –los «buenos días» o «buenas noches», de la tradición salesiana–, celebraciones, concursos, conferencias,

actividades culturales y festivas, se ha invitado, a quienes se acercaban a venerar la reliquia, a fijarse en Don Bosco como modelo de vida cristiana, modelo de educador, hombre de fe que puede ser modelo en el seguimiento de Jesucristo. Han sido días de alegría alrededor de un santo que propone la santidad a todos, especialmente a los jóvenes, como algo sencillo que se puede conseguir en la vida de cada día.

Nuevos modelos e intercesores para la Nueva Evangelización

EL pasado Domingo Mundial de las Misiones y durante el Sínodo para la Nueva Evangelización celebrado en Roma, el papa Benedicto XVI canonizó a siete nuevos santos –Pedro Calungsod (1654-1672), Kateri Tekakwitha (1656-1680), Jacques Berthieu (1838-1896), Maria Anna Cope (1838-1918), Giovanni Battista Piamarta (1841-1913), María del Carmen Sallés (1848-1911) y Anna Schäffer (1882-1925)– originarios de España, Francia, Alemania, Italia, Canadá y Filipinas.

La nueva santa española es la religiosa catalana María del Carmen Sallés, fundadora de la congregación de las Hermanas Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, para la formación de mujeres. Nació en Vic, segunda de diez hijos, muy pronto sintió un amor especial por María Inmaculada, una devoción alimentada por la educación que recibió en el colegio de la Compañía de María, en Manresa. Más tarde, sus padres deseaban que se casara pero ella había decidido consagrarse a Dios. A los 23 años, a pesar de la oposición paterna, entró en las Terciarias Dominicanas de la Anunciación y recibió el nombre de María del Carmen. Hasta 1892 no realiza plenamente su vocación fundando, en Burgos, el Instituto de las Hermanas de la Inmaculada Concepción. Quería que la formación de las niñas y jóvenes surgiera del corazón para llegar también a la inteligencia. Su obra, regida por el lema «Adelante, siempre adelante, Dios proveerá», ha sido bendecida por el Señor con abundantes frutos, contando con sesenta comunidades y miles de alumnas en España, Italia, Brasil, Venezuela, México, República Dominicana, Estados Unidos, Filipinas, Japón, Corea, Guinea Ecuatorial y República Democrática del Congo.

Nueva academia pontificia para la promoción del latín

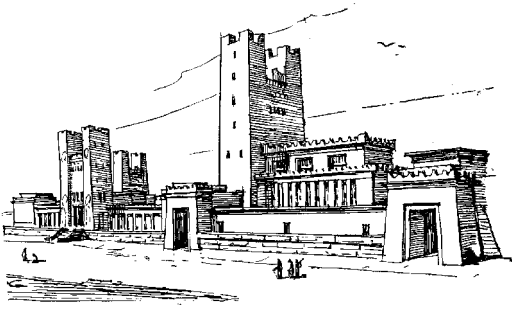
CON el *motu proprio Latina lingua* del 10 de noviembre Benedicto XVI instituyó la Pontificia Academia de Latinidad, dependiente del Pontificio Consejo para la Cultura, y que

substituirá a la fundación Latinitas, constituida por el papa Pablo VI en 1976.

«La lengua latina –escribe el Papa en el *motu proprio*– ha gozado siempre de una alta consideración por parte de la Iglesia católica y de los pontífices romanos, que han promovido con asiduidad su conocimiento y difusión, habiendo hecho de ella su propia lengua, capaz de transmitir universalmente el mensaje del Evangelio, como afirmaba la constitución apostólica *Veterum Sapientia* de mi predecesor, el beato Juan XXIII. En realidad, desde Pentecostés, la Iglesia habló y rezó en todas las lenguas de la humanidad. Sin embargo, las comunidades cristianas de los primeros siglos, usaron ampliamente el griego y el latín, lenguas de comunicación universal en el mundo en que vivían, gracias a las cuales la novedad de la Palabra de Cristo encontraba la herencia de la cultura helenista y romana.

»Después de la desaparición del Imperio romano de Occidente, la Iglesia de Roma, no sólo continuó empleando la lengua latina, sino que se hizo, de alguna forma, custodia y promotora de ella, tanto en el ámbito teológico y litúrgico, como en el de la formación y de la transmisión del saber. También en nuestros días, el conocimiento de la lengua y la cultura latinas resultan muy necesarios para el estudio de las fuentes de las que se sirven, entre otras, numerosas disciplinas eclesásticas, como por ejemplo, la Teología, la Liturgia, la Patrística y el Derecho canónico, como enseña el Concilio Ecuuménico Vaticano. Además, en esa lengua están redactadas, en su forma típica, para evidenciar el carácter universal de la Iglesia, los libros litúrgicos del Rito romano, los documentos más importantes del magisterio pontificio y las actas oficiales más solemnes de los pontífices romanos».

»En la cultura contemporánea se nota, no obstante, en el contexto de una decadencia generalizada de los estudios humanistas, el peligro de un conocimiento cada vez más superficial de la lengua latina, incluso en el ámbito de los estudios filosóficos y teológicos de los futuros sacerdotes. Por otra parte, en nuestro mundo, en que ocupan tanta parte la ciencia y la tecnología, encontramos también un interés renovado por la cultura y la lengua latinas y no sólo en los continentes cuyas raíces culturales ahondan en la herencia grecorromana. Esa atención es muy significativa ya que no atañe solamente a los ambientes académicos e institucionales, sino también a los jóvenes y estudiosos procedentes de naciones y tradiciones muy diversas. Por eso es urgente sostener el empeño por un mejor conocimiento y un uso más competente de la lengua latina, tanto en el ambiente eclesial, como en el mundo más vasto de la cultura».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Barack Obama, reelegido para un segundo mandato

EL pasado 6 de noviembre el demócrata Barack Obama fue elegido para un segundo mandato presidencial en Estados Unidos, derrotando al republicano Mitt Romney. Este resultado merece un breve análisis.

Ambos candidatos pierden votos: Aunque la victoria en miembros del colegio electoral ha sido cómoda para Obama, en términos de voto popular ha sido más ajustada: una diferencia de algo más de tres millones de votos de un total de casi 122 millones emitidos, lo que supone una ventaja en voto popular del 2,85 %, muy lejos del 7,27 % de ventaja que Obama obtuvo respecto de McCain en las elecciones de 2004. No obstante, Obama ha perdido casi siete millones de votos respecto de hace cuatro años, un 10 % de su apoyo electoral, lo que indica un desgaste provocado por la desilusión de muchos ante el desempeño real de Obama en la presidencia (de hecho, Obama es el primer presidente de la historia que vuelve a la Casa Blanca con menos votos que en su primer mandato). Y sin embargo, Romney ha sido incapaz de capitalizar este desgaste, consiguiendo menos votos de los que obtuvo el candidato republicano, McCain, hace cuatro años, en concreto un millón menos. En resumen, aquel candidato demócrata que vendía ilusión y esperanza a raudales ha sufrido la erosión de la realidad, pero el candidato republicano ha sido incapaz de movilizar a un electorado que en 2004 votó a un candidato poco brillante y entrado en años y a un partido que estaba en sus horas más bajas, asediado por el colapso financiero, la impopularidad de la guerra de Iraq y la ilusión para muchos de elegir al primer presidente negro de la historia de los Estados Unidos. Eso sí, un análisis más detallado de los estados disputados que han resultado clave para inclinar la balanza del lado de Obama indica que con 407.000 votos adicionales, bien repartidos entre esos estados (Florida, Ohio, Virginia y Colorado), Romney se hubiera llevado la victoria.

Apoyo blanco a Romney: Una gran parte de los análisis de los resultados se ha centrado en los gru-

pos raciales o religiosos que han apoyado a cada candidato. Si nos detenemos en el origen étnico, casi el 90% de los votos de Romney provienen de la población blanca, un grupo que por otro lado ha visto reducido su peso en el total del electorado desde un 74 % en 2008 a un 72 % ahora. El 10 % de apoyo proveniente de otras etnias del total republicano contrasta con el 40 % del total demócrata, en una confirmación de que el candidato republicano no ha conseguido el suficiente apoyo de la población estadounidense que no es blanca.

Apoyo hispano a Obama: Si nos detenemos en la población hispana, vemos que su peso crece elección tras elección, hasta llegar al 11% del electorado actual. Los hispanos se han decantado en esta ocasión de manera clara hacia Obama, al que han votado un 71%, por un 27% que se han decantado por Romney. Esto supone un crecimiento entre el voto hispano para Obama, que consiguió un 67% de apoyo hace cuatro años, y deja el apoyo hispano al candidato republicano muy lejos del 40 % que obtuvo George W. Bush e incluso del 31 % de McCain. Este apoyo hispano ha sido de especial importancia, pues algunos de los estados clave para decidir las elecciones tienen un importante porcentaje de población hispana (18 % en Nevada, 17 % en Florida y 14% en Colorado). En concreto, Florida ha visto como la creciente población portorriqueña, favorable a Obama, era capaz de contrarrestar el tradicional apoyo cubano al Partido Republicano.

Mucho se ha escrito acerca de las causas de los malos resultados de los republicanos entre la población hispana, con especial énfasis en la cuestión de los inmigrantes ilegales. Pero los asiáticos, un grupo étnico con mejor nivel educativo y económico que los hispanos, y en el que esa cuestión tiene escasa incidencia, también se han decantado por Obama masivamente. El problema de los inmigrantes hispanos ilegales ha tenido un efecto indudable (el 65 % de los estadounidenses es contrario a la deportación defendida por muchos republicanos), pero el problema va más allá y refleja la dificultad de la América blanca para aceptar plenamente a inmigrantes de otras etnias, conectar con ellos y convencerles de la bondad de sus propuestas.

A quién han votado los católicos: Si nos detenemos en la procedencia religiosa del voto a ambos candidatos no ha habido grandes cambios desde 2008: los protestantes evangélicos blancos han apoyado masivamente a Romney, un 80 %, a pesar de su condición de mormón (tanto como el apoyo recibido por el evangélico George W. Bush y más que el cosechado por McCain), mientras que Obama ha recibido el apoyo mayoritario de los judíos (68 %), las comunidades protestantes negras (95 %) y los musulmanes (74 %). El apoyo católico a Obama se ha reducido, de un 54% en 2008 a un 50% en 2012, mientras que el 48% de los católicos apoyaban a Romney. Este resultado reflejaría, aunque no con toda la intensidad deseable, una reacción ante los ataques de Obama a la Iglesia católica, en especial el mandato que obliga a las instituciones dependientes de la Iglesia a contratar seguros médicos para su personal que incluyan anticoncepción, esterilización y medicamentos abortivos. Resulta interesante, no obstante, diferenciar entre católicos hispanos y no hispanos. Entre los católicos no hispanos Obama ha perdido 7 puntos, consiguiendo sólo el apoyo del 40 %, mientras que entre los católicos hispanos el apoyo a Obama no sólo no se reduce, sino que crece desde 2008, de un 72 % a un 75 %. Se puede, pues, afirmar que la fe de los católicos hispanos no tiene impacto electoral, a pesar de los numerosos llamamientos en este sentido de los obispos estadounidenses, y que pesa más su origen étnico que su fe a la hora de ir a las urnas. Una tendencia preocupante si consideramos que el 70 % del crecimiento de la población católica estadounidense es hispano.

El voto judío: En cuanto a los judíos, un grupo que tradicionalmente da su voto a los demócratas, en esta ocasión había interés por ver cómo iba a afectar en su comportamiento electoral el hecho de que Obama ha sido uno de los presidentes menos favorables a Israel de la historia norteamericana. Y en efecto, de un apoyo del 78 % de los judíos en 2008, ha pasado al 68 %, una considerable pérdida de diez puntos... pero que no cambia la tendencia general de apoyo judío al candidato demócrata. La cuestión de Israel es importante, pero para la mayoría de judíos estadounidenses, más estadounidenses que judíos, no es la preocupación número uno.

La apuesta de Romney por la economía: Pero si Romney no ha conseguido más votos no blancos que sus predecesores, tampoco ha conseguido movilizar a un número importante de votantes blancos (más allá del decreciente peso del electorado blanco, el principal problema de Romney ha sido su incapacidad para movilizarlo). Algo puede achacarse a un candidato con poca empatía, multimillonario y por ello mismo

alejado de la realidad del norteamericano medio, algo que los estrategas demócratas han utilizado hábilmente para presentarlo como un plutócrata cosmopolita, pero también debe de señalarse la incapacidad en los años recientes del Partido Republicano por mostrarse más sensible al interés de la gente real y no sólo al de las grandes corporaciones. La campaña de Romney se centró machaconamente en la economía, convencidos de que ahí radicaba el principal tema de estas elecciones. Y, en efecto, la difícil situación económica ha pesado fuertemente en muchos votantes, pero en vez de votar en contra del presidente en el cargo, en teoría responsable de la misma, han votado principalmente buscando quién se supone que les va a proteger más, incluso a sabiendas que esa protección es insostenible a largo plazo y que muy probablemente hipotecará a sus descendientes. La alternativa republicana, la defensa del capitalismo en su vertiente de «destrucción creativa», que confía en los mecanismos del mercado para reasignar los trabajos, puede ser una teoría muy brillante, pero no resulta muy atractiva para quien le toca el papel de víctima en este proceso de destrucción para dar lugar a una creación de riqueza que no se sabe dónde sucederá ni a quién favorecerá.

Esta prioridad de la campaña de Romney por centrarse en los aspectos económicos se unió a su renuencia a abordar cuestiones sociales. De hecho, el candidato republicano sólo entró en estas cuestiones, como el aborto o el matrimonio, con disgusto, poco entusiasmo y huyendo siempre de aparecer demasiado extremista. Una actitud que intentó corregir con la elección de un decidido defensor de la vida como candidato a la vicepresidencia, Paul Ryan, gesto que probablemente no haya sido suficiente para que los militantes pro-vida se hayan movilizado a favor de Romney, lo que explica en parte el menor apoyo recibido por el candidato republicano respecto de las elecciones de 2008 en las que Sarah Palin consiguió entusiasmar a la base más conservadora del Partido Republicano. De hecho, la ausencia de esta movilización pro-vida contrasta con el esfuerzo final de la campaña de Obama, volcada en el puertita a puerta en los estados decisivos. Una vez más se constata que la apuesta por lo económico es claramente insuficiente. Además, los datos de desempleo publicados poco antes del fin de la campaña, sin ser magníficos, apuntaban a un ligero descenso del paro, lo que Obama rápidamente capitalizó como muestra del éxito de sus políticas y contrarrestó el efecto positivo de la victoria de Romney en el primer debate televisado. El huracán Sandy, que brindó a Obama la oportunidad de aparecer como el líder del país, por encima de banderas partidistas, fue también clave para recuperar una imagen bastante erosionada en las semanas previas.

Los cambios de la sociedad estadounidense: Otra cuestión muy debatida es la de si la derrota de Romney refleja un cambio sustancial y permanente del carácter del país. Aunque hay que ir con mucho cuidado a la hora de extraer conclusiones de unas elecciones, parece evidente que existen algunas tendencias que acercan a los Estados Unidos a la realidad que ya estamos viviendo en Europa, caracterizada por sociedades crecientemente secularizadas y dependientes. Por ejemplo, es una constante repetida elección tras elección que los votantes casados tienden a votar mayoritariamente al candidato republicano (en esta ocasión fueron el 56%), mientras que lo contrario es cierto para el candidato demócrata (el 62 % de los solteros votó a Obama). Así, la tendencia a la disminución en el número de matrimonios y el porcentaje creciente de personas no casadas, junto con la tendencia a matrimonios más tardíos, conforman un país diferente y favorable a los intereses electorales de los demócratas (los casados pasaron del 66 % del electorado hace cuatro años al 60 % en esta ocasión). Para hacernos una idea del cambio que ha experimentado Estados Unidos en los últimos cuarenta años basta un dato: desde 1970 la población ha pasado de 200 a 300 millones, pero el número de familias con hijos y los dos padres en casa es la misma que en tiempos de Nixon, 25 millones.

Otra tendencia que estaría perjudicando al candidato republicano es la referida al comportamiento religioso de los estadounidenses. Los votantes religiosos votan mayoritariamente al Partido Republicano, pero su peso decrece (un 3 % en estas elecciones), mientras aumenta el de los que no se identifican con ninguna religión, que votan abrumadoramente por el candidato demócrata. Algo similar ocurre si nos fijamos en la frecuencia de asistencia a la iglesia: a mayor frecuencia de asistencia, mayor porcentaje de votos al candidato republicano. Aquí la tendencia es interesante, pues es doble y contrapuesta: crece el número de personas que asisten a la iglesia una vez a la semana y más de una vez a la semana, mientras que disminuyen las que van varias veces al mes o al año, aumentando de nuevo las que, aun declarándose religiosas, afirman que nunca pisan una iglesia. Es decir, se fortalecen los extremos (o se va a la iglesia cada semana o no se va nunca), mientras decrecen los «tibios» que van de vez en cuando.

En el ámbito económico, parece claro también que el número de personas que reciben transferencias del Estado, y que consecuentemente dan su apoyo a quien promete mantenerlas o incluso incrementarlas, ha crecido. Es lo que Romney expresó en sus inconvenientes, por inoportunas y falsas, polémicas declaraciones de que el 47 % del país

parasita al resto de ciudadanos y por ello mismo nunca votarán republicano. El concepto estaba errado (sin ir más lejos, en ese 47 % están, por ejemplo, los veteranos de guerra que dieron bastante más que dinero al país) y la cifra es muy discutible, por no hablar de la inoportunidad del comentario en plena campaña electoral, pero algo de verdad hay en la idea de que un país con crecientes grupos económicamente dependientes del Estado estará menos dispuesto a votar a quien propone reducir la presencia del Estado en sus vidas. Es ésta una constatación que todos los populismos iberoamericanos han utilizado hasta la extenuación.

Otros referéndums: Además de la elección del presidente, los estadounidenses votaron para renovar un tercio del Congreso, que seguirá en manos republicanas, y diversos referéndums, entre los que destacan los referidos a la defensa de la vida y al matrimonio. Quizás la mejor noticia de estas elecciones sea precisamente la victoria de las posiciones a favor de la vida: en Massachusetts se votó en contra de legalizar el suicidio asistido por un médico, a pesar de que las encuestas predecían su aprobación. En cambio, las propuestas para redefinir el matrimonio y desnaturalizarlo con uniones de personas del mismo sexo salieron adelante en Maine, Maryland y Washington. Como escribía el director de First Things, R. Reno, se está ganando la batalla sobre la santidad de la vida (de hecho, la encuesta Gallup de 2012 muestra el menor número de personas que se declaran *pro-choice*, esto es abortistas, desde que se hace este tipo de encuestas), pero se está perdiendo la batalla del matrimonio. En esta derrota no es un mero detalle el ingente apoyo económico que reciben quienes quieren destruir la institución matrimonial: por ejemplo, en Washington, y gracias a las multimillonarias donaciones de Jeff Bezos, presidente de Amazon, y de Bill Gates, presidente de Microsoft, dispusieron de cuatro veces más presupuesto que los defensores del matrimonio tradicional. En este sentido, un pequeño apunte para quienes ven las elecciones estadounidenses como una batalla entre las grandes corporaciones y los multimillonarios, del lado republicano, y la movilización del pueblo, del lado demócrata: de las diez organizaciones que más dinero han puesto en esta campaña, siete han apoyado al candidato demócrata.

En definitiva, los Estados Unidos abordan un nuevo mandato de Barack Obama que se verá marcado por la evolución de la economía y, en especial, del creciente déficit público, y en el que la batalla de la Iglesia católica por mantener su libertad ante las imposiciones del Estado será crucial.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



La rendición de un soldado

Autor: Susan Peek
Editorial: Palabra
304 páginas
Precio: 19,00 €
San Camilo de Lelis es el fundador de la orden de los «Hospitalarios». Soldado mercenario de su padre, se alistó en los diferentes ejércitos que pululaban en la Italia del siglo xvi. Pero la muerte de su padre alteró su vida. Marchó a Roma, donde conoció a san Felipe Neri. Camilo comenzó a trabajar como enfermero pero la fascinación de la vida de soldado le hizo volver a la vida militar. Dios, sin embar-

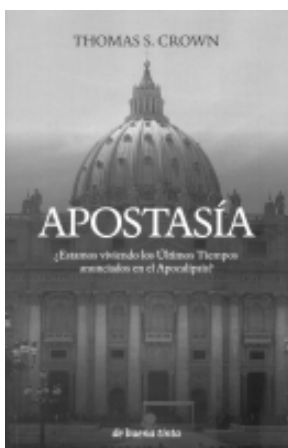
go, se iba abriendo camino en su alma a través de los fuertes acontecimientos...



Día a día con santa Gema Galgani

Autor: Pablo García Macho
Editorial: Monte Carmelo
85 páginas
Precio: 11,00 €

En este libro, Gema habla sólo de sus primeros veinte años, de su formación, podríamos decir. Además de cosas admirables y maravillosas (su ángel de la guarda, llagas visibles, etc.), lo que vemos, sobre todo, es algo que cualquiera puede imitar si desea, realmente, alcanzar la santidad. Con su ejemplo y conducta, santa Gema nos presenta la meta, pero, además, nos enseña el camino para llegar a ella.



Apostasía

Autor: Thomas S. Crown
Editorial: De Buena Tinta
328 páginas
Precio: 18,00 €
Tras la muerte en trágicas circunstancias de su hijo, Thomas Turner atraviesa por momentos difíciles. Abandonado por su esposa, que le culpa de su muerte, busca refugio en la bebida. Pierde su trabajo, reputación y amigos. En Madrid conocerá a Santi, que pronto se convertirá en su mejor consejero. Tras vivir una «experiencia del umbral de la muerte», la licenciosa vida del

protagonista es acrisolada con la fuerza de la fe y la razón, dando un vuelco trascendental, definitivo.



Un largo camino

Autor: Slavomir Rawicz
Editorial: Palabra
368 páginas
Precio: 16,50 €

En 1939, Rawicz, un joven oficial polaco, fue arrestado por los rusos y enviado a Siberia. Consciente de que permanecer allí significaba la muerte, organizó su escapada con seis compañeros. En la primavera de 1941 dirigieron sus pasos hacia el sur a lo largo de las nevadas extensiones siberianas. Atravesaron Mongolia, el desierto de Gobi y el Tíbet. Nueve meses más tarde, consiguieron llegar a la India en marzo, después de haber cruzado a pie las regiones más salvajes del mundo en su largo camino hacia la libertad.

CONTRAPORTADA

En defensa del matrimonio

El Tribunal Constitucional ha avanzado anteayer el sentido de una sentencia, que publicará próximamente, en la que resuelve que la actual legislación española sobre el matrimonio es conforme a la Constitución. Ante la trascendencia de este fallo, recordamos brevemente la doctrina católica, sin perjuicio de que, cuando sea conocida la sentencia, sean necesarias más precisiones:

1. La legislación actualmente vigente en España ha redefinido la figura jurídica del matrimonio de tal modo, que éste ha dejado de ser la unión de un hombre y de una mujer y se ha transformado legalmente en la unión de dos ciudadanos cualesquiera, para los que ahora se reserva en exclusiva el nombre de «cónyuges» o de «consortes». De esta manera se establece una insólita definición legal del matrimonio con exclusión de toda referencia a la diferencia entre el varón y la mujer. Los españoles han perdido así el derecho de ser reconocidos expresamente por la ley como «esposo» o «esposa» y han de inscribirse en el Registro Civil como «cónyuge A» o «cónyuge B».

2. Por tanto, no podemos dejar de afirmar, con dolor, que las leyes vigentes en España no reconocen ni protegen al matrimonio en su especificidad. Por ello, convencidos de las consecuencias negativas que se derivan para el bien común, alzamos nuestra voz en pro del verdadero matrimonio y de su reconocimiento jurídico. Todos, desde el lugar que ocupamos en la sociedad, hemos de defender y promover el matrimonio y su adecuado tratamiento por las leyes. Es el momento de leer de nuevo la reciente instrucción pastoral de la Asamblea Plenaria de nuestra Conferencia Episcopal titulada *La verdad del amor humano. Orientaciones sobre la verdad del amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar*, aprobada el pasado 26 de abril y publicada el 4 de julio.

3. No es de nuestra competencia hacer juicios sobre la pertinencia jurídica de las sentencias de los tribunales. Es, en cambio, nuestra obligación ayudar al discernimiento acerca de la justicia y de la moralidad de las leyes. En este sentido, debemos reiterar que la actual legislación española sobre el matrimonio —con independencia de que sea o no conforme a la Constitución— es gravemente injusta, puesto que no reconoce ni protege la realidad del matrimonio en su especificidad. Es, pues, urgente la modificación de la ley con el fin de que sean reconocidos y protegidos los derechos de todos en lo que toca al matrimonio y a la familia. Pensamos, en particular, en el derecho de quienes contraen matrimonio a ser reconocidos expresamente como esposo y esposa; en el derecho de los niños y de los jóvenes a ser educados como esposos y esposas del futuro; y en el derecho de los niños a disfrutar de un padre y de una madre, en virtud de cuyo amor fiel y fecundo son llamados a la vida y acogidos en una familia estable. Ninguno de estos derechos es actualmente reconocido ni protegido por la ley.

Que María Santísima cuide de las familias e interceda por los gobernantes, sobre quienes pesa el deber y a quienes compete el servicio de ordenar con justicia la vida social.

Nota de prensa del Comité Ejecutivo de la Conferencia Episcopal Española (Madrid, 8 de noviembre de 2012)